This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

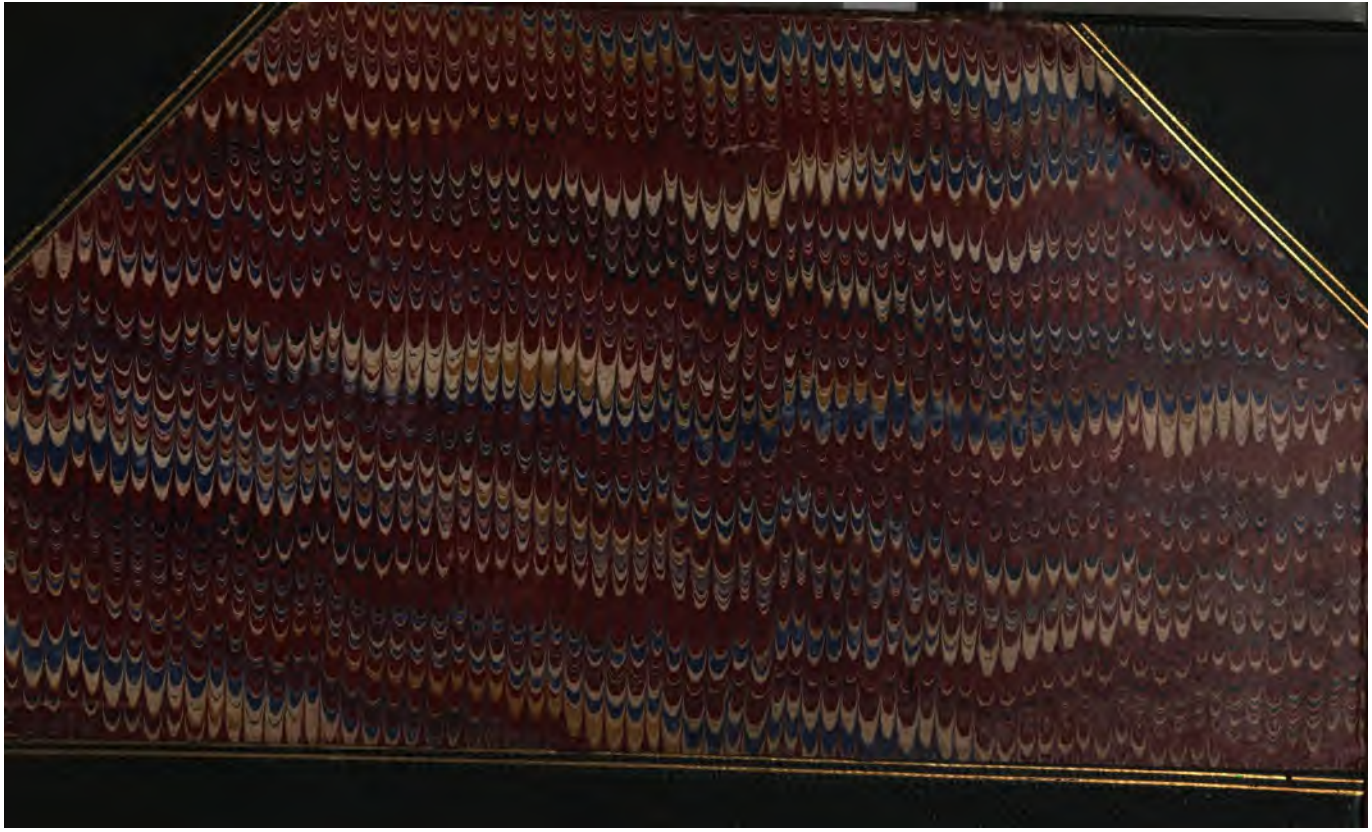
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

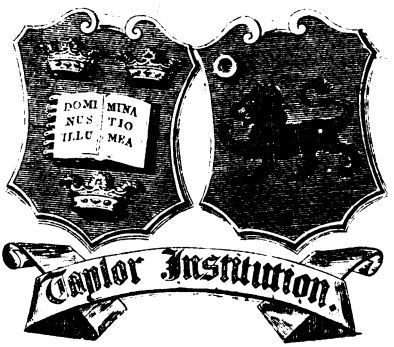
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`



54. h. 96.



OS. 11 G. 8

LECTURAS PÚBLICAS POR D. JOSÉ ZORRILLA.

LECTURAS PÚBLICAS

HECHAS

EN EL ATENEO CIENTÍFICO Y LITERARIO DE MADRID

Y EN EL TEATRO DE JOVELLANOS EN 1877

POR SU AUTOR

D. JOSÉ ZORRILLA.

MADRID
CÁRLOS BAILLY-BAILLIERE
Plaza de Topete (antes de Santa Ana), número 10.

1877.

Es propiedad de su autor.

IMPRENTA DE J. M. PEREZ, CORREDERA BAJA, 41.

AL ATENEO CIENTIFICO Y LITERARIO DE MADRID

en prenda de gratitud

José Zorrilla.

PRÓLOGO.

Hé aquí el orígen y el objeto de la publicacion de este libro. En 1871 acudió el autor al Gobierno Provisional exponiendo: «que habiendo escrito sus obras en época anterior á la promulgacion de la ley de propiedad literaria: habiendo vendido la de las suyas á perpetuidad, y no reclamado en tiempo oportuno por hallarse ausente de Europa, á donde creia que Dios no le dejaria volver, por razones que no son del caso, eran sus editores y no él los que gozaban legalmente las rentas de su *Don Juan Tenorio* y de sus demás obras dramáticas y líricas; pero que habiendo éstas sus obras adquirido en su ausencia una reputacion y estima, si no absolutamente inmerecidas, mayores de lo que en su concepto valian, puesto que todas habian sido escritas para atender á su subsistencia, sin suficiente reflexion ni tiempo, se creia en el deber y con facultades aún de producir alguna nueva que,

justificando tal vez su fácilmente adquirida celebridad, correspondiese al favor y la popularidad que le habia acordado su pátria.

Y esta obra nueva era un Legendario histórico y tradicional español, desde D. Rodrigo á la conquista de Granada, que mejorara y amplificara el antiguo Romancero. Claro estaba que el autor no tenia la absurda pretension de intentar él solo llevar á cabo una obra tan vasta, que acaso podria llegar á ser una epopeya nacional: sinó de iniciarla con una leyenda del Cid que tenia ya comenzada, y con la refundicion de su poema de Granada, sobre la cual pondria despues la pluma. Siendo, empero, este Legendario una obra de tan largo aliento; privado el autor, como llevaba dicho, de las rentas de sus numerosos escritos; habiendo tenido que enajenar sus bienes paternos para satisfacer las deudas de su casa; y perdido, en fin, la proteccion de un monarca extranjero, cuya existencia acababa de tener un trágico fin, acudia al Gobierno demandando un auxilio pecuniario anual por algunos años, que le permitiera dar comienzo y forma á su Legendario, sin tener que enajenar su propiedad absoluta á sus editores.»

El Gobierno Provisional, estimando justa su demanda, se manifestó benévolo y pronto á acceder á ella, siempre que pudiese fundarla en ante-

cedentes; pero desgraciadamente no los habia de que se hubiese pensionado temporal ni vitaliciamente á ningun poeta.

El autor alegó que tampoco los habia de que un poeta hubiera producido tres ó cuatrocientos mil versos, dedicados todos á cantar las glorias, las creencias y las tradiciones de su pátria, empobreciéndole á él al enriquecer á sus editores: y que puesto que siempre se habian pensionado pintores, escultores y arquitectos para que produjeran obras de arte, no era ni lógico, ni equitativo desamparar á un poeta que ya habia producido tantas: y que existiendo, en fin, unos lugares pios, cuyos fondos estaban destinados á protejer desvalidos, huérfanos y desamparados, él demandaba una pension sobre aquellos fondos como desvalido y desamparado; pero que no la pedia como recompensa de sus obras anteriores, que él creia malas, sinó para poder continuar trabajando en otras de más valía ó al ménos de mejor intento, mientras le durase la inteligencia y la vida.

El Gobierno, tomando en cuenta sus razones, dió al autor, no una pension imposible por falta de antecedentes en las oficinas del Gobierno español, sinó una comision ilimitada para ir á visitar las bibliotecas y archivos españoles de Italia: pudiendo enriquecer su coleccion de leyendas con

las de los españoles que, como el Infante D. Enrique el Senador, hermano de Alfonso el Sábio, los Borjas, el Gran Capitan y otros ciento se habian hecho célebres en aquella tierra.

Partió, pues, el autor á Italia: y el 20 de Diciembre del 73 entregó concluido su manuscrito del Cid á los editores Montaner y Simon, de Barcelona: quienes le propusieron hacer de esta obra una edicion ilustrada por Gustavo Doré, cuya propiedad adquirieron por la suma de 40.000 rs. por solos dos años: trascurridos los cuales, el autor estaba en derecho de hacer de su obra las ediciones populares y económicas que creyera convenientes.

Pero sobrevino la guerra civil; corrió el tiempo; el Gobierno se vió obligado por causas de necesaria economía á rebajar 24.000 rs. del sueldo de la comision del autor; apremió éste á sus editores para que apresurasen la publicacion del Cid, único modo de probar al Gobierno y al público que no se daba un sueldo á un holgazan; suplicaron y pidieron tiempo los editores al autor, probando á éste que seria tirar su dinero por la ventana publicar en tan malos tiempos una obra tan costosa: y el autor determinó venir á Madrid, á pedir al Gobierno el tiempo que sus editores le pedian á él. El Sr. Cánovas ofreció cordialmente su amistad al poeta; le honró abriéndole el primero

sus salones y presentándole en ellos á la más escogida sociedad: é interpuso su valimiento en favor del poeta con el Sr. Ministro de Estado, de cuyo Ministerio depende su comision. El señor Ministro de Estado, despues de pensarlo maduramente, decidió que atendidas las circunstancias y el tiempo trascurrido, lo único que se podia hacer en su favor, era prorogar al poeta su comision por un año; cumplido el cual, se dará por concluida y será suprimido su sueldo.

Mientras el poeta gestionaba por este lado, con tan escasa fortuna, el Ateneo le hizo el honor de recibirle en su corporacion; y como el Gobierno, el público y el mismo Ateneo dudaban tal vez que el Cid estuviese concluido, el autor aceptó la proposicion que se le hizo de leer su obra y someterla al juicio del Ateneo. Acordóle éste las noches de los miércoles para esta lectura: y su seccion literaria ha tenido la benevolencia de escuchar los 19.000 versos de que consta el Legendario del Cid. No toca á su autor, ni á mí, á quien con él me unen los más estrechos lazos, decir el juicio que de su obra ha formado el Ateneo; sólo se puede afirmar sin miedo de ser desmentido, que ha sido escuchada desde el principio hasta el fin; y que el poeta se ha visto precisado á leer alguna noche hasta 4.000 versos para satisfacer la curiosidad de sus oyentes.

Entretanto, el erudito traductor y comentador de Shakespeare, Sr. Marqués de Dos Hermanas, las gentilísimas Sras. Duquesa de Medinaceli, Condesa de Guaqui y Baronesa de Córtes, el Casino de la prensa y otras sociedades, colmaban de obsequios y de invitaciones al viejo poeta Zorrilla, obligándole á prodigar sus lecturas, poniéndole en moda y procurándole una boga tal, que el empresario Sr. Bernis acudió á él ofreciéndole el teatro de Jovellanos para hacer productivas en su favor, haciéndolas públicas, algunas de estas lecturas.

El poeta Zorrilla aceptó la oferta del Sr. Bernis, temiendo ofenderle con la negativa de lo que á nadie habia rehusado: y además para aprovechar esta ocasion de probar:

1.° Que el público de España no es ménos ilustrado que los de Alemania, Inglaterra y Francia, donde los autores dan lecturas públicas ante numerosa concurrencia, que paga su entrada para oirles.

2.° Que es más deshonroso vivir á costa agena, por vivir sin trabajar, que utilizar el arte de leer para procurarse una recompensa pecuniaria: porque no hay razon para pagar al maestro compositor, al instrumentista y al cantante, que atraen al público para oirles, y no al poeta ó á los

poetas que se reunen para darle una velada de poesía.

3.° Que los poetas deben unirse y propagar estas reuniones en un salon de lecturas, para adelantar ellos mismos en el arte de leer, algo descuidado por los poetas de toda Europa, y para acostumbrar al público á asistir á estos certámenes poéticos; en los cuales oiria celebrar las glorias de la pátria por boca de sus poetas, á quienes conoceria así personalmente.

Hace diez años que el poeta Zorrilla, á su vuelta de América, inició estas lecturas, que le fueron entonces tan criticadas como aplaudidas le son al presente: lo que prueba que el pueblo español ha variado de opinion y de gusto literario en estos diez años, y que ha llegado ya el momento en que los poetas aprovechen el impulso que ha dado á estas reuniones la iniciativa del poeta Zorrilla.

Cuarenta años há que éste, con una constancia y un éxito que no han podido ahogar la crítica sistemática y la oposicion apasionada, emplea su existencia en llevar á cabo su propaganda poética del arte de leer y de la poesía legendaria: á las cuales debe su inmensa popularidad.

Los pueblos meridionales no tienen más poesía que la del cantar y la del cuento. El poeta Zorri-

lla lo comprendió así hace cuarenta años; y amplificando el cantar hasta sus serenatas de *la alborada* y *la siesta,* y el cuento hasta su *leyenda del Cid,* se ha adquirido una inmensa popularidad y el derecho á ser considerado como un poeta nacional: es decir, que siempre ha consagrado su existencia y su poesía á celebrar los recuerdos y las glorias de su nacion, en leyendas y romances del género popular.

En vano la Academia dará reglas que tendrán que infringir los poetas inspirados y populares. Siglos han de pasar antes de que la poesía académica, y me atrevo á decir que antes de que el verso endecasílabo, pasen á la comprension y al oido del pueblo español; y hasta que éste no olvide los versos de *Sancho García, Margarita la Tornera,* de *El Zapatero y el Rey* y de *Don Juan Tenorio,* no sabrá ni siquiera que han escrito los suyos los académicos Cañete, el Marqués de Molins y otros, cuyos escritos pasarán á la posteridad en los archivos de la Academia, pero no en la memoria del pueblo. Mas de Zorrilla ante la Academia, esperamos que él mismo diga cuatro palabras, si cree que merecen rectificacion los mal intencionados asertos del siglo futuro.

Zorrilla publica este libro para complacer al Ateneo, que deseaba ver impresas algunas de sus

lecturas; pero como de las hechas en él, unas no le pertenecen ya, y otras no le pertenecerán hasta un término aún por espirar, este libro no es más que el prospecto de su Legendario del Cid, del de la familia de los Tenorios (refundicion de su don Juan), de la Mejicana y el Arabe, del Cuento de las flores y Album de una rosa: que es lo que ha escrito en estos últimos años, á favor de la tranquilidad que le ha procurado la subvencion de que aún goza.

Nadie puede reproducir de este libro-prospecto nada del Cid, que pertenece aún á los Sres. Montaner y Simon, de Barcelona: ni de las composiciones sueltas, que pertenecen á la coleccion del Sr. Gullon: quienes han consentido en perjudicar sus intereses permitiendo publicar este libro, atentos sólo á salvar la reputacion del poeta Zorrilla, de quien se decia que nada habia hecho, porque la edad y las consecuencias de su inquieta vida habian apagado su inteligencia, ahogado su estro y agotado los manantiales de su poesía.

Hé aquí el orígen y la historia de este libro, el cual, lo repetimos, no es más que un prospecto de las obras por publicar del poeta Zorrilla, y un homenaje de gratitud que hace al Ateneo de Madrid.

Tiene además este libro un objeto de interés

personal para su autor: el de dar fin con su publicacion á sus lecturas en Madrid. Con este libro puede poseer cualquiera todo lo que Zorrilla tiene que leer; y no hay cosa más enojosa que contar á uno lo que ya sabe.

Un secretario del Ateneo habia hecho concebir al autor la esperanza de tener un prólogo para su libro de más autoridad que el presente; insertamos éste bien á nuestro pesar, á falta de aquel y á ruegos del editor, que tiene hace tiempo concluida su impresion.

José Félix del Moral.

Madrid 15 de Junio de 1877.

EL CANTO DEL FÉNIX.

(Leida en el Ateneo por el autor la noche de su recepcion el 19 de Enero de 1877.)

I.

Ayer hizo treinta años que me ausenté de España:
mañana hará ¡y me asombra! sesenta que nací.
¿En qué y en dónde y cómo pasé mi vida estraña?
No sé: crucé el desierto y el lago y la montaña
y el mar... mas de mí mismo jamás razon me dí.

Vagué por mar y tierra, cual pájaro canoro
que al viento dá gorgeos de interminable són:
por dó pasé cantando, me hicieron paso y coro:
do quier dejé una estela de melodía y oro:
pasé... y de lo pasado jamás pedí razon.

Erré por selvas vírgenes que el viento desgreñaba,
marañas con sus frondas haciendo el huracan:
y envuelto entre sus hojas, con la tormenta brava
pasé sobre los charcos de efervescente lava,
y me asomé con ellas al cráter del volcan.

Vogué sobre la espuma de las bullentes ondas
con los implumes hijos y la hembra del alcion;
y ví de la mar verde las cavidades ondas,
dó perlas y corales, ramosos y redondas,
albergue de delfines y de sirenas son.

Sin rumbo por dó quiera, dó quiera peregrino,
á impulso de una tromba ó un tumbo repentino,
tal vez caí en la tierra, tal vez me hundí en el mar;
mas siempre hallé la orilla, y al fin volví al camino,
y al fin seguí á mi antojo cantando sin cesar.

Y encima de las aguas, debajo de la tierra
donde los gnomos cuidan del vírgen manantial,
y en la incavada mina que en veta el oro encierra,
y en el medroso silo, do el böa se soterra
para dormir su hartura por miedo del chacal:

y en el país dó el ámbar y las cedríneas gomas
incorruptible guardan de larvas y carcomas
al cedro, y andan llenos los céfiros de aromas;
y en el que amantes crecen las palmas dos á dos;
y en el que en lagos frescos, aguajes de palomas,
fabrican los castores sus cabañuelas romas,
por útiles sus colas llevando de sí en pós;
y dó el salvaje vive de nísperos y pomas,
y en el desierto estéril, y en las aradas lomas...
por donde quier que he ido... no he visto mas que á Dios!

Lo que hice, lo que dije, todo ese laberinto
de versos que concentran la esencia de mi sér,
de Dios son obra: un estro no pude haber distinto:
yo obré y hablé, sintiendo y hablando por instinto:
ni supe hacer más que eso, ni pude más hacer.

¿Qué valgo? ¿Qué me vale tal prez y löa tanta?
Mi madre fué una alondra, mi padre un ruiseñor:
yo me escapé del nido: la voz en mi garganta
sentí, me sentí libre, vagué, canté... y me espanta,
que los cantares mios merezcan tánto honor.

II.

Venís hoy á decirme que alcanzo gran renombre
porque maté á Don Pedro, porque salvé á Don Juan:
indignos hechos tales creia yo de un hombre,
perdon vine á pediros por ellos: que me asombre
dejadme, pues, oyendo que tánta prez me dan.

Por dar la vuelta á España ya ha largo tiempo lucho;
mas vuelvo sin envidia, ni orgullo, ni ambicion;
decísme y repetísme que me estimais en mucho;
no acierto á comprenderlo; mas callo y os escucho,
y de placer oyéndolo me salta el corazon.

Comprendo que áun hay algo que á mi país me liga,
que hay algo que germina de lo que en él sembré:
que hay alguien que en España por mí cariño abriga,
que hay algo que á ser hijo de mi país me obliga,
y vuelvo á buscar tumba donde bautismo hallé.

Yo aquí planta parásita no soy de tierra estraña:
yo me crié en este aire, me calenté á este sol;
vecino fuí en la villa que el Manzanares baña,
y respirar ansío la atmósfera de España,
hablar en castellano, morir en español.

Llamáisme génïo y águila y fénix... ¡ay! ya viento
me dais en balde: siento llegar la senectud:
mis alas se despluman, agótase mi aliento;
mas late todavia mi corazon, y siento
con gozo en torno mio bullir la juventud.

Del fénix eso tengo, que nazco á nueva vida;
que al espirar renazco, porque me dá calor
la juventud, que dice que fué por mí nutrida,
y admira mis delirios, y generosa olvida
mis bárbaros engendros, prestándoles valor.

Ven, juventud briosa que marchas por mi senda;
tú que me ayudas tamos y musgos á juntar
para mullir el lecho donde á morir me tienda,
por funerales cántame mi póstuma leyenda,
por epitafio pónme mi postrimer cantar.

Yo canto como el fénix, con corazon entero,
mi muerte de poeta cristiano y caballero;
y la progénie nueva que nace tras de mí
piadosa me hace coro, con mi hálito postrero
para morir cantando la pátria en que nací.

Yo soy de los que el tiempo que pasa no lamentan:
no soy de los que temen lo que vendrá detrás:
yo soy de los que el tiempo por sus centurias cuentan,
de los que siempre espíritus de juventud alientan,
yo soy de aquellos viejos, que no lo son jamás.

¡Cercadme, hijuelos mios! llevadme á la montaña
dó en el deshecho nido dó me brotó el plumon,
espire, fénix viejo, de cara al sol de España,
y oyendo los cantares que para mí acompaña
con mi laúd ya roto, la actual generacion.

Estirpe generosa de la progénie nueva,
que pruebas saludándome que marchas ante mí,
¡Yo te saludo! ¡pasa! mi fé trás tí me lleva;
no dejes, si me canso, que nadie se me atreva
al ir trás los halcones que, ruiseñor, nutrí.

Y si las tempestades que el porvenir amasa
en mi país me obligan á mendigar mi pan,
no dejes que en él nadie las puertas de su casa
empedernido cierre, ó esquivo diga: "¡pasa!"
al que mató á Don Pedro, al que salvó á Don Juan.

III.

He dicho: si hay alguna que entre palabra tanta
en mí arrogancia arguya, ó vanidad, ó error,
vuestro favor la escuse pues tánto me levanta:
yo más no soy que un pájaro que vá perdido y canta;
mi madre fué una alondra, mi padre un ruiseñor:
yo abandoné mi nído: la voz en la garganta
sentí, canté... y ahora confieso que me encanta
que al pájaro perdido tomeis por un condor.

ALBORADA MONORRÍTMICA.

Despierta, Rosa,
sol de la aldea:
despierta, hermosa,
que ya alborea.
Sal, del sol mariposa,
que el sol te vea:
sal, que sin tí no hay cosa
que de ver sea.

I.

Si al sol no alumbras con los dos soles
con que radiante tu faz llamea,
parecen pardos sus tornasoles,
turbias neblinas sus arreboles
y la campiña marchita y fea.
Si á ver al dia tú no te asomas
cuando el Oriente la alba platea,

ni con la escarcha brillan las lomas,
ni á los aguages van las palomas,
ni se alza brisa, ni el bosque ondea.
Abre del sol enfrente, Rosa galana,
las puertas del Oriente de tu ventana.
Abre al sol sus cristales, que el sol te vea:
sal, que si tú no sales todo negrea.
Saca ante la cortina de tu persiana
tu cara peregrina, risueña y sana:
sal, y haz huir de celos cuando te vea
al sol que de los cielos se enseñorea;
y que cuando él albores dé á la mañana,
ya se los dé mayores tu luz temprana.

Despierta, Rosa,
que el sol te vea:
sal, que sin tí no hay cosa
que de ver sea.

II.

Si con tus ojos tú no das brillo
al sol del alba cuando clarea,
su aroma al áura no dá el tomillo,
sus miradores no abre el castillo,
ni una avecilla revolotea;
y como aun noche crée que es el grillo,

bajo el rocío que no se orea
canta; y ni al antro vuelve el cuclillo,
ni entre el ondoso trigo amarillo
la esbelta garza se gallardea.
Si tú no te despiertas la vida falta;
la corza en las desiertas breñas no salta:
la hormiga al hormiguero miés no acarrea,
y la abeja el romero no paladea.
Si tú no despiertas, todo está inerme:
las plantas yacen yertas, el rio duerme:
la mar no se adelanta con la marea,
nada rumor levanta ni se menea.
Despierta y que despierte todo contigo:
sal, y que salga á verte todo conmigo.

Despierta, Rosa,
sol de la aldea:
sal, que sin tí no hay cosa
que de ver sea.

III.

¿Temes acaso que te se iguale
nada en los mundos que el sol pasea?
Sal, que él tan sólo por verte sale,
y nada vale lo que en tí vale
de cuanto alumbra la luz febea.

La rosa es siempre la favorita
del sol, y tú eres—¡tál Dios te crea!
de las mujeres la más bonita,
y de las flores la que inmarchita
jamás se agosta ni amarillea.
¿Qué en el mundo que hechizas te se compara?
Las perlas son pajizas junto á tu cara.
Si del cielo en la haz ancha te se aparea,
la luna es una mancha que el cielo afea.
Tus ojos son del suelo viva almenara;
tus párpados del cielo son la mampara.
La tierra, que te aguarda, se aja y flaquea,
viendo que en salir tarda la que desea.
Despierta, sal y enseña tu linda cara:
Dios sin tí nos desdeña y el sol se para.

Despierta, Rosa,
que ya alborea:
sal, que sin tí no hay cosa
que mi alma vea.

IV.

Sal, que ya es hora:
detrás del monte
ya el horizonte
se colorea.

Ya desampara
fugaz la aurora
las altas crestas
de las enhiestas
montañas, puestas
tras de las cuestas
que el sol colora
con luz ya clara;
luz tembladora
que aún titubea
y aún nada dora;
mas precursora
de la preclara
luz gigantea
de su fecundadora
perenne téa.
Ya resplandece
del monte en torno
con luz que crece
cual la de un horno
que se enrojece:
ya el sol parece
como un topacio
cuyo contorno,
que fulgurea,
aún palidece
y aún se extremece

bajo un extenso
penacho inmenso
de vapor denso
que ante él se mece.
Ya la caliginosa bruma se ampara
de la floresta hojosa, de sombra avara.
Ya el sol la niebla vence que le rodea.
¡Rosa!... que se avergüence cuando te vea.
Sal, que él con tus hechizos mál se compara:
si él de rayos, de rizos se orla tu cara.
¡Sal, Rosa de mis ojos, y al sol bravea!
Ya los celajes rojos rasga y flamea:
ya la nube separa
que ante él ondea:
ya salta... ya se aclara...
ya centellea...
¡No es el sol!—Es tu cara.
¡Bendita sea!

DESPEDIDA.

Dios hizo, Rosa,
tu faz graciosa
tan luminosa,
que la luz clara
del sol es fea
junto á tu cara:

mas yo no quiero
que nadie crea
que te prefiero
por tu hermosura
de criatura:
La primorosa
modeladura
de tu figura
no tiene *pero;*
mas oye, Rosa:
lo que en tí adoro
es tu alma pura
de fé venero,
que es un tesoro
mejor que el oro
del mundo entero.
Bella cual tú no es, Rosa,
la luz febea:
mas tu alma es más hermosa.
¡Bendita sea!

LA VERBENA DE SEVILLA EN 1420.

I.

En tiempos del cuarto Enrique,
á quien la historia y la gente
apodan el impotente,
lo cual no hay quien certifique,
andaba toda Castilla
levantadiza y revuelta;
y, por más rica, más suelta
de todo freno, Sevilla.
Hirviendo en esta ciudad
de antigua discordia el gérmen,
sin que le atajen ni mermen
fuerza, ley, ni autoridad,
los nobles y los pecheros
partidos en banderías,
se daban á tropelías,
venganzas y desafueros;

y no hubo lugar sagrado,
ni hombre honrado, ni doncella
á quien la borrasca aquella
no dejase atropellado.
Germinaba cada dia
por cada nueva ambicion
una nueva rebelion,
ó una nueva bandería:
y los ricos y los nobles
cuando las calles cruzaban,
en pós sus gentes llevaban
con hierro y defensas dobles:
y en llegando á anochecer,
de su posada al salir,
nadie podia decir
cuándo podria volver.
¡Fué aquel un tiempo sin par!
El Primado de Toledo,
tan sin fé como sin miedo
conspirando sin cesar,
tiró la mitra en el coro;
y á su cabildo olvidando,
campeó una hueste pagando
de sus rentas con el oro.
De Santiago y de Sevilla
los Prelados á su ejemplo,
saliéronse de su templo

á merodear por Castilla:
y abandonado su clero,
copiando sus liviandades,
se amancebó en sus ciudades
adúltero y pendenciero.
Es lo que la historia arroja,
no una calumnia villana:
lo dice el padre Mariana
á vuelta de cada hoja.
Villena y los principales
de Aragon y de Castilla
ser no hubieron á mancilla
traidores y desleales;
y más potentes que el rey,
diéronle por impotente,
nombrándole descendiente
contra su gusto y la ley;
y no dudando afirmar
lo imposible de saber,
á la hija de su mujer
por no suya osaron dar.
En Avila su persona
en efigie colocando
sobre un cadalso, quitando
la fueron manto, corona,
espuelas, cetro y espada
de un pregonero á la voz;

y al fin con escárnio atroz
fué su estátua derribada.
El infante Don Alonso
su hermano, á quien todavia
barba en la faz no nacia,
mancebo impúber é intonso,
presenció tamaño ultraje,
y se dejó coronar,
y de la efigie ataviar
con las insignias y el traje.
Fué aquel un siglo en el cual
no vió el pueblo de Castilla
más que crecer la mancilla
del menguado poder real:
y aquel pobre rey Enrique,
tengo yo por evidente
que, si hay por qué de impotente
el título se le aplique,
es porque con nadie pudo
y todos más que él pudieron,
á los que le escarnecieron
sirviendo él mismo de escudo.
Todo vástago postrero
de raza que degenera
sufre de su raza entera
el peso desde el primero.
Su abuelo Enrique al dosel

al subir á puñaladas,
no le dejaba sembradas
más que traiciones á él.
Creyó ganar con larguezas
la fé de los corazones,
y fomentó las traiciones
que procuraban riquezas.
Perdonó á todos mil veces
una y otra avilantez,
y salieron cada vez
todos del perdon con creces.
Creció en poder la nobleza,
en vicios la clerecía,
la milicia en osadía
y el rey en mengua y vileza;
y al escándalo y la mofa
de la autoridad rëal,
haciendo eco universal
la gente de baja estofa,
á costa del soberano
nobleza, clero y milicia,
dó pudieron, sin justicia
ni ley metieron la mano.
Sin fuerza, pues, ni decoro
el rey, sin prestigio el clero,
todo el pueblo en desafuero,
y en las fronteras el moro,

llegó España á estremo tal,
que sin fé, ley, ni recato,
sólo atendió en tal rebato
su agosto á hacer cada cual.

Tal era la situacion
del reino y rey de Castilla,
cuando á la alegre Sevilla
nos lleva esta narracion.

II.

¡Gran tierra es Andalucia!
La gente allí alegre toma
la vida efímera á broma,
y hace bien por vida mia.
Con un clima siempre sano,
bajo un cielo siempre puro,
afan no pasa ni apuro
por lo que no está en su mano;
y en un suelo siempre abierto
á doble y feraz cosecha,
sobre él duerme y cuentas no echa
con un porvenir incierto.
¡Gran tierra es Andalucía!
y la flor de aquella tierra

es Sevilla, porque encierra
la flor de cuanto Dios cria.
Los moros sobre Granada
pusieron su paraiso:
mas nadie en él entrar quiso
si hizo en Sevilla jornada.
Quien á Sevilla no vió
no vió nunca maravilla,
ni quiso irse de Sevilla
nadie que en Sevilla entró.
"¡Ver Nápoles y morir!"
dicen los napolitanos:
mas dicen los sevillanos
"¡ver Sevilla, y á vivir!"
Fenicia, romana, goda,
árabe y al fin cristiana,
de toda la raza humana
la flor atesoró toda:
árabes, godos, romanos
dejaron al paso en ella,
de su génio con la huella,
los primores de sus manos:
y de ellos tiene á millares
modelos, tipos y ejemplos
de acueductos, puentes, templos,
alcázares y alminares:
porque los siglos su frente

fueron tocando á porfía,
con la flor de lo que hacia
de cada siglo la gente.
Sevilla, cristiana ó mora,
por Mahoma ó por Castilla,
fué siempre una maravilla
lo mismo antaño que agora:
y bizantina ó moruna,
fué, predilecta del cielo,
el manantial del consuelo
y el mimo de la fortuna.
Antídoto de pesares,
depósito de primores,
mina rica de cantares
y nidal de ruiseñores,
entre un vergel de azahares,
que aroma con sus olores
las florestas de olivares
que son sus alrededores,
es semillero de flores:
donde, harto de andar lugares,
labró el amor sus hogares
y el nido de los amores.
Su gente es..... como Dios quiso
hacerla en su juicio eterno,
con un tizon del infierno
y un rayo del paraiso.

Hija del fuego infernal
y de la luz del Eden,
es capaz de todo bien
y propicia á todo mal.
Es la Sevilla de ogaño
como la de Alonso onceno
de cuanto hay de malo y bueno
conjunto gentil y extraño:
mas la de hoy y la de antaño
mezclan tan bien en su seno
la triaca y el veneno,
que la mezcla no hace daño.
Sevilla á márgen de un rio
que con sus aguas fecunda
tierra en donde todo abunda,
jardin de invierno y estío,
poblada de hombres sin cuitas
y mujeríó sin par,
es pueblo tan singular
cual sus torres y mezquitas.
Dejó en Sevilla el Fenicio
su espíritu comercial;
y á nadie falta caudal
ya por virtud, ya por vicio.
Dejó en Sevilla el Romano
su espíritu de grandeza,
y nadie allí en su pobreza

tiene en más á un Soberano.
La Edad Media y tiempos goticos,
diéronla su tinta mística,
de ortodoxa y cabalística
con extremos estrambóticos.
En Sevilla dejó el Moro
su guzla y su pandereta,
y en cada calle y placeta
hay de alegría un tesoro.
Su gente, gran narradora,
de leyendas y consejas,
las cuenta nuevas y viejas:
mas las cuenta que enamora;
y como allí en cada esquina
se tropieza una antigualla,
tras de cada esquina se halla
una invencion peregrina.
Creyente como es corriente
que sea el pueblo de España,
la verdad y la patraña
creyendo con fé la gente,
Sevilla meridional
de rica imaginativa
es una leyenda viva,
verbosa y original.
En Sevilla como en Roma
tras cada ruina ó fragmento

de la madeja de un cuento
algun cabo suelto asoma.
Allí como en Roma á Cristo
de todo se le encomienda:
no hay vieja que no pretenda
haber un milagro visto:
por do quier de ellos provisto,
de prodigios tiene tienda:
y no hay Cristo sin leyenda
ni leyenda sin su Cristo:
y en Sevilla como en Roma
todo el año es fiesta igual:
un perpétuo carnaval
y doce meses de broma:
y ya un santo se celebre
ó un pagano aniversario,
lo que urje es que el calendario
anuncie fiesta y no quiebre:
y aunque dé gato por liebre,
que ande alegre el vecindario.
Cuestion de clima: Dios quiso
desparramar la alegría
en la bella Andalucía
y aquello es un paraiso.
Allí sin miedo y sin pena
se vive alegre y se muere:
por mal tiempo que corriere

siempre es páscua ó noche-buena.
La noche en Sevilla es dia;
pues con cancelas por puertas,
todas las casas abiertas
la dan luz, voz y alegría.
Su gente vive en la calle:
y como de noche sea,
no hay nadie á quien no se vea
como en Sevilla se halle.
La gente ama, se divierte,
canta, cuenta, danza y cuida
de no pasar en la vida
más pesar que el de la muerte.
A quien dá el diablo un mal dia,
dá una buena noche Dios:
que el mal siempre trae en pós
al bien en Andalucía.
Nadie en Sevilla se cuida
de tomar la vida á pechos:
los dias por Dios son hechos
para gozar de la vida.
Las noches son para el diablo:
se peca como se quiere;
mas por menos de un vocablo.....
á quien San Juan se la diere
no se la quita San Pablo.
Por un palillo de enebro

se arma lid y se hace gente;
mas tambien alegremente
aguanta á un majo un requiebro
la mujer del Asistente.
Mientras á un hombre se mata
de un callejon á la esquina,
rompe en la calle vecina
una amante serenata:
y el mal en el bien no influye,
todo marcha de concierto:
mientras entierran al muerto,
la moza se casa ó se huye.
Y vuelve á salir el sol,
y vuelve el baile á romper:
con que ¿quién ha de poder
con este pueblo español?

Cumple, empero, que se entienda
que no es la Sevilla de hoy
la Sevilla en que yo voy
á abrir campo á mi leyenda.
La de mi cuento es la antigua:
mas no hace la antigüedad
de la opulenta ciudad
la hermosura más exígua.
Juzgarla fuera locura

como si fuera mujer,
que pierde vieja por ser
todo al perder la frescura.
No: Sevilla es como el oro,
cuanto más viejo, más sube;
el tiempo, como una nube
de vapor limpio, incoloro,
de entoldarla en vez la aclara:
es como la veladura
con que una antigua pintura
un diestro pintor repara.
La Sevilla de que yo hablo,
es la de la media edad,
que aún partía por mitad
su fé entre Cristo y el diablo.
Aquella Sevilla antigua,
árabe, apenas cristiana,
dama á medias y gitana,
de faz doble y de fé ambigua:
cargada de chapiteles,
belvederes y alminares,
asombros ejemplares
del poder de los cinceles:
aquella ciudad vestida
de encajes y filigrana,
de fábrica soberana
para reyes construida;

que en aéreos botareles
y esbeltísimos pilares,
en peanas con doseles
de labor rara y sutil,
tiene en nichos angúlares
estatuetas á millares,
que del arte son joyeles
de trabajo el más gentil;
aquella Sevilla pura
genuina, áun no revocada,
ignara áun y aún no preciada
del valor de su hermosura:
ignara de la riqueza
de la casa en que vivia,
cuajada de crestería
de increible sutileza,
y del precio inestimable
de la artística estructura
de su noble, incomparable
y bizarra arquitectura;
aquella Sevilla vieja
de estucados caserones,
con gigantescos balcones,
hondas ventanas con reja,
miradorcillos volados,
puertas forradas de bronce,
con postiguillos de un gonce

por de dentro barreados:
la Sevilla de Don Pedro,
de alcázares de alabastro,
de cuya cifra aún hay rastro
en las techumbres de cedro
y en las moriscas labores
de sus estancias gentiles,
al salir á los pensiles
calados por surtidores,
cuyas gotas, en el dia
primero que se soltaron,
el albornoz salpicaron
que á la Padilla cubria:
aquella Sevilla oscura,
tortuosa, sórdida, estrecha,
esa es la Sevilla hecha
para cuentos de esta hechura.
Y esa es á la que yo intento
llevar en este al lector,
á no que fuerza mayor
venga á destripar mi cuento.
La Sevilla sin *buffets*
sin *soirées* y sin *debuts*,
no inoculada aún del pús
con que nos pudre el francés:
La Sevilla cuya gracia
expontánea y natural,

revelando perspicacia
y agudeza sin igual,
no empezaba áun á estar lácia
con lo bufo artificial;
hijo sólo de una audacia
de arlequin de carnaval.
La Sevilla verdadera,
vírgen, fresca, primitiva,
noble, franca, brava y fiera:
de vis cómica instintiva,
en ingénio la primera,
en el chiste sin rival;
rebosando por dó quiera
viva, gárrula y parlera,
eso que ella llama *sal;*
esa gracia intuitiva
propia, indígena, nativa
sola, suya, original.

Que me esplique quien me entienda,
y quien nó que no se pique,
ni tirárselas pretenda
de penséque y de entendíque:
porque en esto ni hay trastienda
ni está dicho con repique:
con que vuelvo á mi leyenda
y á la edad del cuarto Enrique.

III.

En tiempos, pues, de aquel rey
en que andaba en triunfo el vicio
y andaban sin ejercicio
la moral, la fé y la ley;
mientras lejos de Sevilla
el arzobispo Fonseca
corria de ceca en meca
dando guerra por Castilla;
mientras haciendo en la Vieja
de reyes muy mal papel
Don Enrique é Isabel,
y Alfonso y la Beltraneja,
hacian los grandes bando,
sin ver más que á su interés,
por Juana ó el portugués,
por Enrique ó por Fernando:
mientras con muy buen deseo
el papa Paulo segundo
ofrecia á todo el mundo
perdon en un jubileo
que en Segovia se ganaba,
y que iban con fé á ganar
(creyendo que con rezar

todo pecado se lava)
el buen marqués de Villena,
los prelados guerrilleros,
sus soldados bandoleros,
por ende sin culpa y pena;
mientras la tierra andaluza
traen hecha una Babilonia
el de Medina-Sidonia
á quien la ambicion azuza,
y el de Arcos á quien anima
una altivez casi real,
que á nadie sufre al igual
y mucho menos encima:
mientras corre en fin aquel
tiempo de mengua y baldon
del que sacó á la nacion
andando el tiempo Isabel,
va el autor á darse traza
de abrir campo á esta conseja,
de aquella Sevilla vieja
una noche en una plaza.

Es víspera de San Juan
y fiesta por consiguiente:
bulle en la plaza la gente,
vienen unos y otros van:

mas con grande esfuerzo y pena,
porque se pisan y empujan
y se prensan y se estrujan.....
y á esto llaman la vèrbena.
Hay clamoreo y vaiven,
broma, algazara y chacota,
y aloque bocon se agota
con las frutas de sarten.
Sombrajos y puestos muchos
hay de alhajú y alegrías,
tabernas, alojerías,
tenderetes y aguaduchos.
Hay grajeas y almendradas,
biscotelas, bollos, roscas,
y toda clase de toscas
é indigestas empanadas.
Datileros africanos
sérios entre tanta broma,
frutas de subido aroma,
cacahuetes valencianos:
y en fin lo más andaluz,
lo esta noche más buscado
y lo mejor alumbrado
de las teas con la luz:
las descocadas, parleras
y gritadoras gitanas,
que hacen abrir bolsa y ganas

en torno de sus calderas.
Buñuelos venden: que es pasta
correosa é indigesta;
mas sin buñuelos no hay fiesta.....
y de tal materia basta;
aunque es comida de gresca
y suele hacerse en Sevilla
por alguna gitanilla
fresca, alegre y picaresca:
con que, aunque el buñuelo es cosa
que mal sabe y no bien huele,
ser la buñuelera suele
cosa muy jacarandosa.
Al resplandor de sus teas
y á la luz de sus candiles,
no hay más que mozos gentiles
y no se ven mozas feas:
y entre el vulgo se asegura
que siendo brujas de casta,
al que de su pasta gasta
le atraen la buena ventura.
El hecho es que la verbena
es una noche de broma
en que la gente se toma
en Junio una noche buena.
La multitud embaraza
la plaza para ella angosta,

pues todos á toda costa
han de meterse en la plaza;
y sobre ello, con porfía
empujándose, adelantan,
y hasta en vilo se levantan
reventando de alegría.
Cuantos moradores tiene
la ciudad en su circuito,
más el número infinito
de los que de fuera vienen,
allí la ilusion haciéndose
de que gozan y pasean,
se pisan y se codean
desgarrándose y cociéndose:
en momentánea igualdad
codazos cruzando y frases
mezcladas todas las clases
que forman la sociedad.
Y ojeadas cruzan y citas,
rateros, dueñas y amantes,
y oyen chuléos galantes
las feas y las bonitas:
Y en honra de aquel San Juan
descabezado en Salem,
andan juntos sin desden
todos como hijos de Adan
la dama honrada y erguida,

y la moza del partido,
y el juez aún no corrompido
y el vago de mala vida.
Señorías y pelgares,
canónigos y donceles,
hidalgos de seis cuarteles,
párias sin raza ni hogares,
Soldados y capitanes
por el rey jefes de huestes,
petardistas y arciprestes
infanzones y rufianes;
mercaderes africanos,
mozárabes y judios,
encapuchados sombríos
dervichs, y monges cristianos:
buhoneros ambulantes,
comerciantes levantinos,
juglaresas, peregrinos,
frailes legos mendicantes,
jitanos saludadores,
genoveses marineros,
holgazanes pordioseros,
zahorís ensalmadores:
y en movible confusion
que marea y ensordece,
toda Sevilla parece
que ha perdido la razon.

IV.

Fiesta de orígen pagano
que en las más cultas naciones
conserva supersticiones
indignas del buen cristiano.
Resíduos del paganismo
que no pudiendo estirpar
les tuvo que transformar
y adoptar el cristianismo.
Pueblos que ritos impuros
ejercitaban, creian
que en tal noche se cogian
las yerbas de los conjuros.
Supersticion heredada,
todo pueblo hasta hoy conserva
la de coger una yerba,
ya maldita ya sagrada.
Cuál fuese mala cuál buena
ninguno de fijo supo:
á nuestros abuelos cupo
el trébol y la verbena.
Hoy en España cogemos
solamente la ocasion
de añadir una funcion

á las mil que ya tenemos.
Nuestro vulgo que áun da fé
á presagios y conjuros,
aunque no estamos seguros
de que sepa lo que crée,
de la noche de San Juan
mientras arden las hogueras,
crée que brujas y hechiceras
con el diablo á bailar van.
Con uno de los tizones
de estas hogueras, de daño
y mal para todo el año
se creen libres los Bretones.
Los de Alemania están ciertos
de que al fuego de su hogar
se vienen á calentar
las ánimas de sus muertos.
No hay en fin una nacion
que en la noche de San Juan
no se entregue á algun desman
por cualquier supersticion.
Las de Roma son tremendas:
el degollado Bautista
tiene á su cargo una lista
formidable de leyendas:
y es incomprensible cosa
que, siendo aquella ciudad

cátedra de la verdad,
es la más supersticiosa.
Las nuestras son inocentes,
cuentos de chicos menores
de edad y de ignaras gentes:
las más son sueños de amores.
Diz que moza que en su casa
y de esta noche á las doce
rompe un huevo, en él conoce
si en aquel año se casa.
Mas la verbena de hoy dia
por más que á San Juan invoque,
no encaja por más emboque
que el de una nocturna orgía.
Fiesta en fin nuestra y católica:
de un santo en nombre la gente
vá á la fiesta solamente
por la bulla y la bucólica.
¡Y en el cielo está el buen santo
por su efigie en el altar,
obligado á autorizar
zambra tal y vicio tanto!
Y á los santos de Dios ví
löar siempre así: y antaño
era lo mismo que ogaño:
y aún por siglos será así.

A cada cual satisface
lo que crée segun lo cré:
y diz que á Dios le complace
y que juzga de lo que hace
cada cual segun su fé:
si hay quien lo sepa no sé,
discutirlo no me place
cuando muera lo sabré.
Mientras viva, con fé entera
sostendré contra cualquiera
que la fé jamás abona
la zambra, la comilona,
el vicio y la borrachera.
Y aunque pasar las he visto
hasta en Roma por cristianas,
no me retracto é insisto
en que son fiestas paganas
en contradiccion con Cristo.

La noche de esta verbena,
y de la plaza en que pasa
desde el balcon de una casa,
miraba su alegre escena
una dama, cuyo trage
apostura y compañía
acusaban gerarquía

superior y alto linage.
La casa por el espacio
que ocupa, por su fachada,
su ventanaje y portada,
tiene el aire de un palacio.
Con la dama del balcon
ocupan el barandal
tres hombres de aire glacial,
mas de grande distincion:
y aunque su trage y su porte
son sencillos y severos,
se ve que son caballeros
de raza y gente de corte.
Por el aire que se dan
hermanos parecen ser,
y guardando á la mujer
más que sirviéndola están.
Los tres son de edad madura
aunque ninguno es anciano:
la dama es..... un sér humano:
mas ¡qué sér! ¡qué criatura!
Al mirarla no es posible
no admirarla: es una perla:
mas valuarla sólo al verla
tampoco: es incomprensible.
Tiene en su faz del diamante
los fugitivos destellos,

y es tan vária como aquellos
la espresion de su semblante:
como tipo de hermosura
es el tipo más perfecto:
no hay descuido, no hay defecto
ni lunar en su figura.
En tamaño y proporciones
es la estátua más perfecta:
su cabeza es tan correcta
como puras sus facciones.
Mas la gracia no la quita
su perfeccion modelada:
antes la tiene estremada,
imponderable, infinita.
De diamantes con un broche
recoje una cabellera
que envuelve su forma entera
cuando la suelta de noche.
Sus riquísimas pestañas
las mejillas la sombréan:
sus miradas centelléan
luz que abrasa las entrañas.
Blanca como una paloma:
ligera, grácil, gentil,
cual mariposa de Abril
que el sol en un lirio toma,
bella es como el mar en calma:

mas, semillero de antojos,
tiene la gloria en los ojos
con el infierno en el alma.
Vista, encanta y enamora;
si sonrie, magnetiza;
si se la contempla, hechiza;
si se la habla, se la adora.
Su boca, de encantos llena,
cuando una frase pronuncia
en ella el preludio anuncia
del cantar de la sirena.
Quien la escucha se estasía
y arrobado la oye y calla,
que en su voz flexible se halla
el gérmen de la armonía.
Mujer en fin andaluza,
de esas que al mundo echa Dios
rara vez, trayendo en pos
un demonio que la azuza.
Tipo estraño de mujer
que el demonio á largos plazos
crea y en sus propios brazos
viene á la tierra á traer:
y al colocarla en el suelo,
por sí mismo la coloca
en los ojos y en la boca
una red con un señuelo,

para cojer en sus lazos
á los hombres, y perder
sus almas despues de hacer
sus corazones pedazos.

Tal es la alma criatura
que esta noche de San Juan,
armada del talisman
de su infernal hermosura,
presencia desde un balcon
la verbena de Sevilla;
siendo encanto y maravilla
de toda su poblacion.

V.

Dama que habita un palacio
cuyo laboreado frontis
ostenta tantos heráldicos
lambrequinados blasones,
sin duda es bien conocida
de toda la gente noble
de Sevilla que los sitios
de la verbena recorre;
así que contínuamente
de los que pasan recoje

saludos y besamanos,
á los cuales corresponde.
Los dos graves personajes,
de aquellos tres que componen
su compañía, aunque sérios
y asaz erguidos, conformes
con los usos convenidos
entre gentes de buen porte,
devuelven tambien y aceptan
saludos, señas y adioses.
Mas el tercero, que cási
se oculta entre las informes
manchas de sombra que trazan
en el balcon los crestones
colgantes de sus profusos
arabescos, mudo, inmóvil,
detrás de la hermosa dama
permanece: y ó le absorben
graves cuidados, ó el alma
remordimientos le röen,
ó se la ataraza alguna
de nuestras malas pasiones.
Como quier que sea, él fija
sus dos ojos avizores
en la gente de la plaza,
torbo, mudo, atento, inmoble,
como un escucha avanzado

que el campo vigila insomne,
como un citado que aguarda
alguien que con él se aboque,
como un tahur que recela
que un lance se le malogre,
ó como loba en acecho
que sus cachorros esconde
en una cueva, y husmea
que andan osos por el monte.
Y aquí hay algo que en tal punto
es digno de que se note,
y es: que la gente saluda
y pasa, mas no hay quien ose,
ó tal vez quien ser merezca
recibido en los salones
de esta dama, ó no hay con ella
quien tal intimidad goce,
pues nadie penetra en ellos;
siendo uso en tales funciones
que no haya casa en la plaza
sin cena y visitadores.
Cuál de este aislamiento sean
el misterio ó las razones,
pues no lo dice áun la crónica,
fuerza será que áun se ignore.
Ya era media noche: hundíase
la luna en el horizonte:

menguábanse ya en la plaza
la multitud y el desórden.
Las comparsas de villanos,
de ociosos y bebedores,
por las lonjas y los pórticos
iban ya á buscar en donde
sentarse y hacer corrillo
de parientes y amigotes,
para, entre tragos y cántigas,
devorar sus provisiones.
La plaza, pues, despejada
ya de la gente del bronce,
que es y fué siempre la gente
de sangre caliente y jóven,
á poblarse comenzaba
de parejas de otro corte:
de damas de alto copete,
de hidalgos y de infanzones,
de bien rizadas gorgueras
y de empinados bigotes,
y en fin de gentes formales
que no gustan de apretones.
Veíanse por do quiera
destellar los resplandores
de facetados diamantes
y cincelados botones,
y ondear las plumas prendidas

en birretes multiformes
con hebillas ataujiadas
y afiligranados broches.
La gente pues de otra estofa
y la fiesta en mejor órden,
comenzó á ser la velada
paseo y fiesta de córte;
y en vez de andar en la féria
los maravedís de cobre,
corrieron los alfonsíes
y las zahenas de á doce.
Salió, como se decia
sin picarse nadie entonces,
la tanda de los villanos
y entró la de los señores:
con qué cenas y refrescos
se ordenaban á alto escote,
y en paz gastaban los ricos
y ahuchaban los vendedores.
A punto tal, precedida
de flamëantes hachones,
guiada por una música
aun semibárbara y pobre,
cuál la producia el arte
que áun estaba en andadores,
desembocando por uno
de sus cortos callejones

entró en la plaza una ronda
enguirlandada de flores,
que la llenó de áura trémula
y de alegrísimos sones.
La rondalla es de gitanas:
mas con capuchas y estoques
trae de mejor catadura
padrinos y valedores.
La rondalla es gitanesca:
mas se ve que gente noble
la saca y que á todo trance
ampararla se propone.
Bajo capuces y chias
de sarga y de camelote,
trae el capucho de malla
y las jacerinas dobles:
y aunque estoques muy ligeros
traen de seda en cinturones,
son de gancho y guardamano
de marca real y dos cortes.
La música bulliciosa
de instrumentos se compone
que parece que imposible
es que puedan ir acordes.
Con el salterio y la cítara
que oyeron los Faraones
con el läud y la guzla,

que usaron los trovadores,
y los guitarrillos árabes
que producen con bordones,
cuerdas y alambres armónicos
sonidos encantadores,
iban ágrias chirimias,
cimbalillos vibradores,
estruendosas panderetas,
y hasta un atabal de cobre.
Mas con tales elementos
al parecer tan discordes,
concierto era que exaltaba
de placer los corazones.
Bárbara fuera esta música
de hoy para los profesores,
mas todavia con ella
bailan pueblos españoles.
Sus aires, cantables todos
sobre una letra con mote,
que la sirve de estribillo
en que á tiempo el coro rompe,
son escasos de compases;
pero sus modulaciones
y sus floreos riquísimos
dejan á los cantadores
y al instrumental hacerles
riquísimas variaciones,

que han creado populares
cantos arrebatadores.
El baile de las ronderas
con tal música uniforme,
más de carácter que de arte,
de puntas ó de talones,
se acompaña y se combina
de todo el cuerpo del hombre
ó de la mujer que baila
con el gesto y las acciones:
y en sus bizarras posturas
hace que el talle se combe,
que las formas se destaquen,
que las cabezas se escorcen,
y los brazos, como el cuello
del cisne y de los pavones,
ondulen segun con gracia
se tienden ó se recogen.
Mas estos quiebros y giros
incentivos, tentadores
y escéntricos, no son nunca
las forzadas contorsiones
del dislocado payaso,
de la almée lúbrica y torpe,
ni la Bayadera impúdica
que en escuelas se corrompe.
La bailadora andaluza

(porque en su baile los hombres
no son más que las parejas
para que el baile se forme,
y para que sus mudanzas
con figuras se confronten)
no es mujer á quien su baile
prostituya ni deshonre.
No es ejercicio que implica
compromisos ulteriores:
no es exhibicion que anuncia
nada más que lo que espone.
Por muy pequeños que sean,
no dan sus piés resbalones;
y sus piés no dan pié á nadie
para que su mano tome.
La bailadora, por mucho
que en su baile se abandone,
no abre los brazos al mundo
para que en ellos se arroje.
La bailadora española
baila y no más: las naciones
que no tienen bailadoras
sino bailarinas, oyen
esto y se quedan lo mismo
que un químico que conoce
los simples de una receta,
pero que ignora las dósis.

De la mujer dice Francia:
«la que se exhibe, se espone.»
cuestion de lengua: y la lengua
francesa es oscura y pobre.
Cuestion de naturaleza
tambien, de clima y de humores:
lo que uso en el Mediodia
es vicio infame en el Norte.
Tal es la ronda ó comparsa
que nuestra crónica pone
en esta noche en Sevilla
á vista de sus lectores.
La comitiva á la luz
de sus hachas y faroles,
al són de sus instrumentos,
y de sus amparadores
á sombra, haciendo un alarde
por la plaza paseóse.
Brindaron á las muchachas
por do quier dulces y flores
las damas y los hidalgos:
y á vista de los estoques
de los encaperuzados,
cuyas chias y aire noble
les daban por caballeros,
paso las abrieron dóciles
sin atreverse á chulearlas

los bravos y los matones.
Dieron vuelta así á la plaza
los de la ronda; juntóseles
muchedumbre de curiosos
por ver sus danzas; dejóse
tomar aliento á los músicos
y algunos tragos de aloque;
y despues de aquel descanso
y aquel paseo, sin que órden
diera nadie para ello,
músicos y bailadores
de aquella dama paráronse
debajo de los balcones.
Formó círculo la gente
y en su torno aglomeróse,
en el balcon produciendo
dos diversas sensaciones.
La dama, en su barandal
acodada, preparóse
á gozar del espectáculo
en todos sus pormenores.
Dos de sus tres compañeros
permanecieron inmóviles
é impasibles, cual si fuesen
dos cariátides de bronce;
mas del tercero, el que estaba
tras la dama, las facciones

y miradas de sombrías
se tornaron en feroces;
y mientras su faz tomaba
todos los malos colores
que dan al semblante humano
todas las malas pasiones,
plantáronse las parejas:
y el tropel de espectadores
se apiñó más, impaciente
de ver como el baile rompe.
Rompió..... como rompen siempre
nuestros bailes españoles,
con un quiebro de cinturas
y un vuelo de guarniciones.
Las bailadòras son mozas
buenas entre las mejores:
la flor de las de Triana,
que las cria como soles.
Todas redondas de formas,
de medianas proporciones,
de cabeza chica, pelo
negro y rizo que recoje
una peineta de plata,
que deja que libres floten
dos rizos que las mosquean
los ojuelos retozones.
Las dos manos traen provistas

de castañuelas de boje:
desnudo el brazo, y el cuello
libre en el rasgado escote;
de lentejuela cuajados
hombrilleras y jubones,
y de cascabeles de oro
ajorcas y ceñidores:
de modo que á cada paso
rádia luz su cuerpo móvil,
y el tiempo marcar unísonos
á los cascabeles se oye.
Cuando á una parada en firme
músicos y bailadores
el ruido y el movimiento
cortaron seco y de golpe,
rompió en un aplauso unánime
la turba de espectadores,
rasgando el crespon del viento
sus vivas y aclamaciones.
Aprovechando el descanso
en que es costumbre que tomen
aliento las bailadoras,
músicos y cantadores,
mientras duraba el estruendo
del palmoteo y las voces,
uno de los enchiados
entre las mozas metióse:

y antes que se apercibiera
nadie de sus intenciones,
á la dama del balcon
arrojó un ramo de flores.
Tirósele con tal tino
que al medio del pecho enviósele,
de modo que ella, con sólo
cruzar las manos, asióle.
Quién fuera el que osó arrojársele
no vió nadie; porque el hombre,
hecho el tiro, como sombra
entre la gente perdióse:
mas vieron muchos el ramo
por el aire; y asombróles
más que del galan la audacia
el ver que ella le recoje:
pues entre la hermosa dama
y el galan que la echa flores
hay un marido implacable
como entre Vénus y Adónis.

VI.

Fué el hecho llevado á cabo
en el intérvalo corto
que bailadores y músicos

se tomaron de reposo:
mas como el ramo no pudo
cruzar el trecho, aunque corto,
de la calle hasta el balcon
sin ser visto, recelosos
hubo quien pensó que el hecho
aunque inocente en el fondo
pudiera ser como simple
galantería de mozo,
podria bien de los deudos
de aquella dama el enojo
provocar y producir
resultados desastrosos.
Se sabe que aquella dama
hermanos tiene y esposo,
que no son en puntos de honra
de muy fácil acomodo.
Andaba además el tiempo
tal, que cada uno á su antojo
la justicia y la venganza
se tomaba por sí propio:
y estando todos partidos
en bandos, y siempre prontos
las caras y las espadas
á sacar unos por otros,
el más mínimo incidente
podia sin saber cómo

levantar un torbellino
con un átomo de polvo.
De borrar, pues, de aquel hecho
la impresion tal vez ganosos,
los músicos de otra danza
dieron en seguida el tono.
Colocáronse en postura
las parejas: y en contorno
volvieron á aglomerarse
para verlas los curiosos.
Y estaban ya las parejas
un pié delante del otro,
dispuestas de otra salida
para el arranque brioso,
cuando ni visto ni oido,
salió del palacio próximo
un hombre que, espada en mano,
se arrojó en mitad del corro:
y antes que de su presencia
se apercibieran atónitos
los circunstantes, cogiendo
todo el umbral de su pórtico
otros dos acompañados
de escuderos, mayordomos
y pajes, se presentaron
para sostener su arrojo.
Con tal prisa maniobraron

apartando los estorbos,
que de verles sin sentirles
quedó todo el mundo absorto.
Las bailadoras y músicos,
espantados como corzos
que sienten encima echárseles
una manada de lobos,
se echaron atrás safándose
de manos de aquel furioso,
solo en el centro dejándole
del hueco hecho de él en torno.
Cambió el cuadro en un instante:
pero no fué ventajoso
el cambio para él, pues cuando
tendió en derredor sus ojos,
vió en vez de las doce mozas
doce encapuzados torvos
y doce espadas que habian
salido ante él de sus forros.
Y maniobraron tan diestros
tambien, que entre los del pórtico
y el intruso, al darle caras,
ya habia espacio y estorbos.
Hubo un instante de angústia
y confusion, mientras todos
de la situacion se daban
cuenta con miedo ú asombro.

El intruso era el del centro
de los del balcon: los hoscos
encaperuzados eran
de la ronda los patronos.
Al ver que el juego iba á espadas,
comenzaron los curiosos
á desbandarse, del juego
procurando salir horros:
y el interruptor del baile
envidando el juego solo,
con planta audaz y voz firme
dijo amenazando á todos:
—El que osó á una dama flores
tirar ¿quién es de vosotros?
—Yo—dijo uno de capuz
guardando en él el incógnito.
—¿Vos?—repuso aquel buscándole
áunque inútilmente el rostro.
—Yo—repitió este avanzando
dispuesto á lid y á coloquio;
que así se entabló, mostrándose
airado aquel, y éste irónico:

Aquel. —Sabeis, pues, quién es la dama.

Este. —¿Sois por ventura su novio?

Aquel. —No.

Este. —¡Pardiez! teneis más traza
de un espíritu diabólico

que quiere robarla el alma
que no de su ángel custodio.

Aquel. —Hermano de su marido
soy.

Este. —¿Y de Don Gil Tenorio
teneis el cargo en su ausencia
de estar por Don Gil celoso?
El así befado púsose
hasta el blanco de los ojos
rojo, como si le ardiera
en las entrañas un horno;
mas la cuestion esquivando,
la dió un giro artificioso,
y dijo de ella saliéndose
mas sin dejar de ser lógico:
—¿Luego sabeis quién es ella
pues que sabeis quiénes somos?
—Como sé que sois don César.
—Y porque lo soy supongo
que sabeis con qué derecho
os pregunto y no os respondo.
¿A ella iban, pues, dirigidas
vuestras flores?—¿Pues tán tonto
me suponeis que eche flores
á damas que no conozco?
—¿Luego os dió pié para echárselas?
—Ahora yo á mi vez supongo

que á pregunta tan ociosa
sabeis por qué no respondo.
—Pues ya que están tan oscuros
los derechos de uno y otro,
echaos fuera conmigo
para aclararlos un poco.
—Vos sois el que habeis venido
á echaros entre nosotros:
si no os convenia el sitio
¿por qué no elegísteis otro?
—Porque si aquí no os cogia,
como guardais el incógnito
iba á perder la ocasion
de suplicaros que el rostro
me mostreis; aunque cubierto
le lleveis por algun voto,
que yo os guardaré el secreto,
ó haré que el nuncio apostólico
á mi costa os le dispense.
—No es menester: vuestro antojo
á haberme dicho antes, ambos
hiciéramos grande ahorro
de palabras y de tiempo:
porque á fé que de retóricos
hemos dado ya tal muestra,
que ni un par de San Crisóstomos.
—Decís bien: y ha sido mengua

para ambos: mostraos.—Sólo
con mi nombre os basta: soy
Ulloa.—¿Cuál?—Don Alonso.

D. César. —Pues fuera echaos, y á solas
hablaremos.

D. Alonso. —¿Estais loco?
Despues de haber dado pruebas
de tener dos picos de oro
y dos ingenios capaces
de tenérselas á Esopo,
¿quereis que coger dejándome
en la trampa, pruebe estólido
que me las echo de lince
y veo menos que un topo?
¿Sacais para hablarme á solas
vuestra gente? Es burla ó dolo;
y pues tengo aquí la mia,
mejor partido os propongo.
Ya que en él para meteros
nuestro círculo habeis roto,
salid de él ó atrás volviéndoos,
ó rompiéndole: y sea pronto.

D. César. —Los Tenorios nunca cejan.

D. Alonso.—Pues los Ulloas tampoco.

D. César. —¡Batalla pues!

D. Alonso. —¡Pues batalla!
Vá de Ulloas á Tenorios.

D. César. —¡Pues adelante!
D. Alonso. ¡Adelante!
D. César. —Tomad, pues.
D. Alonso. —Pues paro y doblo.

Don César con su ¡adelante!
á sí llamó á los del pórtico:
y el ¡adelante! de Ulloa
puso en guardia á los del corro.
Dijo á este el—tomad—Don César
por su estocada de prólogo,
y á su "paro y doblo"—Ulloa
paróla y tendióse á fondo:
y empeñándose la lid,
y de los dos en apoyo
los de sus bandos metiéndose,
llegó el tumulto á su colmo.
Huyeron los de las luces
ó por miedo ó á propósito:
y la lid á oscuras hizo
de la plaza un pandemonium.
Deshízose la verbena,
tomaron piés los medrosos,
rodaron mesas y jarros;
y á los gritos de socorro
de los tenderos, del sueño
salieron los perezosos
torcedores del Derecho

y remendones del Código.
De repente ¡Ulloas fuera!
gritó un acento estentóreo:
y de la liza saliéndose,
se puso aquel bando en cobro.
Gente nueva, que acudia
por los callejones lóbregos
inmediatos á la plaza,
no sirvió más que de estorbo,
impidiendo á los Ulloas
perseguir á los Tenorios:
llegando en fin la justicia
como siempre, á los responsos.
Tres muertos habia en tierra;
dos Ulloas: el Tenorio
era Don César, pero él
su muerte buscó furioso.
Cuando alzaban su cadáver,
la dama que lo vió todo
desde el balcon, á su cámara
se retiró, echó el cerrojo
á la puerta, y registrando
el ramo, halló un microscópico
billete en él escondido,
que decia de este modo:
"Don Gil recibió en Sicilia
"una estocada en el pecho:

"y si el diablo no le auxilia,
"no se alzará más del lecho;
"alejad vos la familia
"y estad desde hoy en acecho."
Leido que hubo el billete
la dama en la luz quemólo:
y soplando su ceniza,
desapareció á su soplo.
Abrió el balcon; y vertiendo
gotas del ámbar de un pomo
en el pañuelo, en la atmósfera
de la cámara agitólo:
y del olor y del humo
los átomos incorpóreos
disipados, no pudieron
dar contra ella testimonio.
Entonces franqueó la puerta,
eligió el sillon más cómodo,
y se sentó la visita
á esperar de los Tenorios.

Á ROSA.

SERENATA MORISCA.

PRELUDIO.

¡Oh Rosa! flor temprana riquísima de aroma,
abierta al sol ardiente de más feráz region:
¡oh Rosa! garza blanca con ojos de paloma,
¿por qué me pides flores que para tí no son?
¡Oh Rosa! ¿por qué pides á mi laúd cantares,
tú que posées entero mi amante corazon?
mis versos deja, Rosa, para ánimos vulgares,
en quienes el orgullo domina á la razon.

¡Oh Rosa! de los bardos la loca poesía
no es más que un ruido grato que eleva sin cesar
el áura del capricho: no es más que una armonía
cual la que dan al viento los bosques y la mar.
Las cántigas de amores jamás probaron nada:
los nécios solamente valor las pueden dar.
¡Oh Rosa de mis ojos! en la alma enamorada
no cabe más ingénio, más arte que el de amar.

El hombre no ha inventado para el amor lenguaje;
amor es Dios: él habla su lengua celestial,
y nuestra lengua humana, grosera, vil, salvaje,
no alcanza de su esencia la explicacion mortal.
Amor jamás se explica, se cuenta ni se canta:
amor es una esencia divina, espiritual,
que en la alma sólo mora, y en cuya esencia santa
un átomo no cabe de polvo terrenal.

Con ese amor inmenso, tiránico, exclusivo,
con ese amor te amo, yo que jamás amé:
con ese amor celeste no más para tí vivo:
con ese amor un templo dentro de mí te alcé.
Mas este amor, ¡oh Rosa! que al corazon inspira,
tirano del ingénio de quien señor se ve,
sus alas encadena quitándole su lira;
por eso yo, que te amo, cantar tu amor no sé.

Yo, cuya lujuriosa fecunda poesía
engalanó con flores cuanto brotó de sí,
no encuentro en los pensiles que abrió mi fantasía
ni aun una margarita silvestre para tí.
¡Oh tú, luz de mi alma y encanto de mis ojos,
sultana á quien esclavo mi corazon vendí!
¿por qué los versos mios desean tus antojos?
¿qué añaden á tu imperio si el corazon te dí?

Mas, Rosa, tus caprichos acepto yo por leyes:
tú mandas: soy tu esclavo. ¿Mi voz te dá placer?
cantares me han pedido los grandes y los reyes
mil veces, y nególos mi orgullo á su poder.
Mas ¿cómo ha de negarte la voz de su garganta

¡oh Rosa de mis ojos! quién te vendió su sér?
Sultana, tú lo ordenas, y tu cautivo canta;
cuando le pidas su alma, te la vendrá á traer.

Escucha y plegue al cielo que mi cantar dichoso
te sea lo que el canto del pardo ruiseñor
para su esposa alada, la prenda del reposo
nocturno, el alimento de inextinguible amor.
Aláh ponga en tu alma mi cántiga nocturna,
cual prenda de un cariño del tiempo vencedor;
tú guarda mi memoria, como chinesca urna
de sándalo conserva su inextinguible olor.

SERENATA.

Que te canté me mandas;
fuera preciso
que llegaran mis cantos
al paraíso;
donde el Profeta
colocó á las huríes
no osa el poeta.

Desde la baja tierra
donde yo moro,
te contemplo, te admiro
mudo y te adoro:
y al firmamento
de tu amor se enaltece
mi pensamiento.

Mi voz, que cuanto existe
con locos giros
canta, no halla al cantarte
más que suspiros:
yo la requiero,
y ella indócil suspira:
"Rosa, te quiero."

Consagrarse á tí quiere
mi poesía,
mas pierde sus potencias
el alma mia:
loco te llamo,
mas sé solo decirte:
"Rosa, te amo."

Si en vez de la africana
gúzla morisca
tomo el arpa, rebélase
como ella arisca:
sus cuerdas de oro
cual las de ella murmuran:
"Rosa, te adoro."

Por cantarte una trova
ves que me afano:
mas ya ves que impotente

lo anhelo en vano,
pues me encastillo
en tu amor y no paso
del estribillo.

"Yo te quiero," te dice
mi gúzla mora:
"yo te adoro," repite
mi arpa sonora:
doble reclamo
al que responde mi alma
"Rosa, te amo."

En alas del cariño
que me arrebata
he venido á entonarte
mi serenata:
mas tus balcones
no abras con la esperanza
de mis canciones.

Sal sin embargo á ellos,
Rosa, un momento,
á oir si no mi canto
mi pensamiento.
Sal, Rosa mia,
que amor en vez de versos
mi alma te envia.

Sal y no los esperes,
porque te llamo
incapaz de decirte
más que «te amo:»
que la garganta
que ahogan los suspiros,
Rosa, no canta.

Ambiente que el desierto
de mi alma llena,
fuentecilla que mana
bajo su arena:
sal, que te espero
para decirte á solas
cuánto te quiero.

Flor que mece mi aliento
con suave arrullo,
yo soy la mariposa
de tu capullo:
sal, que te llamo
para decirte á solas
cuánto te amo.

Tortolilla que arrullas
sola en tu nido,
yo soy la compañera

que habias perdido:
sal, que te imploro
para decirte á solas
cuánto te adoro.

Te quiero cual las aves
quieren al viento,
cual los peces las ondas
de su elemento,
como la yedra
del muro á que se ciñe
quiere á la piedra.

Te quiero como el agua
quieren las flores,
como á la olmeda umbrosa
los ruiseñores;
cual la palmera
á la que Dios la marca
por compañera.

Te amo como á sus madres
aman los niños,
tengo de hijo y de amante
los dos cariños:
me es, de tal modo,
la vida, sin tí, nada:
contigo, todo.

Te amo, luz de mis ojos,
con tal exceso,
que te diera mi vida
por solo un beso;
te amo de suerte
que me fuera en tus brazos
dulce la muerte.

Tal es la idolatría
con que te adoro,
que sin tu amor no quiero
ni gloria, ni oro:
sin tí no quiero
ni el imperio absoluto
del orbe entero.

Mi vida es el aliento
que tú respiras:
mi luz la de los ojos
con que me miras:
para mí tienes
todas las perfecciones,
todos los bienes.

Tienes de la gacela
los ojos francos,
y en tu cuello de garza

cambiantes blancos;
tu boca sana
tiene el frescor de gruta
donde agua mana.

Del antílope tienes
la ligereza:
la oropéndola envidia
tu gentileza:
tu talle es como
los tallos cimbradores
del cinamomo.

El perfume que exhala
tu cuerpo hermoso
aventaja al del nardo
mas aromoso:
tu falda emana
olor á madreselva
y á mejorana.

Los génios de las áuras
antojadizos
meciéndose se duermen
entre tus rizos:
y tus pupilas
velan con sus azules
alas tranquilas.

Piececítos de nácar,
manos de rosa,
tu cabeza, que el cuello
corona airosa,
la gracia imita
del alminar esbelto
de la mezquita.

Para mi vida tienes,
dulce amor mio,
lo que para las flores
tiene el rocío:
y á tu influencia
se abre solo el capullo
de mi existencia.

Tu voz es á mi oido
suave armonía,
y el sabor de tus besos
es ambrosía:
¡luz de mis ojos!
cuanto no es tu cariño
me causa enojos.

Mas ¡adios! y á tu nido
vuelve, paloma:
¡adios! que por Oriente

ya el alba asoma,
y sus albores
de los enamorados
son delatores.

¡Adios! búcaro lleno
de agua de rosas:
¡adios! lirio que mecen
las mariposas:
de tí me alejo,
mas mi alma en tus ojos
cautiva dejo.

Ya ves que es imposible cantar lo que se ama;
¡oh Rosa! más que el génio es fuerte el corazon:
amor mata del génio la creadora llama:
los versos del amante vulgaridades son.
Amor, que ama el misterio, detesta los cantares:
cantarle es al mercado sacarle por pregon;
amor de una paloma se sirve en los altares,
la vanidad, ¡oh Rosa! se sirve de un pavon.

Á LUISA.

Luisa, no debo á tu raza
más que cariño y favores;
debia, pues, sólo flores
venir á tus piés á echar;
mas me dí tan mala traza
para ingerirme en tu vida,
que á darte una despedida
sé sólo á tus piés llegar.

¡Ay! Yo soy hoja perdida,
eco efímero que pasa,
pájaro que apenas rasa
el haz del agua al pasar;
y pájaro que no anida,
eco que al brotar se aleja,
hoja que rastro no deja,
entro al partir en tu hogar.

Así es fuerza que se teja
de nuestra existencia el hilo;
cuando hoy en tu hogar tranquilo
vistes al poeta entrar,
digiste: "¡cuánta conseja,
"qué de estrañas relaciones,
"qué de cuentos y canciones,
"me vá á decir y á trovar!"

¡Tejido de decepciones
la existencia humana, Luisa!
el llanto en vez de la risa,
en vez del gusto el pesar.
Esperanzas, ilusiones
efímeras nos halagan
que un punto en nuestra alma vagan,
mas nacen para espirar.

Y así los años se tragan
nuestra vida hora por hora:
tu estás en la edad ahora
de apetecer y soñar:
y ¡ay! sin que se satisfagan
nuestros anhelos, de prisa
se van, diciéndonos Luisa
como yo, ¡adios! al brotar:

¡Adios! mis versos apenas
aquí de escribirte acabe,
llegará al puerto la nave
que á Italia me vá á llevar.
Flores debí á manos llenas
derramar en estas hojas:
siento que mi ¡adios! recojas
de las flores en lugar.

Mas oye, en vez de las flores
por despedida te dejo
algo mejor, un consejo:
y si le quieres tomar,
verás que de sinsabores
tu juventud guarda exenta:
que ya á mí mejor me sienta
consejos que flores dar.

Cuando este álbum esté lleno
de versos y de primores,
de sobra en él tendrás flores
de mí sin necesitar;
mas por jardin tan ameno
mira bien cómo caminas,
porque no hay flor sin espinas:
no te vayas á picar.

Ve cómo al andar entre ellas
tu corazon acorazas,
porque si nó te das trazas
tu corazon de guardar,
puede una de las más bellas
en su perfumado centro
de su fresco cáliz dentro
algun áspid albergar.

El amor es, Luisa mia
áspid oculto entre flores:
si sabes libre de amores
tu corazon conservar.....
cuando vuelva, si algun dia
volver el cielo me deja,
darás á quien te aconseja
la bienvenida á tu hogar.

Entonces podrás en calma
oir mil de esas horrendas
y fantásticas leyendas
que suelo yo relatar:
y el miedo ó placer que al alma
te dé con mis cuentos, Luisa,
podrás con una sonrisa
cumplidamente pagar.

CABALGATA MEJICANA.

No hay cabalgada en Europa
que á las de Méjico iguale,
porque estas son de boato
bizarrísimos alardes.
El lujo de sus arreos,
lo ostentoso de sus trages
cuajados de plata y oro
y bordados á realce;
sus chaquetas de montar
de paño inglés y de ante,
con solapas y hombrilleras
caireladas de alamares;
sus chaparreras sujetas
con chapas, broches y enganches
hechos con dos onzas de oro
puestas de plata en engastes;
sus calzoneras que cuentan
botones por centenares,
hechos de escuditos de oro

de á veinte y cuarenta reales;
sus jaranos castoreños
de valioso galonaje
orlados, cuyas toquillas
rayan en lo estravagante
por lo ricas, pues las cuajan
de aljófar y de corales,
y las prenden y apresillan
con topacios y diamantes;
las sillas de sus caballos
que más que el caballo valen,
con pomo, teja y estribos
ataujiados con esmaltes:
el lazo y la espada puestos
en el arzon de delante
y el revólver en el cinto
que se ha hecho hoy indispensable,
y en fin los zarapes blancos
que les embozan flotantes,
aspecto á los Mejicanos
dán de Emires orientales.
Y algo hay de feudal orgullo
en los humos militares
de estos señores armados
de espada aún como infantes.
Las Mejicanas que montan
en su misma silla y traen

con sus castoreños mismos
sombreado el rostro y el talle,
y anudados y prendidos
con muchísimo donaire
dejando flotar sus puntas,
sus rebozos y sus chales,
hacen unas amazonas
tan firmes como elegantes,
y parecen mariposas
y abejas primaverales.
Una de estas cabalgadas
mejicanas, cuando sale
despues de llover, al campo
ruidosa, alegre y brillante,
es un torbellino de oro,
pedrería, seda, encajes,
y gasas, tan gayo en tintas
cual la pluma de las aves:
tan sonoro como el agua,
que salta en estrecho cáuce,
y tan vistoso cual nube
de miríficos celajes.
Y esto es en lo que no tienen
seguramente rivales
y aquí es en donde campean
los Mejicanos galanes,
y aquí es en donde se muestran

los ginetes más cabales
de la tierra con las suertes
de equitacion más audaces.
Y es en estas cabalgatas
donde el que montar no sabe
sufre el tormento de Tántalo:
ver agua y de sed quemarse.

JARABE MEJICANO.

Cuando al fin de primer dia
de la mejicana fiesta
entré en la sala, la orquesta
en un jarabe rompia.

Dirá aquí alguno: ¿qué es esto
de romper en un jarabe?
¿y qué orquesta es ésta, puesto
que por lo escrito se sabe
que esta es una fiesta rústica
fuera de la capital?

Aunque sencilla y bien puesta
aquí tal cuestion, no quita
que sea una cuestion esta
de esplicacion muy espuesta
á ser poquísimo esplícita,
si ha de ser breve y cabal;

porque componen la orquesta:
un bandolon, una arpita,

una guitarra dispuesta
para cuerdas de metal,
una alegre jaranita,
flauta y cornetin. ¿Qué tal?

¿Y el jarabe? Ser no debe
ningun jarope cordial,
pues se baila y no se bebe
y lo toca orquesta tal,
y en sus pasos y en su música
no hay azúcar, sinó sal.

Su tañido y su bailado
son los dos tal para cual;
repicado y no rasgueado,
bien batido y taconeado
con rapidez sin igual,
aunque hijo de zapateado,
no es procaz, ni desgarrado,
y es un baile original.

Por los piés es muy movido;
pero de brazos cruzado
y en el gesto comedido,
ni cernido, ni jaleado,
no anda en él menospreciado
el decoro personal.

Pero largo, sostenido,
de mudanzas complicado
cual de notas bien nutrido,
mueve, atrae, encanta, incita
y maréa, exalta, escita,
y electriza y arrebata;
y se sube á la cabeza,
aunque por los piés empieza;
y caldea, aunque no irrita:
y es veneno, aunque no mata:
y aunque pica, no hace mal.

Y al romper en un jarabe
la zambrera jaranita.....
¡Santa Bárbara bendita!
¿Se arde Méjico? ¡Quién sabe!
el calor es tropical.

Y es el baile de la tierra,
y opinion es general,
de que ahuyenta toda cuita,
y que tal virtud encierra
que los muertos resucita.....
¿y qué pueblo, pesiatal
no se agita y despepita
con su baile nacional?

A LA MUY NOBLE Y MUY MAS LEAL
CIUDAD DE BÚRGOS.

Similis factus sunt pelicano solitudinis:
Salmo 101.

I.

Corona condal de España
floronada de castillos,
empenechada de torres
hechas de encaje finísimo:
ciudad labrada con piedras
cuyo alto valor artístico
en cada muro te ofrece
de diamantes un cintillo;
reina cuya alma cabeza
dá al viento en lugar de rizos
dos trenzas de hebras de roca
de sutileza prodigios,
dos vistosísimas plumas
trabajadas en granito,
dos cinceladas ahujas

primores del arte ojivo,
asombro de las naciones,
mofa del viento y los siglos,
de su blason lambrequines,
y de su gloria obeliscos;
Ciudad madre de los reyes
y los hidalgos invictos
que dieron en tus solares
al reino español principio;
Muy Noble Ciudad de Búrgos,
sultana de los castillos,
oye lo que con el alma
en estas hojas te digo;
y haz cuenta que respetuoso
ante tus puertas me hinco,
de hinojos para ofrecerte
un ejemplar de este libro.
Nobilísima ciudad,
aunque no nací tu hijo,
por ser madre de mi madre
te tengo filial cariño.
De los campos que á tu asiento
sirven de alfombra en un pico,
del viejo Muñó á la falda
y á la sombra de un sotillo,
hay un rincon de tu tierra
que fué de mi madre y mio,

donde ésta con su memoria
me ha dejado un paraiso.
Ya ves que son Burgaleses,
aunque tu hijo no he nacido,
la sangre que en mí circula
y el aire con que suspiro.
Por eso te he amado siempre;
y mientras ciego y perdido
erré por mar y por tierra
del mundo en el laberinto,
en medio de sus escollos,
á través de sus peligros,
por encima de sus glorias
y á despecho de su olvido,
tu recuerdo siempre fresco,
como laurel inmarchito
arraigado en mi memoria
sombreando mi alma ha ido.
Fotografiado he llevado
en mis pupilas el sitio
donde á orillas del Arlanza
elevas tus edificios;
y el susurro de tus olmos,
y el murmullo de tu rio,
y el timbre de tus campanas
he llevado en mis oidos.
De tí jamás un recuerdo

me dió al corazon martirio,
de tí jamás una espina
se me enconó en el espíritu.
Tus memorias juguetonas
cual tus corderos merinos,
sabrosas como tu leche,
doradas como tus trigos
por do quier para mí fueron
de mis penas lenitivo,
de mis esperanzas faro,
de mis dolores alivio.
Tu Espolon entre dos puentes,
el torreado frontispicio
del arco imagineriado
que restauró Cárlos quinto,
tus desmantelados cubos,
tus arabescos postigos,
tus agudos campanarios,
tus cruceros cupulinos,
tus filigranadas torres,
tus nobles templos tan ricos
en cresterías y mármoles,
en verjerías y vidrios
en sus naves prodigados
en sepulturas y nichos,
bóvedas y botareles,
agimeces, balconcillos,

pórticos, escalinatas,
pasamanos, fuestes, plintos,
por camarines y cláustros;
de detalles tan prolijos,
de labor tan minuciosa,
de tan diferente estilo
crestonado, alicatado,
losangeado, laberíntico,
fenicio, celta, romano,
godo, árabe, bizantino.....
esas mil partes, en fin,
que forman el nunca visto
conjunto del noble todo,
que hace del Búrgos antiguo
por el nuevo abigarrado
un cuadro característico,
original, pintoresco,
sin par, y palpable y vivo,
se conservó en mi memoria
perennemente esculpido.
Por eso te he amado, Búrgos:
y al volver de un ostracismo,
que no por ser voluntario
menos amargo me ha sido,
corrí anheloso á tu seno
como á su oásis nativo
vuelve á través del desierto

el árabe peregrino.
Tú, ciudad leal y noble,
con espontáneo cariño
reconociste al poeta
vagabundo y fugitivo:
abrazaste al hijo pródigo,
le diste en tu hogar asilo,
le diste asiento en tu mesa,
convocaste á los amigos,
y celebraste su vuelta
cual la de un hijo legítimo
con saraos y serenatas
convites y regocijos.
Por eso te adoro, Búrgos:
porque la primera has sido
que de mi niñez quisiste
volver á escuchar los himnos:
y aunque echaste en ellos menos
cuando volvistes á oirlos
los juveniles arranques
de su vigor primitivo,
no me los desestimaste;
pues sabes que si es preciso
morir ó llegar á viejo,
envejecer no es delito.
Por eso he determinado
más que aúdaz agradecido

dedicarte este volúmen
tan sin valor por ser mio..
Porque ¡ay de mi! noble Búrgos,
no tengo para ello títulos:
pues nada soy en el mundo
ni nada jamás he sido.
Yo que marché por la tierra
solo, independiente, altivo,
dejando entre sus zarzales
fuí pedazos de mí mismo.
Yo no he creido jamás
en la fé de los políticos,
y nunca viento á mis versos
ha dado ningun partido.
Yo que luz, ni poesía,
ni fé en mis tiempos he visto,
poeta ignaro y escéntrico
estraño á los tiempos mios,
evocando los recuerdos
de las centurias que han sido,
he vivido entre las ruinas
cual solitario pelícano.
Razas y revoluciones
han girado en torno mio,
sin poder arrebatarme
ni un solo instante en su giro:
y á fuerza de ocupar siempre

el centro del remolino
social, que todo lo mueve
arrastrándolo consigo,
he llegado á estacionarme:
y anonadado y perdido,
á fuerza de no ser nada
no doy razon de mí mismo.
Así que no me preguntes
Búrgos, quién soy, ni qué he sido,
dó voy, ni de dónde vengo
porque no sabré decírtelo.
Soy un átomo amante
que voy sonoro
por la atmósfera errante
do canto y lloro:
pero mi canto
no se sabe si es nunca
cantar ó llanto.

Yo mismo tal vez ignoro
quién soy y de dónde vengo,
dónde voy y por qué tengo
triste ó gayo el corazon.
Tal vez de alegría lloro,
tal vez de tristeza canto,
mas de mi himno y de mi llanto
no sé tal vez la razon.

Búrgos, siento que es mi alma
de tinieblas un abismo,
y yo dentro de mí mismo
no osé nunca penetrar.
¿Quién soy? ¿dó voy? ¿de dó vengo?
¿Por qué canto? ¿por qué lloro?
¡Pregunta al viento sonoro
dónde vá sobre la mar!

Pregunta á sus verdes ondas
de dónde vienen: pregunta
al agua por qué se junta
para hacer un nubarron.
Pregunta quién es el astro
que rádia en el firmamento;
pregúntale al sentimiento
por qué hiere el corazon.

Mál ¿quién soy? quien me pregunte
su curiosidad emplea.
¿qué os importa quién yo sea
de dó vengo y dónde voy?
Yo soy un ave de paso
á quien Dios dió una voz suave.
¿Os gusta el canto del ave?
Oidla: cantando estoy.

Mas ¿quién és os dice el ave
á quien teneis enjaulada?
No: pero si preguntaba
os pudiera responder,
os diria, "¿qué os importan
"mi plumaje ni mi acento?
"Yo soy una hija del viento:
"dejadme al viento volver."

Ave de paso, quién sea
que no me pregunte nadie:
dejad al astro que radie,
dejad al viento vagar,
dejad que el mar en la playa
rompiendo sus ondas siga,
sin que sus ondas os diga
de dónde vienen el mar.

Dejad cuajarse á la niebla
que por la atmósfera sube,
sin preguntar á la nube
por qué revienta en turbion:
y dejad, libres, que canten
el pájaro y el poeta.
¿Quién mide, ni quién sujeta
su vuelo y su inspiracion?

Dejadme: ave de paso
que nunca anida
y que vuela al acaso
sola y perdida,
yo siempre he ido
por el aire del mundo
solo y perdido.

II.

¿Quién soy?—No sé.—Voz suelta sin pecho que la exhale,
voz que ella misma ignora su gérmen productor,
que busca sólo acaso que el aire la propale,
yo soy tal vez un eco de incógnito rumor;
mas eco procedente de un no sondado abismo,
que vive por sí mismo, de sí germinador,
yo soy la voz perdida que vá todos los ecos
buscando que del mundo se esconden en los huecos,
para corear con ellos un himno al Criador.
Yo soy la voz que agita perdida en las tinieblas
la gasa trasparente del aire sin color,
que sobre el tul ondula de las flotantes nieblas,
que del dormido lago se mece en el vapor.
Voz de álito amoroso, que con afan aspira
los cálidos efluvios de inestinguible amor:
y cuando entre las nieblas y los vapores gira
los himnos exhalando con que de amor delira,
se embriagan con el ámbar de amor con que respira,
suspiran con el álito de amor con que suspira
el pájaro, el insecto, y el árbol y la flor.

Tal vez soy ese incógnito
vago lamento
que en los vacíos ámbitos
se oye del viento.
Su són perdido
¿quién sondará si es nunca
canto ó gemido?

III.

¿Quién soy?—Lo ignoro.—Tengo en mi sér
tinieblas tales, tal confusion,
que á un tiempo siente pena y placer
ánsia y hastío mi corazon.
Hoy desdichado, feliz ayer,
jamás descifro mi condicion,
y mi voz nunca puedo saber
si es un lamento ó una cancion.
Misterios deben del alma ser:
pero yo de ellos en conclusion
sólo averiguo que por dó quier
pedazos dejo del corazon.
Yo soy como el arroyo:
desde que brota,
por dó vá en cada hoyo
deja una gota:
que es mi destino
dejar gotas del alma
por mi camino.

IV.

¿Quién soy?—¡Quién sabe!—Mi sér ignoro:
mas de armonía guardo un tesoro;
y siendo armónica mi condicion,
átomo suelto, libre, sonoro,
donde hallo un eco produzco un son.
Y ya se exhale de un harpa de oro,
ya de una ermita del esquilon,
ya del ahullido de un muezzin moro,
ya de las turbas en rebelion,
ya de un insecto que errante zumbe,
ya de una gruta que honda retumbe,
ya de un torrente que se derrumbe.....
ya del bramido del aquilon
que el roble añoso crugiendo abata,
que atorbelline la catarata,
que los peñascos de la mar bata,
ó los cimientos de un torrëon;
cuanto á mi paso despierta un eco
sordo, estridente, trémulo, hueco,
cóncavo, agudo, vibrante ó seco,
en mí una fibra tocando armónica,
encuentra unísona repeticion;
y el són más débil, más fugitivo,
me presta el tema, me dá el motivo
de una plegaria ó una cancion.

Y en una peña desencajada,
en la cruz puesta sobre un camino,
en una torre desvencijada,
en el murmullo del mar vecino,
en los escombros de un monasterio,
en la flor única de un cementerio,
en el arranque de un puente hundido,
en el fragmento de una inscripcion:
en *algo* móvil que no haga ruido,
en *algo* oculto que dé un sonido,
en *algo* há mucho puesto en olvido,
fundo una historia, sondo un misterio
de que dar cuenta ó esplicacion.
Con una brisa que el aire plega,
de una neblina que el áura azula,
hago un relato que se desplega
de todo un libro por la estension;
como un arroyo que de una vega
por entre el césped corriendo juega,
y ya se avanza, ya se acumula,
ya se desborda y el llano anega,
ya en un remanso creciendo ondula:
ya sobre el musgo de un coto salta,
y de menudas gotas le esmalta,
y huye brincando por la pradera,
desparramando su agua parlera
por la vertiente de la ladera,

hasta que, escaso de agua y de són,
de su postrera lágrima rota
la última gota se hunde y agota
de arena seca por la absorcion.
Así de un fútil recuerdo vago,
de la más nímia suposicion,
campo y escena de cuentos hago
dó mis delirios pongo en acoion.
Yo soy como la hormiga:
dó quier recoje
el granillo y la espiga
para su troje:
y á su hormiguero
marcado con su huella
deja el sendero.

V.

¿Quién soy?—¿Cuál es mi sino?
¿Quién sabe? Peregrino
que gira sin camino
del mundo en derredor:
lo mismo en los sillares
dó apoyan sus pilares
los domos seculares
del templo del Señor,
que al pié de los lentiscos

de los agrestes riscos,
donde hace sus apriscos
el mísero pastor,
recojo los cantares
y cuentos populares,
que narra en sus hogares
el vulgo, de sus lares
ignaro historiador.

Yo hago una historia de una patraña
que oigo á la ciega supersticion
contar al fuego de una cabaña
de un aguacero de invierno al són.
Convierto en tiernos cuentos sencillos
de los pastores la relacion,
y á los palacios y á los castillos
voy á hacer luego su narracion.
Mas por dó quiera voy anudando
con almas tiernas honda afeccion;
y por dó quiera que voy pasando,
pedazos dejo del corazon.

Yo soy como la abeja,
que en los rosales
toma la miel que deja
luego en panales:
y á su colmena
del dulce de las flores
siempre vá llena.

VI.

¿Quién soy?—¡Quién lo sabe!—Yo mismo lo ignoro:
ni al mundo le importa, ni yo me lo explico.
Mis versos para otros han sido un tesoro;
mas yo nunca cuento los versos ni el oro,
y á mí no me importa ser pobre ni rico.
Nada hay que me falte nada hay que me sobre:
doy siempre: y si el pobre de mí viene en pos,
abrir hago al rico sus arcas al pobre,
y á mí me bendicen por ello los dos.
Tal es mi destino: sin oro ni hogares,
excéntrico, errante, locuaz, vagabundo,
mi herencia son solo mi fé y mis cantares
dó quier me lleva mi fé por el mundo.
Y allí donde un dia mi espíritu mora,
yo soy el consuelo del alma que llora:
yo cierro las llagas que el tiempo no cura
con bálsamo suave de amor y ternura:
yo riego la herida que encona la ausencia
de dulces recuerdos de amor con la esencia:
y á mí me confian su afan y sus cuitas
las almas que abrigan pasiones secretas,
á eterno silencio y misterio sujetas,
y cuyas historias conservo yo escritas.
Yo vivo con esas: yo sé sus azares:
yo lloro con ellas su afan y pesares,
yo parto con ellas su oculta afliccion:
y cuando abandono por fin sus hogares,
la hiel de sus penas las vuelvo en cantares,
y mi alma las mando bajo una cancion.

Yo soy como las nubes,
que los vapores
derraman hechos lluvia
sobre las flores:
mi alma es un vaso
que miel vierte en las almas
que encuentra al paso.

VII.

¿Quién soy?—Tú no lo ignoras ¡oh pátria á quien adoro!
tú, cuyas tradiciones son mi único tesoro,
cuya futura gloria mi solo sueño de oro,
cuya afeccion y estima son mi único laurel:
tú, que eres sola el gérmen de mi cantar sonoro,
que para tí acompañan el pastoril rabel,
el caracol marino y el tarabuk del moro,
la lira de la Grecia y el arpa de Israel.
Yo soy átomo frágil á quien el viento mueve,
insecto susurrante que zumba sin cesar,
el trovador errante del siglo diez y nueve
que cruza mar y tierras en brazos del azar.
Y voy de mi fé mártir, mas fiel á mi destino,
á España por dó quiera cantando sin cesar;
y por dó quiera francos encuentro en mi camino
amigos que me esperan y hospitalario hogar.
Como un ave de paso
que nunca anida
y que vuela al acaso
sola y perdida,
yo siempre he ido

por el aire del mundo
solo y perdido.
Pero ave como el águila
de noble vuelo,
la voz para mis cánticos
busco en el cielo:
y donde alcanza,
mi voz vá derramando
fé y esperanza.

VIII.

¿Comprendes, noble Búrgos, de mis crónicas archivo,
de tradicion venero, de inspiracion tesoro,
por qué como poeta con tus recuerdos vivo,
por qué como á la madre que me engendró te adoro?
¿Comprendes por qué el estro que en mí atesoro
no puede decir nunca si canto ó lloro,
y que por eso incierto siempre mi canto
unas veces es himno y otras es llanto?
¿Comprendes que al poeta libre y amante
dá Dios la voz y el alma para que cante:
y que por eso en hojas doy á los vientos,
pedazos de mi alma, cantos y cuentos?
Ya de la mia, Búrgos, tienes las llaves:
de mi llanto y mis himnos la causa sabes.
Ya de hoy no me preguntes quién soy, qué tengo
dónde voy, ni de dónde cantando vengo.
Vengo del Occidente
dó muere el dia,
á volver al Oriente
mi poesía;

vuelvo á mis lares
á volver á mís cuentos
y á mis cantares.

IX.

Y como de el primer dia
en que pude oir y hablar,
mi madre me entretenia
con los cuentos que sabia
de Ruy Diaz de Vivar;
cifra primera de gloria
de la castellana historia
y del Burgalés solar,
de Ruy Diaz la memoria
voy la primera evocar.
Mas no esperes que con pompa
de Homérica entonacion
emboque la épica trompa,
y, al romper mi canto, rompa
en épica invocacion:
no: vá á acompañar mi acento
un viejo y tosco rabel:
con él canto: y me contento
con que oiga mi pueblo atento
lo que le canto al són de él.
A que mi pátria me entienda,

no aspira á más mi ambicion:
otro prez y honras pretenda:
mi atmósfera es la leyenda,
mi campo la tradicion.
Si en tal aire cojo viento
y en tal campo hacino miés.....
Búrgos, no llevo otro intento
sinó que en tu hogar asiento
entre tus hijos me dés.

FRAGMENTOS DE EL CID.

II.

La última luz del crepúsculo
ya el Occidente se traga,
haciéndola por momentos
más trémula y más escasa.
En un aposento vasto,
en cuyas paredes blancas
cuelgan cabezas de fieras
entre panoplias de armas,
Rodrigo, su noble madre
y sus hermanos aguardan
la vuelta de su buen padre
con impaciencia y con ánsia.
Inquietud desconocida,
zozobra insólita y vaga
les roe los corazones
y les atribula el alma.
Mil veces ha ido don Diego

á la ciudad del Arlanza
desde Vivar, pero nunca
les dió zozobra su marcha.
Mucho ha tardado mil veces:
tardó dias y semanas
en volver de allá, mas nunca
les estrañó su tardanza.
Hoy ánsia sin precedentes,
impaciencia inmotivada
el alma les atribula
y el corazon les escarba.
A cada ruido que sienten,
á cada sombra que avanza
por el camino, se asoman
con afan á las ventanas:
mas sobre el camino espira
el ruido, la sombra pasa,
y no es él quien la proyecta
ni su caballo el que le alza.
Saben los cuatro á qué ha ido
don Diego por la mañana
á ver al conde Lozano:
mas nadie sabe la causa
que le obligó por la tarde
á emprender nueva jornada
á ver al rey, sin que el rey
á la córte le llamara.

Siendo cual es el asunto,
siendo él quien es, y el monarca
siendo un rey que con él usa
de benevolencia tánta,
¿qué hay de estraño si su vuelta
Diego Laínez retrasa,
siendo el negocio una boda
y dos leguas la distancia?
Probabilidades, cálculos
y razones hay sobradas
para tal viaje, tal prisa
y semejante tardanza;
mas sobre todos los cálculos
que en las razones se basan,
sobre todas las medidas
y las cuentas más exactas,
está el corazon que siente
y la intuicion del alma
que prevée lo incalculable
y presiente la hora aciaga.
Y hé aquí por qué su familia
espera al viejo con ánsia:
porque el corazon presiente
lo que la razon no alcanza.
Así esperan: y aunque á veces
alguno de ellos arranca
del pecho un suspiro ahogado.....

suspiran, pero no hablan:
la madre por no afligirles,
los hijos por no faltarla
al respeto que la deben,
sin que les pregunte, hablándola;
porque en aquel siglo bárbaro
todavia era, á Dios gracias,
el padre para los hijos
la imágen de Dios en casa.
Así esperan..... y se cierra
la noche, y en torno ataja
la vista de las tinieblas
la densa, insondable masa;
en cuyo lóbrego fondo
nada pueden las miradas
ver ya, aunque en él mil quimeras
la imaginacion les traza.
La lobreguez en silencio
tiempo hacia que miraban
la rica-fembra y sus hijos
inmóviles en la estancia,
cuando Rodrigo á sí mismo
formulándose en palabras
su idea fija, dijo alto:
"¡Válgame Dios..... cuánto tarda!"
Cual si un fantasma evocase,
á su voz inesperada

todos sintieron tornárseles
la faz invisible pálida;
mas como si Dios hubiera
escuchado su plegaria,
al "¡válgame Dios!—se oyeron
sobre el camino pisadas.
El relincho de un caballo
rasgó la atmósfera, y rápida
sintieron del de su padre
la bien conocida marcha.
—"¡Él es! ¡luz!—gritó Rodrigo,
y á su voz, que avisa y manda,
los siervos atropellándose
sacaron candiles y hachas:
mas cuando llegaron todos
al zaguan, ya se apeaba
de su caballo don Diego
con presteza desusada.
Dióles la faz, y por cima
del embozo de la capa
pudieron ver que traia
descolorida la cara,
enmarañado el cabello
de la cabeza y la barba,
el entrecejo fruncido,
y las pupilas con lágrimas.
Efecto acaso del cierzo

que con sus ásperas rachas
en la rapidez del paso
el semblante le azotaba.
La capa á tomarle un mozo
fué: pero él le dijo "aparta"
y umbral adentro metióse
de los hombros arrastrándola.
¿Qué tienes, padre?—le dijo
Rodrigo: y respondió "nada"
y emprendió escalera arriba
desciñéndose la espada.
Salió al descanso á abrazarle
su mujer, mas él negándola
su abrazo, la dijo "quita
"que quien me toca se mancha."
Siguió adelante: Siguióle
su familia acongojada,
triste y silencioso séquito
formándole hasta su cámara:
más él volviéndose á ellos
en el umbral de la estancia,
les dijo con gesto trémulo
y voz descompuesta y áspera:
"Nadie conmigo.—No quiero.
"ni necesito ya nada:
"cada uno á su cuarto—Dios
"nos alumbrará mañana."

Cerró la puerta de golpe:
dió á la llave en la cerraja
vuelta por dentro, y afuera
dejó á su gente asombrada.
"¡A obedecer todo el mundo!
dijo Rodrigo en voz alta:
"Dios manda en el universo,
"y nuestro padre en su casa."
Criada en principios tales
la familia castellana,
cada cual se fué á su lecho
oidas tales palabras.
Mas desde él oyeron todos
toda la noche en su estancia
ir y venir á don Diego
como á un leon en la jaula.

III.

A la mañana siguiente
rayando apenas el alba,
estaban en pié ya todos
de Laínez en la casa.
Cuantos de él bajo su techo
reciben pan ó soldada,
á que se despierte y llame
esperan en la antesala.

Les dijo ayer que debia
Dios alumbrarles mañana,
y con la luz que amanece
á Dios y á don Diego aguardan.
Adheridos á su jefe
como á su tronco las ramas,
esperan en Dios y crëen
de don Diego en la palabra:
y no habiendo comprendido
la escena anoche pasada,
á que se la esplique esperan
cuando se despierte y salga.
Abrió por fin las dos hojas
de la puerta de su estancia,
don Diego, y pudieron todos
ver que estaba hecha su cama.
Un noble su cama no hace
cuando de ella se levanta:
con que no ha entrado en la suya
puesto que la tiene intacta.
Don Diego tiene los ojos
hinchados, la cara pálida,
la calva testa sin toca
y la cintura sin daga.
Todo muestra en su persona
negligencia desusada,
que está revelando un duelo

que el corazon le ataraza.
Con casi invisible seña
mandó á sus hijos que entraran,
y cuando puertas adentro
les tuvo, volvió á cerrarlas.
En cuanto á solas con ellos
quedó su padre en su cámara,
fuése al mayor, y cojióle
la diestra entre sus dos palmas.
No para estudiar en ella
sus quirománticas rayas,
que áun este abuso hechicero
no habia entrado en España;
sinó para hacer con ella
una esperiencia estremada,
con la cual piensa que su honra
de allí en buena mano salga.
Asió pues del primer hijo
la diestra, y de su avanzada
edad y senil flaqueza
á pesar, con fuerza tanta
se la apretó, que el mancebo
no pudiendo retirarla,
exhaló un ¡ay! y los ojos
se le arrasaron en lágrimas.
Soltóle el viejo: y ante él
poniendo la puerta franca,

le dijo: "vete: el que llora
no es digno más que de lástima."
Tomó al segundo la diestra;
y con ira al estrujársela,
al rostro que palidece
de hito en hito le miraba.
Cayendo el mozo de hinojos
gritó: "¡padre, que me matas!"
y el viejo dijo soltándole:
"vete: se muere y no se habla."
Fuése en seguida á Rodrigo,
que viendo en silencio estaba
lo que hacia con los otros,
sin comprender de qué trata.
Tomóle tambien la diestra,
y en medio de sus dos palmas
sus cuatro dedos cruzando
por debajo asegurándola,
enclavijó los pulgares
por encima, y apretándosela
cada vez más, parecia
que intentaba triturársela.
Subió el dolor hasta el codo:
y Rodrigo que empezaba
á ponerse rojo de ira,
exclamó al fin con gran saña:
"Padre, al tenerme esa mano,

"si quién eres no mirara,
"con la que me dejas suelta
"por Dios que te acogotaba."
Siguió apretándole el viejo
sin curar de la amenaza,
y del dolor en el colmo
gritó el mozo ébrio de rábia:
"Suéltame esa mano, padre,
"que la suelta se me escapa!"
y levantando la zurda.....
sintió la derecha salva.
"Suéltalas, le dijo el viejo.
"suéltalas, hijo de mi alma:
"que sueltas las necesitas
"para lavar mi honor ambas."
—¡Qué dices, padre! ¿Estás loco?
¿Quién en tu honor puso mancha?
—Quien puso en mi faz su mano.
—¡Su mano un hombre en tu cara!
—Sí.—¡Tú mientes ó deliras!
Padre ¡á tí una bofetada,
y vives..... y vivo..... y vive
un solo hombre de tu raza?
¿Quién es él?—Oye.—Su nombre:
no pierdas tiempo en palabras:
porque las manchas del rostro
con el sol se tornan llagas,

y se gangrenan muy presto
si con sangre no se lavan.
—Escúchame.—No: no quiero
más que su nombre y tu espada.
—¿Le buscarás?—Al instante.
—¿Le matarás?—En la cara
le heriré, si cara me hace,
y si huye, por las espaldas.
—Tiene muy alta la frente.
—Mi justicia irá más alta..
—Es muy fuerte.—Mi razon
será más.—El rey le ampara.
—Le mataré aunque le encuentre
del mismo rey en la cámara.
—En ella me hizo el ultraje.
—¿Y el rey lo vió?—En ella estaba.
—Morirá aunque se cobije.
del mismo rey á las plantas.
—¿Aunque arriesgues...—Aunque en ello
la vida eterna me vaya.
—¿Lo juras?—Ante ese Cristo
que tienes junto á tu cama.
—Pues arrodíllate y toma
mi bendicion y mi espada.
Arrodillóse Rodrigo,
puso don Diego sus palmas
sobre su cabeza y díjole:

"Dios ampare tu demanda."
Y tomando un gran mandoble
que sobre su mesa estaba,
colgósele al cinto; un beso
dióle y díjole: "levanta."
Levantóse el mozo y dijo:
Su nombre no más me falta.
¿Quién es?—El conde Lozano.
—¡Jesucristo!—¿Qué te pasa?
—Nada.—¿Entonces por qué á Cristo
invocaste?—Porque á espaldas
con ese nombre he sentido
que el mundo entero me echabas.
—¿Y vacilas?—No es estraño
que un momento vacilara
tal carga al tomar en hombros,
dándome al mundo por carga.
—Suéltala, pues.—No me insultes.
Padre: con la cuchillada
con que le abra el pecho voy
á abrirme yo mismo el alma:
mas para tu hijo, señor,
antes que tu honor no hay nada.
—Mas si antes te lo dijera.....
—Lo mismo te contestara.
Mi corazon es de carne,
mis pasiones son humanas;

pero de ahogarme á mí mismo
soy capaz si me lo mandas.
—¡Quien manda así sus pasiones
será un héroe!—No es hazaña
cumplir mi deber contigo:
ser hijo tuyo me basta.
Tornóle á abrazar el viejo
y cruzando la antecámara,
llevándole por la mano,
abrió el balcon de la sala.
A la plaza de Vivar
daba aquel balcon, y estaba
ansiosa de saber algo,
llena de gente la plaza.
Laínez mostrando á su hijo
dijo al pueblo con voz clara:
"Desde hoy es mi hijo Rodrigo
"la cabeza de mi casa:
"él presidirá mi mesa,
"y se ceñirá mi espada.
"Infanzones de Vivar,
"desde hoy al ir á campaña
"él montará mi caballo,
"él guiará mi mesnada,
"y él meterá por Castilla
"mi pendon en las batallas."
Dió á Rodrigo un viva unánime

la multitud exaltada
y tornó al silencio, viendo
que el noble mozo iba hablarla.
Rodrigo con voz de trueno
que retumbó en la montaña
dijo, echando medio cuerpo
por cima de la baranda:
"Hijos-dalgos de Vivar,
"nuestro honor tiene una mancha:
"hay un hombre que á mi padre
"ponérsela osó en la cara;
"¡á caballo! y con su sangre
"mientras no quede lavada,
"que á Vivar no vuelva vivo
"ni un solo hombre de mi raza."
Dijo: y cerrando el balcon,
pidió el caballo y la lanza;
y á punto del medio dia
partía con su mesnada.

VII.

Estaba Diego Laínez
recostado en su sillon,
acabado su yantar,
en su oscuro comedor.
Entornados tiene aposta

ventana, puerta y balcon:
porque á quien sin honra vive
le ofende la luz del sol.
Su familia silenciosa
está de él en rededor
esquivando sus miradas
por velarle su afliccion.
Ninguno hizo en aquel dia
á los manjares honor;
porque tampoco Laínez
bocado de ellos probó.
Laínez y su familia
y Vivar todo, están hoy
sufriendo de honda impaciencia
febril sobreescitacion.
Partió Rodrigo, y en tanto
que no torne vencedor,
no saben si tienen honra
ni si él por ella murió.
Diego Laínez ha hecho
voto y juramento á Dios,
si es que no torna Rodrigo,
de no dormir en colchon,
ni comer pan á manteles,
ni oir de amigos la voz,
ni ceñirse más la espada,
ni montar más su bridon,

ni hacer ni admitir visitas,
ni ver á su confesor
mas que á la hora de la muerte,
ni dejar su habitacion,
para no mostrar al mundo
la faz donde él recibió
y toda su raza en él
la afrenta de un bofeton.
Por eso Diego Laínez
de su mesa no comió
más que agua y pan, sin llegar
á la mesa su sillon:
y por eso su familia
de su mesa en rededor
calla, y bocado no prueba
por no doblar su afliccion.
Y así se pasó la siesta,
y la tarde se pasó,
y la noche se venia
de su crepúsculo en pós:
y la sombra por la tierra
se iba estendiendo veloz,
y el cielo tornando negro
iba su azul pabellon;
y conforme vá muriendo
la luz, que infunde valor,
vá muriendo la esperanza

del viejo en el corazon.
¡Si su hijo ha sido vencido.....
si su mañero ofensor
le ha hecho caer en un lazo.....
si la acendrada pasion
que tiene á Jimena le hace
posponer la honra al amor.....
si él abandonó su causa.....
si Dios á él le abandonó....!
y el viejo al pensar en esto,
por no perder la razon
cierra los ojos y reza
fervorosamente á Dios.
Entraba un paje las lámparas
á encender con un farol
á tiempo que las campanas
tocaban á la oracion,
cuando tropel de caballos
á lo lejos se sintió,
y por la calle adelante
crecer y acercarse el són.
Púsose en pié el buen Laínez;
y al repentino rumor,
pasó su alma á sus oidos
y su pulso se paró.
Toda su familia, en pié
viéndole, se levantó,

todos como el viejo atentos
y trémulos de emocion.
Llegó el tropel á la puerta
de la casa y se paró:
mas no osó nadie arriesgar
palabra ni esclamacion.
Sintieron subir á un hombre
la escalera, el corredor
àtravesar..... y en la estancia
Rodrigo se presentó.
"¡Hijo mio! esclamó el viejo;
y atajándole la voz,
le dijo el mancebo:—"Padre
ya podeis mañana al sol
mostrar vuestra faz ya limpia:
la mano que os la ultrajó
podeis colgar á la puerta
en lugar del aldabon."
Y asiéndola en su escarcela,
prenda de venganza atroz,
la mano que cortó al conde
sobre la mesa arrojó.
Arrojó el viejo un suspiro
de inmensa satisfaccion
al ver la mano que lava
la mancilla hecha á su honor;
y su familia, que el aire

del aliento comprimió
para ver y oir, del pecho
soltó la respiracion.

Laínez con una seña
á su gente despidió,
y la familia en silencio
salió de la habitacion.

VIII.

Quedáronse padre é hijo
con la cercenada mano,
y así el mancebo al anciano
con honda congoja, dijo:

Rodrigo. —Cumplí con mi obligacion:
mas esa mano cortada,
padre, la siento agarrada
con miedo á mi corazon.

Diego Laínez.—¡Tú miedo, Rodrigo mio!
¡Tú miedo á la infame mano
que ultrajó á tu padre anciano
y que cercenó tu brio!
¿Te arrepientes de ello?

Rodrigo. —No:
volveria á hacer lo hecho;

mas ved qué áspid en mi pecho
con hecho tal se albergó.
Jimena y yo pasion franca
nos teníamos, señor:
y hoy esa mano mi amor
de su corazon arranca.
Era mi esperanza toda:
la suya en mí ella fió.....
¡y esa es la mano que yo
la voy á dar en mi boda!

Diego Laínez.—¡Rodrigo de mis entrañas!
tú con hazañas sin par
te harás de ella perdonar.

Rodrigo. —¡Buen principio á mis hazañas!

Diego Laínez.—Rodrigo, ley del honor
era lo que has hecho hacer:
no hay para un noble mujer
que valga más que su honor.

Rodrigo. —No temais, padre, jamás
que á él falte vuestro Rodrigo;
esto que os digo os lo digo
porque lo sepais no más.
Cumplí con mi obligacion:
mas por saberla cumplir
no me podeis exigir
que no tenga corazon.
Bajó el padre la cabeza

de tal razon convencido,
y el hijo al verle rendido,
añadió con entereza:

Rodrigo. —Oid mi resolucion,
padre: no hay otro camino
para cumplir mi destino
bien, ú obtener mi perdon.
Cuando todo en nuestro hogar
duerma y mi madre se acueste,
partiré yo con mi hueste,
con los moros á lidiar.
Si me matan..... moriré
como bueno en causa buena:
decid vos, padre, á Jimena
por qué á su padre maté.

Diego Laínez.—¡Rodrigo!

Rodrigo. —No hagais asombros:
desde que hice tal proeza,
os juro que la cabeza
me estorba sobre los hombros:
y al moro vóisela á echar;
mas como cristiano soy,
á disputársela voy
y no se la voy á dar.
Y si vuelvo á esta mansion,
podreis, padre, con banderas
alfombrar sus escaleras

y entoldar vuestro balcon.
Y así fué: cuando en su hogar
su familia en paz dormia,
él á la guerra partia
con su hueste de Vivar.

IX.

A la mañana siguiente
cuando el sol con resplandores
trémulos doraba apenas
del palacio los balcones,
ya esperaban en su patio
monteros y cazadores,
con los perros en traillas
y en sus perchas los halcones.
Relinchaban los caballos
amarrados á los postes;
atarazaban los perros
inquietos los correones
de sus collares: chillaban
ciegos bajo el capirote
que les encaperuzaba
los neblís y los azores.
Los podencos de don Sancho
y los galgos retozones
de la infanta doña Urraca,

estando en el ámplio goce
de la régia inmunidad
de sus dueños, sus blasones
ostentando en las mantillas,
introducen el desórden
entre personas y béstias,
sin que mal hacerles ose
nadie y de sus estropicios
sin que ninguno se enoje:
pues las gentes adheridas
á los reyes en las córtes
adulan hasta á las béstias
por placer á sus señores.
Iban y venian pages,
mayordomos, guardabosques,
palafreneros, ugieres,
reposteros y ojeadores,
que cargaban en acémilas
y á hombro de robustos hombres
cestas, canastas y cuévanos,
con vajilla y provisiones.
Todo era algazara, prisas,
señas, advertencias, voces
entre los que van y vienen
y encuentros y tropezones.
Galerías, escaleras,
pórticos y corredores

estaban llenos de damas,
palaciegos, ricos-homes,
soldados, caballerizos,
curiosos y espectadores,
que animaban aquel cuadro,
alegre, ruidoso y móvil.
El rey vá á caza, y para ella
ha mandado invitaciones
á cuantos tienen derecho
á que con ellas les honre;
y esperan ya á que se abran
sus régias habitaciones,
los dignatarios á quienes
ir con el rey corresponde.
Abrió al fin de la áurea cámara
un rey de armas los portones,
y al grito de "¡el rey!" quedaron
todos callados é inmóviles.
Apareció el rey Fernando,
cuyos ojos vibradores
radiaban una alegría
que alegró los corazones.
Aparecieron tras él
sus hijos y sucesores
los infantes Sancho, Alfonso
y García; y sus facciones
juveniles y risueñas

mostrando, como dos flores
que al matutino rocío
abren sus frescos botones,
salieron las dos infantas
que de la mano se cojen
doña Urraca y doña Elvira,
dos niñas como dos soles.
El rey vá no más armado
con un tremendo mandoble,
que manejan como un mimbre
sus dos muñecas de bronce.
Lleva el infante don Sancho
un venablo de tres cortes,
que, encadenado á la mano,
después que hiere recoje.
El infante don Alonso,
mozo galan y de porte
cortesano, sólo lleva
en la cintura un estoque;
y el infante don García,
que es de los tres el más jóven,
una ballesta que se arma
y tira con un resorte.
Las dos infantas, que aves
cazan sólo y liebres corren,
llevan no más en el puño
dos gerifaltes veloces;

mas tan mansos y domésticos
que por sí en él se las ponen,
las traen la presa á la mano
y en su misma boca comen.
Así el rey y sus infantes
en medio de aclamaciones
para montar hácia el patio
cruzaron los corredores.
Pusiéronse en movimiento
pages, traillas, bridones,
guardas, halconeros, guias,
donceles y picadores:
y ya el rey en pós llevando
sus infantes y sus nobles
pisaba de la escalera
los últimos escalones,
cuando á la puerta se oyeron
del palacio los clamores
de una mujer, y la gente
se hizo ante ella pelotones.
—"¿Qué es eso?"—preguntó el rey
deteniéndose en el borde
del penúltimo escalon:
y viendo que no responde
nadie y que siguen los gritos
esclamó: "Que desalojen
"esos villanos el pórtico

"y que la entrada no estorben."
A la voz del rey airado
se abrió la gente, y metióse
desatentada en el patio
la hermosa Jimena Gomez,
descabellado el cabello,
mal abrochados los broches,
y arrastrando el suelto manto
y los sueltos ceñidores.
Tras ella Diego Laínez
tambien en palacio entróse
pálido y enmarañados
cabello, barba y bigotes.
A los piés del rey Fernando
Jimena Gomez postróse,
y respetuoso Laínez
de él cerca esperó sus órdenes.
Y así con ira Jimena,
Laínez con calma noble
y el rey con pesar, el diálogo
entre los tres entablóse:

Jimena. —Justicia, señor; han muerto
ayer á mi padre.

El Rey. —¿En dónde?

Jimena. —Casi al pié de su castillo:
en la esplanada del monte.

El Rey. —¿Cómo?

Jimena. —A traicion.
El Rey. —¿Quién?
Jimena. —Rodrigo
Diaz.
El Rey. —¿El?
Jimena. —Sí: de ladrones
y asesinos como banda,
llevaba trescientos hombres:
los de mi padre eran treinta:
yo su cadáver anoche
recogí: está mutilado
por un alevoso golpe:
la mano diestra le falta.
Justicia, señor: á ese hombre
pedid su hijo, y entregádmele
como las leyes disponen.
Y esto diciendo Jimena
con descompuestas acciones
tendia un dedo á Laínez,
que esperaba de hablar órden.
Levantó el rey á Jimena,
su mano para que apoye
la suya al alzarse dándola,
y á Laínez dirigióse:
El Rey. —¿Ósteis?
Diego Laínez. —Sí.
El Rey. —¿Qué decís?

Diego Laínez.—Que en mi raza no hay traidores;
mis trescientos liza abrieron,
y lidiaron de hombre á hombre.
Dios estuvo por Rodrigo:
y manos que bofetones
dan á los padres, los hijos
es muy justo que las corten.

El Rey. —¿No hay rey ni ley en Castilla
que juzguen de tales golpes?

Diego Laínez.—Los de la mano en el rostro
á la mano corresponden.

El Rey. —Será en Vivar, que no en Búrgos.

Diego Laínez.—En Vivar y en todo el orbe
donde hay vergüenza en los rostros
y honor en los corazones.

El Rey. —Pues en Castilla hay mis leyes:
traed, don Diego, á ese joven
para que haga de él la huérfana
lo que mejor la acomode.

Diego Laínez.—Mi hijo fué á tierra del moro
á pelear.

El Rey. —¿Cuándo?

Diego Laínez. —Anoche.

El Rey. —Enviadle á llamar: que vuelva.

Diego Laínez.—Vuestra alteza me perdone;
pero no puedo.

El Rey. —¿Por qué?

Diego Laínez —Porque á mi voz será indócil.
Mi hijo amaba á esa doncella;
y como la afrenta enorme
de su padre y su venganza
un abismo entrambos pone,
fué á morir desesperado
y es probable que no torne.

Al oir anuncio tal.....
¡oh debilidad terrena!
sintió de su alma Jimena
doblar el ánsia mortal:
mas domó á su corazon;
y al punto con alma entera,
demandó de esta manera
al rey con resolucion:

Jimena. —Señor, justicia.

El Rey. —Os la haré:
mas para hacérosla creo
que es preciso haber al reo.

Jimena. —Buscadle.

El Rey. —Le buscaré.

Jimena. —Si yo sé que está con vida
de vuestra ley al alcance,
yo os traeré á este mismo trance.

El Rey. —Justicia os haré cumplida
tal como esté en mi poder.

Jimena. —Señor, la palabra os cojo;
y en vuestros brazos me arrojo
fiada en vuestro valer.

El Rey. —Pues mirad que os tomo yo
á mi vez esa promesa.
En mi casa y á mi mesa
vuestro padre se sentó,
y á amparo mio declaro
que os tomo, y que por él soy
padre vuestro.

Jimena. —Y yo que estoy
acogida á vuestro amparo.
Pero en memoria guardad
que teniendo de él noticia,
vendré á que me hagais justicia.
Dadme la mano.

El Rey. —Tomad.
La mano al rey la doncella
besó: saludó; y volviéndose
á la puerta, partió, abriéndose
la gente en silencio ante ella.
El rey la dejó salir;
y cuando lejos la vió,
pidió el caballo, montó,
é hizo seña de partir.
Volvióse todo á poner
á su voz en movimiento:

y aprovechando un momento,
sin que lo echara de ver
el rey, se acercó al anciano
Laínez don Sancho su hijo,
y así en secreto le dijo
apretándole la mano:
"Id á esperarle en Vivar:
"que creo yo, ó mucho yerro,
"que aún no está forjado el hierro
"que á Rodrigo ha de matar.
"Id: y si rey llego á ser,
"en la tierra en que yo mande
"ni ha de haber quien le demande
"ni ha de faltarle mujer."

Fuése la córte á cazar;
y viéndose solo el viejo,
tomó de Sancho el consejo
y dió la vuelta á Vivar.

(DEL LIBRO III).

XII.

Con qué, firmadas las paces
y ensanchadas sus fronteras,
á sombra de sus banderas
el rey recogió sus haces:
y á los reyes de Sevilla,
Córdoba, Múrcia y Toledo
impuesto tributo y miedo,
volvióse en triunfo á Castilla:
mas en su vuelta triunfal,
de él y su gloria mundana
triunfó la flaqueza humana
con enfermedad mortal.
Cuando vencedor volvia
del aragonés y el moro,
soñó que San Isidoro
de su muerte le advertia:

y confirmó su vision
el mal que le sobrevino
en la mitad del camino
desde Coimbra á Leon.
Entró en aquella ciudad
en litera conducido,
de fiebre mortal cogido,
el dia de Navidad:
y aunque en lecho no se puso
porque morir en pié quiso,
morir vió que era preciso
y á morir bien se dispuso.
Se hizo á la iglesia llevar;
oyó misa y comulgó;
la corona se quitó,
y esclamó vuelto al altar:
"Dios creador y sostén
"del mundo, en él todo es tuyo:
"cuanto hube te restituyo.
"¡Clemencia de mi alma ten!"
Y delante del altar
sobre ceniza tendido,
quitóse el régio vestido
y se mandó amortajar.
Rey bueno, de juicio sano,
gran fé y corazon sincero,
vivió como caballero

y murió como cristiano.
Pero hizo un mal testamento,
lo que afanes muy prolijos
juntar costó entre sus hijos
dividiendo en un momento.
Partió el reino en cinco trozos;
y cuando se los legó,
discordia en ellos dejó
sembrada á sus hijos mozos.
En vano á tiempo le dijo
el buen viejo Arias Gonzalo
que aquel testamento malo
no iba bien á ningun hijo;
el rey, por rey, ó por viejo,
ó por paternal amor,
juzgando el suyo mejor
no oyó de Arias el consejo;
y preparóse á morir
dejando obcecado á España
hecha campo de zizaña
que azizañó el porvenir.
Rey grande y conquistador,
de su patrimonio estrecho
un gran reino habia hecho,
de dia en dia mayor;
y fuerte por la unidad,
libre por su independencia,

le echó al fin de su existencia
en mayor debilidad.
¡Tal es el hombre mejor!
En el que más ve y más sabe,
monton de polvo, no cabe
mas que falácia ó error.
Creen los reyes que su Estado
es hacienda propia suya,
que es justo que distribuya
cada rey segun su agrado:
y por este error fatal,
cual capa vieja y raida
con cien remiendos zurcida
de su color cada cual,
vivió reyezuelo tanto
la España en hombros trayendo,
cada cual de su remiendo
aspirando á hacer un manto.
¡Errores de cada edad!
por un viejo error muy sendo
tiene aún España un remiendo
de muy mala calidad.
Y hoy al contemplar su mapa
hay quien dice al ver su trazo:
¡qué lástima de retazo
cortado en tan buena capa!

XIII.

Sujeto á error por ser hombre,
pero con fé buena y cándida,
muere el rey dejando duelos
tras una vida sin tacha.
En San Isidoro muere
de su altar sobre las gradas,
sobre un monton de ceniza
con humillacion cristiana.
Cilicios tiene ceñidos
bajo la pobre mortaja,
y los salmos de la muerte
el clero abacial le canta..
Con una vela en la mano
responde el rey con voz flaca
al arzobispo de Oviedo
que le recomienda el alma.
En torno suyo la reina,
los príncipes, las infantas,
los nobles, los ricos-homes,
Álvar Fañez de Minaya,
el conde don Per-Anzules,
Ruy Diaz, Gonzalo Arias,
sus soldados y su pueblo
lloran rezando en voz baja;

y se oye en los intervalos
de las mortuorias plegarias
el estertor del que lucha
con sus postrimeras ánsias.
En un intervalo de estos,
cuando nadie respiraba
por no turbar al que espira
con una muerte tan santa,
desprendida de repente
de los demás doña Urraca,
postróse junto á su padre
diciéndole desolada:
"Padre, ¿cómo buen cristiano,
"mueres en Cristo y en calma,
"dejándome de tus hijos
"sólo á mí desheredada?
"¿Qué te hice yo, padre mio?
"¿Soy tal vez hija bastarda?
"¿Por qué á todos mis hermanos
"dejas mucho y á mí nada?
"¡En la miseria me dejas
"siendo de Castilla infanta!
"¿Quieres que mercado infame
"de tu honra y mi cuerpo haga?"
El rey, un punto á la vida
vuelto por tales palabras,
alzó la cabeza y dijo:

"¿Quién de mi deshonra me habla?"
Respondióle el arzobispo:
"Vuestra hija doña Urraca."
Miróla el rey, ya sin verla
mas con la vista buscándola,
y díjola: "No te pierdas
"por pobre, ni por liviana.
"En un rincon de Castilla
"dejé á Zamora olvidada
"en mi testamento; tómala:
"como feudo tuyo guárdala;
"y á quien te quite á Zamora,
"que mi maldicion le caiga."
Todos dijeron "amen;"
don Sancho solo callaba
mirando la triste escena
torvo y con la cara pálida.
El rey, con su esfuerzo último
su última fuerza agotada,
cerró los ojos, dejando
caer la cabeza calva
sobre las losas; soltó
la vela que conservaba
en la mano, y quedó inmóvil
vacío el cuerpo del alma.
La vela entre la ceniza
chisporroteando humeaba;

apagóla el arzobispo
diciendo: "¡Dios en su gracia
le recibá!"—y sobre el cuerpo
tendiendo una oscura sarga,
quitó el muerto de la vista
de los que por él lloraban.

Vació el pueblo poco á poco
la iglesia, mientras hincadas
junto al cadáver la viuda
y sus hijos sollozaban.
Don Sancho permanecia
inmóvil como una estátua,
torvo, de pié y apoyado
en su espadon de batalla.
Por fin el buen arzobispo
sacó de allí á doña Sancha
y á la infanta doña Elvira
enjugándose las lágrimas;
y el buen viejo Arias Gonzalo
asiendo de doña Urraca,
la dijo: "á Zamora vámonos,
"antes que alguno allá vaya.
"Vamos: mientras en Zamora
"viva yo y los de mi raza,
"podrán ir mil á pedírosla

"pero ninguno á quitárosla."
Dióla el brazo, y estendiéndola
el velo sobre la cara,
pasaron ante don Sancho
sin decirle una palabra.
Y mientras cruzar el templo
don Sancho les contemplaba,
juntáronse á él el Cid
y Álvar Fañez de Minaya.

Se hicieron al rey exequias
si no con pompa sobrada
con llanto del pueblo, que es
la más pomposa mortaja.
Quedó el porvenir preñado
de tempestades cercanas:
y rey don Alonso siendo
de la tierra en que se hallaban,
doña Elvira se fué á Toro
y don García á Vizcaya,
don Sancho y su madre á Búrgos,
y Álvar y el Cid á su casa.

(DEL LIBRO IV).

I.

A las diez de la mañana
del florido mes de Mayo,
ante mucha noble gente
reunida en su palacio,
á Jimena y á Rodrigo
toma el rey palabra y mano
de juntarlos para en uno
con indisoluble lazo.
Jimena está conmovida,
roja y con los ojos bajos
para ocultar la alegría
de los ojos con los párpados.
Tal vez se avergüenza un poco
de entregarse tan de grado
á aquel contra quien justicia
pedia airada tan alto.

Rodrigo, tan fresco y ágil
ante una hueste á caballo,
delante está de su novia
un poco encogido y pálido.
El rey mira sonriendo
el encogimiento de ambos,
y á su sonrisa sonríen
los malignos cortesanos.
La reina, como madrina,
está de Jimena al lado;
detrás de ella las infantas
como testigos del acto:
y la nodriza Bibiana
en el nupcial aparato
no ve más que á su Jimena,
por quien reza por lo bajo.
A la derecha del rey,
junto á Rodrigo, don Sancho
le asiste como pudiera
de lid en campo cerrado.
Tras de don Sancho don Diego
de Ruy con los dos hermanos
y con su madre Teresa
asisten al desposado.
El rey cuando vido juntos
á todos los convidados,
se puso en pié y dijo al Cid;

«dad á la novia la mano.»
Tendiéndosela á Jimena
dijo el Cid todo turbado:
«Jimena, maté á tu padre
«pero no como villano:
«de hombre á hombre le maté
«porque á mi padre hizo agravio.
«La ley me hace esclavo tuyo,
«tu marido el rey Fernando;
«marido y esclavo á un tiempo,
«aquí estoy á tu mandato:
«hombre quité y hombre doy;
«no sé más; lo que sé hago.»
Pareció á todos lo dicho
muy bien dicho y muy al caso,
y echaron hácia la Iglesia
su discrecion alabando.

Delante de todo el pueblo,
que se juntó muy temprano
por ver al rey y á los novios
y al pasar por vitorearlos,
les casó el señor obispo
en latin un poco bárbaro,
pronunciado un poco en godo
con acento un poco arábigo;
lengua informe y corrompida

que áun usan los escribanos,
los dómines y los frailes,
que áun gustan de latinajos.
Hubo misa con sermon,
salmodía é incensario,
y paz, que fué á dar al rey
y á los dos novios un diácono.
Estuvieron con la córte
en el presbiterio hincados
la reina en reclinatorio,
el rey en sillon de brazos,
sus hijas en taburetes,
los infantes en escaños,
y los novios en cojines
de terciopelo muy blandos.
Jimena lleva partidos
los cabellos, y trenzados
con hilos de gruesas perlas
en dos trenzas de ocho cabos.
El jubon de mangas cortas
por el cuello abierto en cuadro;
muy desgarrado el escote,
y muy bien acinturado.
El pecho y hombros la cubren
collares y relicarios,
con medallas guarnecidas
de amatistas y topacios.

Cintillos, pulsos y ajorcas
lleva puestos en los brazos,
y anillos de pedrerías
en los dedos de ambas manos.
En la falda delantera
de damasceno brocado,
cuelga un abanico persa
de plumas de papagayo.
Por toca y corona lleva
de oro en la cabeza un aro,
y un velo de gasa de oro
prendido en lugar de manto.
Las joyas que lleva encima
en muchos cuentos tasaron;
herencia son de su padre,
y de los reyes regalos:
la luz que destellan, ciega
con mil destellos y rayos:
con qué parece Jimena
más que una mujer, un astro.
Ruy Diaz viste un justillo
con hebillas ajustado,
cortado el vuelo en almenas
del cinturon por debajo.
Las mangas lleva atacadas
con herretes cincelados,
que cuelgan de las hombreras

cuando se mueve sonando.
La espada en cinto de cuero
colgada de acero en ganchos,
que no usa estoques de córte
quien gana la tierra á tajos.
Un birretillo de grana
con una pluma de gallo,
y guantes y borceguíes
de ante guadamacilado,
completan la vestidura
del Cid en el dia fausto
en que ante Dios á Jimena
jura amor eterno y casto.
A la luz de los dos cirios
que les han puesto en las manos,
la bendicion recibieron
y el sí tremendo cambiaron.
Todos los ojos estaban
en sus semblantes clavados,
y ellos rojos como guindas
ante el fuego de ojos tántos.
Los abades y los monjes,
entonces asaz livianos,
miraban un poco audaces
á Jimena de soslayo.
La gente andaba en puntillas
para mirarla ondulando,

y el pueblo hacia en el templo
como en plaza de mercado.
Jimena estaba más roja
que la flor del amaranto;
y al ver lo que esto duraba
se iba el Cid amostazando.
Por fin dió fin el obispo
á los kiries y los salmos,
y devotos santiguándose
los reyes se levantaron.
Abrieron calle entre el pueblo
los maceros con trabajo
y la nupcial comitiva
cruzó la iglesia á codazos.
Monjes, abades, obispos
y canónigos con pálio
salieron á despedir
á los reyes hasta el átrio.
Diéronles allí muy graves
el último guisopazo:
y así se hicieron las bodas
de Rodrigo el castellano.

De la iglesia van saliendo
los reyes, los desposados,
los infantes y la córte

con sus nobles dignatarios.
Todo es oro, seda, plumas,
brinquiños, joyeles, lazos,
pagecillos con blasones,
y corceles con penachos.
Los pertigueros delante
van abriéndoles el paso,
con bastones regateros
romper piés amenazando.
Tras ellos los concejales
con anguarinas de paño,
con monteras de tres puntas
y medallones dorados.
Detrás los jueces de Búrgos
con sus varas en las manos,
y sus birretes con chías
y sus luengos capisayos.
Detrás los reyes, los novios,
las damas, los cortesanos,
y detrás los ricos-homes
y detrás el populacho.
El rey, como buen padrino
dadivoso y mani-largo,
con él llevaba á los novios
á yantar á su palacio.
Por las calles por dó iban
hallaban engalanados

balcones y miradores
con colchas y con damascos:
y en miradores y calles
agitándose apiñado
les saludaba de Búrgos
el honesto vecindario.
El suelo estaba cubierto
de trébol, juncia y mastranzo,
y las tapias de retama
y madreselva con ramos.
A la entrada de la plaza
y á costa del rey alzaron
de cañas, flores y juncos
muy pulidos unos arcos:
y por divertir al rey
y á los novios por el tránsito,
hicieron unos festejos
tan sinceros como záfios.
Salió Pelayo hecho toro
con un capuz colorado,
seguido de mogigangas,
de gigantes y de enanos.
Salió tambien Antolinez
á la gineta en un asno,
y Pelaez con vegigas
sacudiendo á los muchachos.
Bailáronse por seis danzas

las de espadas y de palos,
con gaitas y tamboriles
gallegas y zamoranos.
Diez maravedís de plata
mandó el rey dar á un lacayo
porque asustaba á las mozas
con un vestido de diablo;
y otros diez á una zagala
que le ofreció desde un carro
un gran queso en un cesto
y dos corderillos blancos.
Iba con el rey Jimena
trabada de él por la mano,
con la reina su madrina
sus suegros y sus cuñados.
Por balcones y ventanas
arrojaban trigo tanto,
que el rey llevaba en la gorra,
que era ancha, un gran puñado;
y como á Jimena Gomez
se la metian los granos
por el escote y collares,
el rey se los vá sacando.
Para que lo oyera éste
dijo don Suero muy alto:
"Aunque es de estimar ser rey
"estimara más ser mano."

Mandóle por el requiebro
el rey un rico penacho,
y á Jimena para en casa
mandarle la hizo un abrazo.
Así iba la comitiva
la ciudad atravesando
desde la iglesia al alcázar
entre vítores y aplausos.
Trataba el rey con Jimena
de trabar plática en vano,
porque ella su discrecion
acreditaba callando;
pues sabe que la mujer
que habla con un soberano,
es pez que abre mucha boca
en agua en que están pescando.
Llegó á palacio el gentío;
y partiéndose á dos lados,
entróse en él á yantar
el rey con sus convidados.

II.

La gente á la mesa puesta
á la del Rey hizo honor:
y estuvo él tan decidor
como la novia modesta.

El Cid comia y callaba
como hombre de poca lengua:
que en hombres bravos es mengua
mostrar tener lengua brava.
Hubo algo más que el diario
sin que hubiera demasías:
pues los reyes de estos dias
no se comian su erario:
que estaba avizor el moro
dia y noche en la frontera,
y en aquellos tiempos era
caro el hierro y poco el oro.
Lo cual no quiere decir
que el rey anduviera avaro:
sinó que el rey no era caro
en el comer y el vivir.
Mas lo era en el regalar;
porque tenia por ley
ser pródigo como rey
y económico en su hogar.
Hubo, pues, lujo de sopas,
caza, pescado de rio,
tierno pan y vino frio
servido de plata en copas:
carne y temprana legumbre,
ojaldre y pastelería,
y queso y confitería

de postre, segun costumbre.
Comióse bien, y fué en fin
un festin segun se vé
la comida: aunque no fué
de Baltasar el festin.
Brindóse tras el yantar,
bebiendo con discrecion;
y al fin de la colacion
entró en la sala un juglar;
y en un romance tan rudo
como el latin eclesiástico,
salmodió un ritmo encomiástico
tosco y de tropos desnudo:
mas que al juglar dió gran prez
en aquella edad sencilla
en que el habla de Castilla
aún estaba en su niñez.
El rey con largueza mucha
en premio del buen cantar,
dió un vaso de oro al juglar
y un sayo azul con capucha.
El Cid, que es muy poco amigo
de versos y que desprecia
lo que ni entiende ni aprecia,
le mandó un saco de trigo.
El rey, por enhorabuena,
hizo al Cid presentes varios;

la reina unos relicarios
de gran valor dió á Jimena.
Las infantas la besaron
dándole el tú como á hermana,
y al Cid con franqueza llana
los infantes abrazaron.
Con qué, acabado el yantar
tornaron todos contentos,
el rey á sus aposentos
y los novioa á Vivar.
Allí, en su hogar solariego
al dar á Jimena abrigo,
la dió posesion Rodrigo
de pan, agua, sal y fuego:
y legítima mujer,
quedó instalada en Vivar
como el ángel del hogar
de todo el pueblo á placer.
Doña Teresa y don Diego,
con deferencias sin tasa,
como señora en su casa
la aceptaron desde luego:
y habiendo puesto Rodrigo
en el cuarto en que nació
su lecho nupcial, llevó
á él á su mujer consigo.
Cerró las puertas Bibiana:

y al retirarse discreta,
á los novios y al poeta
dijo al par: hasta mañana.

Todo el amor lo acomoda,
todo lo allana y lo llena;
los enemigos acoda,
los estrèmos encadena;
y olvidando ofensa toda,
absuelve de culpa y pena:
por eso se hizo la boda
de Rodrigo con Jimena.

(DEL LIBRO V).

II.

Jimena, pues, que es cristiana,
como en la centuria oncena
pudo ser cristiana buena
una mujer castellana,
tiene una supersticion
que Bibiana la fomenta,
y que en secreto atormenta
su cristiano corazon.
Bibiana dió en el desliz
de temer supersticiosa
que haya una ley misteriosa
que deba hacerla infeliz;
y á cada angustia ó revés
de aquella vida agitada,
la dice desesperada
¿lo ves, Jimena, lo ves?
Supersticion popular

que el sino del paganismo
y el musulman fatalismo
vinieron á inocular
en la cristiana creencia
de la divina venganza,
Bibiana á esplicar no alcanza
por qué lo crée su conciencia;
mas como tenaz mosquito
que al oido á zumbar viene,
al de Jimena sostiene
su són tenaz, infinito.
Jimena tambien lo crée:
pero esta supersticion
la alberga su corazon
basada en su propia fé.
Mató á su padre Rodrigo:
y aunque díz que bien matóle,
le mató: y Dios en su prole
al matador dá castigo.
Él á su padre mató
y ella se casó con él:
¿tomará venganza cruel
Dios del hijo que engendró?
Mas ya, el matrimonio hecho,
ella que á Rodrigo adora,
el temor que la avizora
sepultar debe en su pecho:

pues no es justo ir á turbar
la paz de su corazon
de ruin preocupacion
por la pavura vulgar;
ni debe hacerla nacer
en aquella alma serena,
que creyó una accion muy buena
tal muerte y tal boda hacer.
Sólo una palabra más:
ella en su fé sin malicia
de Dios la eterna justicia
juzga con juicio quizás:
porque ella tiene entendido
que el Evangelio relata
que Dios castiga á quien mata;
¡y á quién mató su marido!
La ley del tiempo que alcanza
boda y muerte justifica:
pero remision no implica
de la divina venganza.
Y á su hijo Diego en la cuna
no hay vez que coloque ó meza,
que no diga con tristeza:
¡ay! ¡cuál será tu fortuna!
Y esta tristeza interior
que no debe revelar,
la hace vivir en su hogar

presa de oculto dolor.
Pagana supersticion
ó santo temor cristiano
röe, escondido gusano,
de Jimena el corazon.
Ruy Diaz, hombre que vive
lidiando y poco en su casa,
del duelo que la traspasa
el alma no se apercibe.
Él supone que en su hogar
mujer que al marido quiere,
siempre en temor de si muere,
nunca alegre puede estar;
y mira á su hijo en la cuna
esperando sin tristeza
que cual le dió la nobleza
le dará Dios la fortuna.
Pero Jimena, Bibiana,
doña Teresa y don Diego,
son gente del vulgo lego
mas de buena fé cristiana;
y habiendo llegado á oir
lo de Ruy Diaz y el Papa.....
lo que á nadie se le escapa
no osa ninguno decir;
y es: que si él ha amenazado
al Papa y le excomulgó,

bien á su pátria sirvió;
pero ¿estará excomulgado?
Y á pesar del heroismo
con que el Cid por Cristo lidia,
con buena fé ó con perfidia
pensaban muchos lo mismo.
Y esto, que hoy mismo materia
de inquietud fuera y de duda,
en aquella época ruda
era una cuestion muy séria.
Fé viva ó miedo pueril
escondido en la conciencia
y de triple procedencia
cristiana, mora y gentil,
es una neblina densa
que anubla el tranquilo hogar
de la casa de Vivar,
cada dia más estensa:
y obliga á sus habitantes
sinó á vivir desdichados,
sombríos y ensimismados
y sin la franqueza de antes.
Es decir que en una casa
dó no pasa mal alguno,
comienza á ser importuno
vivir, porque nada pasa.
Y es tan fácil de esplicar,

tan claro de comprender
ésto, que no es menester
más en ello continuar.
Secreto que todos callan
y que, fé ó supersticion,
todos en su corazon
guardan y con él batallan,
es, cuando á bandos se afilia
políticos, la erëencia:
gusano de la conciencia
y acíbar de la familia.
Pero en su modo de ser
nadie ha podido evitar
ser del tiempo y del lugar
en que le cupo nacer:
y allá en la centuria oncena
la familia más cristiana,
sin ser esclava romana
no crée ser cristiana buena.
Y si el Cid, más avanzado
que su edad ó más amante
de su pátria, fué delante
de su edad, lo hubo á pecado.
Tal era la situacion:
y si esplicarla en lo escrito
no he conseguido, remito
al tiempo la esplicacion.

III.

Era una noche de Octubre
oscura, fria y ventosa,
en que todo removido
crugia en la tierra lóbrega.
Rompia el viento en el monte
robles y encinas añosas,
que preferian romperse
antes que soltar sus hojas.
Las campanas de la torre
lanzaban aisladas notas
arrancadas á la fuerza
de su embocadura cóncava;
y la veleta torciéndose
sobre su barra mohosa,
chirreaba como una víbora
á quien un águila ahoga.
Todo temblaba en la tierra,
todo zumbaba en la atmósfera,
todo cimbraba en las casas
con terror de las personas.
La familia de Vivar
de esta noche tormentosa
ponia fin á una cena
como de vigilia sóbria.

Doña Teresa y don Diego
á Dios en voz baja imploran
favor para los perdidos
por la tierra á aquellas horas.
Jimena fija en silencio
su mirada melancólica
en su hijo Diego que duerme
en los brazos de su rolla:
y la nodriza Bibiana
está de pié temerosa
de cuantos lúgubres ruidos
fuera el temporal provoca.
La turbia luz de la lámpara
haciendo lenguas y ondas
dibuja informes y móviles
por las paredes sus sombras:
y en aquel mústio silencio
que nadie interrumpir osa,
el pensamiento de todos
ocupa una idea sola.
Veinte meses han pasado
desde que bajó á la fosa
don Fernando, y hace tres
que el Cid fué al campo y no torna.
El rey don Sancho há tres meses
como desvelada zorra
salió una noche á campaña

á espedicion misteriosa.
Poco á poco y en secreto
juntó en la frontera tropas,
y con el Cid y sus nobles
partió.—¿Dónde? ¿A qué?—Se ignora.
Como de este primer paso,
de esta primera é ignota
empresa, derrota ó triunfo,
pende un porvenir de gloria
ó de vergüenza, y Castilla
vá á saber, triste ó gozosa,
qué rey es su rey don Sancho
y qué alma en su cuerpo aloja,
Castilla entera en silencio
está con inquietud honda
esperando ver sus hechos
y juzgarle por sus obras.
La incertidumbre es profunda,
la situacion angustiosa,
y en el aire se respira
en vez de aliento congoja.
Por eso en Vivar se vive
en esa inquietud monótona
del que aguarda en las tinieblas
la luz de Dios con la aurora.
Jimena de sobremesa,
buscando ocasion y forma

de distraer á los viejos
ahogando su angustia propia,
busca en su mente confusa
ideas consoladoras
que formular en palabras
alegres ó cariñosas;
pero mientras ella busca
ideas que hallar no logra,
vino un rumor repentino
á confundírselas todas.
En medio de los mil ruidos
con que con furia diabólica
el vendabal desatado
las casas bate y azota,
oyó ladrar á lo lejos
los mastines de las chozas
del redil donde es costumbre
que el ganado se recoja.
El redil con sus tenadas
la vía de Búrgos orla,
y algo hay en ella de estraño
que sus perros alborota.
Arrojóse á la ventana
Jimena por fin, y abrióla
con ansiedad. Metió el viento
el frio, el polvo y las hojas
en la cámara, apagando

la luz: y en aquella tromba
rasgada de él, entró el ruido
de caballos que galopan.
Todos lo oyeron: y todos
en callada y afanosa
inmovilidad, escuchan
sufriendo el viento en la sombra.
Son caballeros cristianos:
la caballería mora
entra en las villas que asalta
con salvaje batäola;
y esta llega sin más ruido
que el monótono que forman
con las pezuñas herradas
los arneses que se chocan.
Del vendabal el estrépito
desgarrando, vigorosa
lanzó entre sus torbellinos
su són marcial una trompa.
¡Es Ruy Diaz!—Todo el pueblo
se echa á la calle en la sombra,
porque el huracan no sufre
candil, linterna ni antorcha:
mas lo imposible á los ojos
lo facilitan las bocas,
y á voces se reconocen
se saludan y se alojan.

Y mientras Bibiana enciende
luz, y los viejos sollozan
y el muchacho grita, el Cid
dió en los brazos de su esposa.
Abrazó á todos; y echando
á un lado cuanto le estorba,
sentóse á la mesa y dijo:
«traigo un hambre de quince horas.»
Sírvele al punto Bibiana,
en torno se le colocan
todos, y á sus mil preguntas
responde mientras devora.
Los héroes de la Edad media
eran gente brava y tosca
que en su interior no gastaron
melindres y ceremonias,
y el Cid comia y bebia:
los romances y las crónicas
cuentan sus lides; mas nadie
lidia bien sin que bien coma.
Con que aquietado el muchacho
y con los suyos á solas,
y aplacada un poco el hambre
de pernil con una lonja,
don Diego en breves preguntas
y el Cid en respuestas cortas
fueron en limpio sacando

los hechos en esta forma.

Don Diego.—¿Dónde fuísteis?

El Cid. —A Aragon.

Don Diego.—¿Muy dentro?

El Cid. —Hasta Zaragoza.

Don Diego.—¿Y qué?

El Cid. —Rendimos al moro
Almangadir, y á otra cosa.

Don Diego.—¿Cómo á otra cosa?

El Cid. —Don Sancho
parece que reflexiona
mucho un plan, mas en campaña
maniobrando no reposa.
Dímos sobre don Ramiro
su tio.

Don Diego. —¡Estraña maniobra!
¿Contra un pariente cristiano?

El Cid. —Y en buen derecho.

Don Diego. —¡Me asombras!

El Cid. —Ofensiva y defensiva
hecha liga en pró y en contra
con el moro, el ayudarle
era obligacion forzosa.

Don Diego.—Pero ¡en paz con don Ramiro.....!

El Cid. —Dijo don Sancho que rota
la tenia él, y hecha afrenta
por escrito á su persona.

Don Diego.—¿Y qué pasó?
El Cid. —Sobre Grados
estaba: la gente mora
hizo una salida, mientras
nosotros sobre sus tropas
dimos por la espalda, y fué
breve y total la derrota
con su muerte.
Don Diego. —¿Murió el rey
don Ramiro?
El Cid. —De Dios goza;
porque murió confesado,
se le han hecho grandes honras,
y ya en San Juan de la Peña
con sus abuelos reposa.
Don Diego.—¡Es una traicion inícua!
El Cid. —Por todas partes se cobran
ya en paz los tributos: fué
una leccion provechosa.
Don Diego.—Rodrigo, ese rey me espanta.
¿Y si se revuelve ahora
contra sus hermanos?
El Cid. —El
sabrá lo que más le importa.
Don Diego.—¿Tú le ayudarás?
El Cid. —Y muchos.
Don Diego.—¡En tal ocasion!

El Cid. —En todas.
Castilla debe ser grande
y partida se aminora.
Don Diego.—Mientras que la reina viva.....
El Cid. —Mientras vivió respetóla
don Sancho.
Don Diego.—¡Ha muerto!
El Cid. —Esta tarde.
Don Diego.—¡Dios nos ampare!
El Cid. —Él os oiga.
Santiguáronse los viejos;
Rodrigo apuró su copa
y dijo: "estoy muy cansado;
pónganme luz en la alcoba."
Besó á sus padres y á su hijo:
y ayudado por su esposa,
cayó en el lecho postrado
por el sueño que le agobia.

VI.

Don Alonso era hombre astuto,
prevenido y avisado,
y estaba dispuesto á todo
pues nunca fió en don Sancho.
Con don García y sus primos
el de Aragon y el Navarro,

y con los reyes infieles
Cordobés y Toledano
hechos ajustes y liga,
del rey de Castilla en daño,
en cuanto oyó que venia
salió á encontrar á su hermano.
Topó con él en Carrion:
y el Burgalés, que tan bravo
no le creia y áun lejos,
se halló con él descuidado.
Cayeron sobre los suyos
los Leoneses, llegando
con la cautela de zorras
y con la furia de alanos.
Los de Castilla, cogidos
en Carrion de sobresalto
cuando esperaban cojer
de sorpresa á los contrarios,
pelearon como buenos;
mas sin órden pelearon,
y al fin volvieron la espalda
con vergüenza y con espanto.
Lidiaba el rey de Castilla
como un oso acorralado
con un puñado de nobles
de puños como él y de ánimos;
pero viéndose perdidos,

de las riendas del caballo
del rey asiendo, á la fuerza
de la liza le sacaron.
Bramaba el rey de coraje
viendo huir á sus soldados
y en las sombras del crepúsculo
esconderse en los chaparros;
y sin poderse valer,
huia tambien bramando,
arrastrado por sus nobles
ganosos de verle en salvo.
Interrumpió su carrera
la oscuridad en un páramo,
y en un robledal vecino
con su señor se ampararon.
La noche lóbrega y húmeda
era una del mes de Marzo,
mala de pasar á esta época
y en aquel país al raso.
Salieron, pues, á orientarse.
Diego Ordonez é Ivan Dávalos,
dos hombres siempre valientes
y nunca desesperados.
Quedóse el rey con los otros:
mas como presa del diablo,
blasfemaba furibundo
sin hacer de nadie caso:

y revolviéndose inquieto
entre los robles, y dando
en las tinieblas de buces
con ellos á cada paso,
maldecia su fortuna
dándo en los troncos hachazos;
matar arriesgando á alguno
de los que le habian salvado.
Callaban estos, del rey
por precaucion apartados;
mas que no atajaba viendo
sus furiosos arrebatos,
trataban ya en voz muy baja
de sujetarle los brazos
para no tener traidores
que dejarle solo..... cuando
sintieron por la llanura
són de corceles lejanos,
que hácia el robledal venian
tan derechos como rápidos.
La prevision del peligro
calmó al rey y le hizo cáuto:
escuchó y dijo: "nos buscan
"y se acercan; defendámonos."
Todos en torno del rey
pusiéronse espada en mano,
y oyóse á los que venian

decir—"por aquí"—buscándolos.
Entonces el rey volviéndose
á los suyos dijo alto:
"no miramos aquí á oscuras
como lobos entrampados."
Y saliendo de repente
del robledal á lo llano
dijo golpeándose el pecho:
"¡aquí está, aquí está don Sancho!"
Todavia en el ambiente
su voz estaba vibrando,
cuando otra voz vigorosa
dió á los ginetes el alto.
Quedaron todos inmóviles:
y de los recien llegados
tres hombres en la penumbra
hácia el rey se adelantaron.
El rey que en la oscuridad
ve los tres bultos cercanos
¿quién vá? gritó, y respondieron:
—"El Cid Ruy Diaz, don Sancho."
Respiraron todos: juntos
Diego Ordoñez é Ivan Dávalos
detrás del rey se pusieron
y con el Cid le dejaron.
Llegósele el rey: el Cid
echó pié á tierra: y la mano

dándole el rey, en voz baja
trabaron y aparte diálogo.
—Dios me perdone! Creíme
tambien por tí abandonado.
—Yo nunca abandono á nadie,
sea rey sea vasallo.
—Nos han vencido.—Sin mí.
¿Por qué atrás me habeis dejado?
Fué error dividir la hueste:
lo dije.—Y me cuesta caro;
pero áun hay tiempo, y en Búrgos
gente fresca: rehagámonos.
—Ya estamos aquí rehechos:
yo he recogido avanzando
los dispersos, y áun están
mis vivareños intactos
y ganosos de romperse
por vos y por mí los cascos.
Conque, si quereis seguir
mi consejo, no perdamos
el tiempo y á don Alonso
vamos á dar un albazo.
Yo conozco á los gallegos,
astures y lusitanos;
pelean bien, mas el triunfo
les desvanece: volvamos
sobre Carrion. A estas horas

están beodos bailando
con las mozas, y creyendo
que áun corremos como gamos.
Vamos, señor: en la cama
como conejos cojámoslos,
y el sol de mañana puesto
verá lo de arriba abajo.
—¿Tú respondés?—Con mi vida.
—Vamos, pues.—¡Pues á caballo!
Dió al rey un caballo el Cid
y de las huestes el mando:
y en las tinieblas cual duendes
se perdieron por el páramo.

VII.

Tiene á Carrion mal tendido
un árido cerro á lomos,
entre un puente de romanos
y un castillejo de moros.
El rio, haciendo una comba
de la loma en el recodo,
al puente sirve de espejo
y al castillejo de foso.
Tienen unos condes ricos
hacienda grande en sus cotos;
mas de seso muy escasos,

de corazones muy flojos
y avaros como judios,
sus tierras dan á colonos
en arriendo, y no se ocupan
en labores sinó en cobros.
Dueños de los encinares
y las dehesas del contorno,
sus maderas y sus pastos
cambian sin trabajo en oro.
Teniendo así sus terrenos
en tan cobarde abandono,
ni han pensado en su defensa
ni la han menester tampoco;
pues consistiendo su hacienda
en escondidos tesoros,
en caso de guerra huyen,
y al volver se encuentran horros.
Con un vigía en la torre
y un velador cuidadoso
á la cabeza del puente,
de sorprenderles no hay modo,
porque el puente está torreado,
y el Cea por allí es hondo;
y en largo trecho adelante
solo hay llanos y rastrojos,
por donde alcanza la vista
gran distancia sin estorbos;

regando el rio, agua abajo,
de fértil vega un buen trozo.
Del otro lado del rio
el terreno es pedregoso,
y unos tapiales ya viejos
guardan el pueblo tan solo.
Verdad es que por las breñas,
zanjas, barrancales y hoyos
que al pié del cerrillo esconde
tupida capa de abrojos,
sólo los pastores andan
por mil senderillos corvos
que cortan tajos contínuos
y llovedizos arroyos.
Ya está la noche avanzada;
cubre el cielo nebuloso
un pabellon denso y móvil
de nubarrones de plomo;
y un aire pesado y débil
con interrumpidos soplos,
la lluvia amaga y no puede
sacar de sus senos cóncavos.
Leoneses y Asturianos
del triunfo en el alborozo,
están en Carrion de fiesta
gran gasto haciendo de mosto.
Habiendo á los Burgaleses

tan completamente roto,
que ni seguirles quisieron
al ver su total destrozo,
creian caer en Búrgos
dentro de plazo tan corto
que ni pudieran rehechos
estar, ni á defensa prontos.
Así, del lado de Búrgos
guardado el puente tan sólo,
solamente están guardados
por las tapias por el otro:
y abandonados al goce
del triunfo y del tiempo próspero,
en vez de ser campamento
era Carrion pandemonio.
Los villanos, no cuidados
por sus condes, dieron fondo
al envás de sus bodegas
por cuenta de don Alonso.
De soldados y villanas
parejas, grupos y corros,
estaban de la alegría
y la embriaguez en el colmo.
Los gallegos, de una gaita
al són, girando en redondo,
con las mozas en la plaza
danzaban su baile godo.

Los lusitanos, cebados
en un aloquillo rojo,
tan bocon como caliente,
tan traidor como sabroso,
primero alegres, despues
pesados, y al fin beodos,
dormitaban calentándose
ante hogueras de manojos.
Y los aliados infieles
cansados ya de ser sóbrios
y aguados como Muslimes,
bebian como católicos.
Sentados en los talones,
en las rodillas los codos,
entre las manos la barba,
encandilados los ojos,
y empinados en la nuca
los turbantes y los gorros,
como un congreso de enanos,
como un sanhedrin de gnomos,
contemplaban y aplaudian
ébrios, un grupo diabólico
que ante ellos bailaba, al són
de un tamboril y un piporro.
Y en tan culpable desórden,
que estuvieran fué forzoso
el rey don Alonso ciego,

y sus capitanes locos.
Conocedor del terreno
y en estratajemas docto,
el Cid vadeó el rio Cea
por un bajío arenoso;
y echando á ancas los peones,
primero unos y luego otros,
en breve tiempo á pié enjuto
á la otra orilla pasólos;
y avanzando por atajos,
cruzando dehesas y sotos,
dió en las eras de Carrion
entre la iglesia y el hórreo.
Dejando allí los caballos
á bagageros y mozos,
trepó al cerro con los suyos,
á la rastra como topos;
y cuando al pié de las tapias
arribaron silenciosos
del baile y de los cantares
á merced del alboroto,
vieron á los Leoneses
sin oidos y sin ojos,
como conejos en brama
sin sentir á los raposos.
En el salon del Concejo
cenaba el rey don Alonso,

futuros planes trazando
con sus capitanes todos,
cuando interrumpió su fiesta
estrépito clamoroso
y rudo són de pelea,
que apercibieron absortos.
Pusieron mano á los hierros
más que espantados atónitos,
pero sin tiempo ni espacio
para sacarlos del forro;
porque puertas y ventanas
hechas de repente trozos,
dieron paso á una centena
de Burgaleses furiosos
que gritando "¡por don Sancho!"
como banda de demonios
en un círculo de espadas
les encerraron de pronto.
De la sorpresa el buen éxito
fué completo y perentorio:
ni resistencia posible,
ni esperanza de socorro.
Don Alonso se cubria
con ambas manos el rostro,
ó por no ser conocido,
ó por cubrir su sonrojo,
cuando, al tiempo que una mano

tocaba apenas su hombro,
oyó una voz que le dijo:
"Preso por don Sancho os cojo."
¡El Cid!—esclamó el infante:
haznos paso, y en retorno
te daremos.....—Las espadas:
yo ni me vendo ni compro.
En esto en medio del ruido
de la lid y el fulgor torvo
del incendio que arde fuera,
entró respirando encono
don Sancho con el mandoble
ensangrentado hasta el pomo;
y al ver á su hermano, encima
vínosele como un lobo.
Metióse el buen Cid entre ambos.
Dámele—dijo rabioso
don Sancho.—Es mi prisionero
respondió el Cid.—Te le compro;
véndemele,—dijo el rey.—
En cautivos no negocio.
—Te doy por él.....—Vuestra mano
señor; y cuando el enojo
domineis con la razon,
en esta mano que os tomo
pondré la de vuestro hermano,
como ante él la mia pongo.

—Yo soy el rey.—Dios es Dios:
él me juzgue segun obro:
dijo el Cid al rey irguiéndose.
Miróle éste airado y hosco,
y el Cid sin soltar la mano
que el rey le dió, poco á poco
con su mirada serena
hizo al rey bajar los ojos.
—Señor—dijo el Cid—lo mismo
que por vuestro honor arrostro
vuestra cólera, en el campo
por él los huesos me rompo.
Si á vos por él os prendiera,
dijera yo á don Alonso:
"Don Sancho es hermano vuestro:
sed cristiano y generoso."
El rey escuchando al Cid
iba su semblante fosco
serenando y escondiendo
en su corazon el ódio.
Al fin con faz ya tranquila,
pero con acento áun ronco
por la ira mal apagada,
dijo: Sé, pues, su custodio:
mas no quiero que en Castilla
haya más que un sol y un trono:
las cabezas con corona

que tope en ella las corto.
Si él mismo rompe la suya
en su régio territorio
y sus pueblos se me entregan.....
veré á lo que me acomodo.
Soltó la mano del Cid
y á pasos lentos y cortos
salió del cuarto, dejando
respirar en él á todos.

Y cuando en el aposento
les dejaron á ambos solos,
hablaron así en voz baja
Ruy Diaz y don Alonso:
—Ruy, mi hermano es una fiera.
—Mas ya veis que yo la domo.
—Tengo miedo á que me mate.
—Siento que seais miedoso.
—No tengo miedo á la muerte,
sinó á morir de mal modo.
—No temais: mientras yo viva,
yo de él y de vos respondo.

(DEL LIBRO VII).

Cumplió su promesa el Cid:
y como adalid que piensa
asegurarla bien antes
de meterse en una empresa,
la gente de su mesnada
dividió en partidas sueltas,
despachando á cada una
por una vía diversa.
A Búrgos diz que se vuelven
ya que en León la paz reina,
encargadas por los pueblos
fronteros de establecerla:
mas todos los jefes órden
de caer en un dia llevan
en un lugar diferente,
pero de Zamora cerca.
El Cid cumplió su palabra:
con una escolta pequeña

de hijos-dalgos Vivareños
salió de Leon sin muestras
de algazara ó correría,
sin aparato de guerra,
sin verederos delante,
sin carros detrás ni acémilas.
Armados van: mas del noble
la armadura entonces era
indispensable atavío
y natural vestimenta;
con qué miró su partida
la poblacion Leonesa
de la paz como precisa
y natural consecuencia.
Cumplió su palabra el Cid:
á la jornada tercera,
con tranquilo continente
de Zamora entró por tierras:
y con el sol de la cuarta
comenzó á subir la cuesta,
cuyo sendero tortuoso
al postigo viejo lleva.
Segun avanza comprende
por lo que avanzando observa,
que está la infanta en Zamora
preparada á su defensa:
las murallas con reparos,

los cubos con aspilleras,
el castillo con vigías,
las torres con centinelas,
el postigo mantelado
con puente, rastrillo y verja,
y á verle subir creciendo
el gentío en las almenas.
Subia el Cid á Zamora
cual si no se apercibiera
de su catadura hostil,
ni de su gran fortaleza;
como á un jabalí erizado
vá un cazador con cautela,
fingiendo no apercibirle
para tirarle de cerca.
Llegó ante el postigo viejo,
y plantado en la plazuela
que ante el puente y sus dos torres
se abre á sus tiros espuesta,
cual si no viese á la gente
que á los muros se aglomera,
mandó de pedir entrada
con un clarin hacer seña.
—¿Quién vá?—preguntó asomando
hasta el pecho la cabeza
por el muro Arias Gonzalo,
que el Infantazgo gobierna.

Abrid al rey—dijo el Cid;
de él traigo á la infanta nuevas,
y á una demanda del rey
ha de darme una respuesta.

A. Gonzalo.—Ya no hay en Zamora rey,
ni hay en Zamora ya orejas
demandas de castellanos
que estén á escuchar dispuestas.

El Cid. —Las palabras de la mia
están escritas en letra
del rey don Sancho á su hermana,
y es preciso que las lea.

A. Gonzalo.—Si traeis letras mandádnoslas
pasadas en una flecha
por cima de la muralla;
pues las llaves de las puertas
de Zamora se han perdido,
y no hay de abrirlas manera.

El Cid. —Muy mala de recibir
cartas de reyes es esa:
si esta ha de saltar el muro,
prefiero al rey devolvérsela,
y que entre él por donde yo
su carta enviar tengo á mengua.

A. Gonzalo.—Si lo que en ella demanda
es, segun siento sospechas,
entrar el rey en Zamora,

no hay que cansarse en lëerla.

El Cid. —Eso pide, Arias Gonzalo;
mas no es cortés que yo vuelva
á Búrgos de vuestra infanta
sin ver el rostro siquiera;
y por si al perder Zamora
las llaves y las orejas,
perdiendo memoria y ojos
no hay quien me conozca en ella,
yo os suplico, Arias Gonzalo,
que si anda por ahí cerca
mi señora doña Urraca,
que sí andará á la hora de ésta,
la digais que soy Ruy Diaz,
y que esta es la vez primera
que á su morada llamando
me hizo esperar á su puerta.
A estas palabras del Cid,
sacando entre dos almenas
el medio cuerpo y los brazos,
asomó la Infanta mesma:
y con voz desentonada,
y con accion descompuesta,
al absorto castellano
imprecó de esta manera.
"¡Afuera, afuera, Rodrigo!
"Jamás pensé que tú fueras

"quien viniese á despojarme
"en mi casa de mi hacienda.
"Antes de arriesgarte á ello
"acordártese debiera
"de aquel buen tiempo pasado
"de nuestra niñez más tierna;
"cuando criado en mi alcázar,
"en infantiles franquezas
"con mis hermanos crecias,
"siendo yo tu compañera.
"Leíamos en un libro,
"comíamos á una mesa,
"y unos mismos, cual de hermanos,
"nuestros pensamientos eran.
"Creciste y te hicistes hombre,
"de héroe hiciste pröezas;
"y al hacerte hombre, olvidaste
"por lo que eres lo que eras.
"Mi padre te armó en Coimbra,
"yo te calcé las espuelas
"porque fueras más honrado,
"pero lloraba al ponértelas.
"Pensé de casar contigo;
"casaste tú con Jimena;
"dejastes hija de rey
"por casar con rica-fembra;
"con ella hubiste dineros

"conmigo estados hubieras,
"¡y hoy vienes á demandarme
"los estados de mi herencia!
"Tal demanda no tomaras
"si tuvieses fé y vergüenza:
"y si no fueras quien eres
"de aquí vivo no volvieras.
"¡Afuera, afuera Rodrigo!
"Zamora es mia, y tendréla
"por mia mientras me queden
"de ella un hombre y una piedra.
"Yo no entregaré á Zamora:
"y si don Sancho la entra,
"me hallará entre sus escombros
"antes que rendida, muerta.
"Dejómela á mí mi padre,
"y maldijo á quien viniera
"á pedírmela ó quitármela
"por voluntad ó por fuerza.
"Tú vienes hoy á pedírmela;
"¡afuera, Rodrigo, afuera!
"mi padre maldice á Sancho:
"maldito con Sancho séas!"
Dijo, y quitóse la infanta
de la muralla colérica,
y todo el pueblo quitóse
de las murallas trás ella.

Quedóse el Cid pensativo
en la esplanada desierta,
absorto de lo escuchado
y de lo visto con pena;
y en vista de que Zamora
no ha de abrirle ya sus puertas,
tornándose con los suyos,
tornó á bajar por la cuesta.
Los Vivareños del Cid,
aunque mucho le respetan,
por lo que la infanta dijo
conforme á lo dicho piensan.
El Cid sabe bien que el nécio
que en sincerarse se empeña,
agrava más ante el vulgo
lo de que mál se sincera;
y aunque lée en sus pensamientos,
con ellos sin tener cuenta
sigue en silencio bajando
como si no los leyera.
Lo mal dicho por la infanta
mal sin embargo le sienta,
por ser palabras tan locas
en una mujer tan cuerda.
Y como sabe que siempre
palabras por mujer sueltas,
en lugar de ser el aire

el diablo es quien se las lleva,
le asombra de que la infanta
haya así soltado aquellas,
que cogidas por el diablo
pueden pedradas volvérsela.
Y el Cid para sí decia:
»Comprendo que se defienda,
»mas no que ofenda su honra
»publicando sus flaquezas.
»Si me quiso y no la quise
»secreto entre los dos era:
»por cima de las murallas
»¿á qué sus secretos echa?
»Y con el rey me maldijo.....
»¡maldita sea su lengua!
»Sobre Zamora vendremos
»el rey y yo..... por bien sea.»
Así pensando llegaba
el Cid al fin de la cuesta,
y enarcando el ceño, hizo
salir al trote á Babieca.

Cogidas dejó en contorno
de Zamora las veredas,
mas fuera de sus terrenos
del Infantazgo á fronteras:

y escalonando ginetes
segun de Leon se aleja,
dió en Búrgos á dar al rey
de su mision mala cuenta.
Le oyó el rey y dijo en calma:
"las huestes tengo dispuestas;
"tomaremos á Zamora
"una vez que nos la niegan."
Nó como quien amenaza
sinó como quien recuerda,
dijo el Cid: "tened presente
"que al descender á la huesa
"vuestro padre á doña Urraca
"se la dejó por herencia,
"y que al espirar maldijo
"al que á tomársela fuera."
Nó como quien contradice
sinó como quien comenta
una cuestion que ha estudiado,
dijo el rey con mucha flema:
"La voluntad de los reyes
"la muerte al matarles quiebra.
"No hay, Diaz, voluntad póstuma
"de rey que se cumpla entera:
"el que se vá, mira atrás
"y adelante el que se queda:
"y en cuanto á sus maldiciones

"nunca á los malditos llegan;
"Dios es sólo el que bendice
"y maldice, y manda y veda.
"¡Con que á Zamora! mi padre
"ya á Castilla no gobierna."
Metióse el rey en sus cámaras;
y tomando la escalera
del palacio el Cid, metióse
en su vieja casa nueva.

No era el Cid supersticioso,
mas era hombre de su época
y creyente: lo que dicen
que el rey don Sancho no era.
Llevaba el Cid en su ánimo
una inesplicable mezcla
de esperanza y desaliento,
de alegría y de tristeza:
y al encontrarse en los brazos
de Bibiana y de Jimena
y de su hijo don Diego
que en los catorce años entra,
al recuerdo de sus muertos
de los vivos en presencia,
siente que llora, mas duda
si de placer ó de pena.

Y á su mujer y á su hijo
y á la chica abraza y besa,
y entre sus brazos sintiéndoles
en sus brazos les estrecha.
No hay paz, ni dicha, ni gloria,
ni prez como las domésticas;
no hay paz como la de casa
cuando hay paz en la conciencia.
Sólo al calor del hogar
amor y bien se conservan;
y el amor de la familia
todo el del mundo concentra.
Amor que todo lo parte
por igual, todo lo llena,
todos los placeres dobla,
todos los pesares merma,
y depurando los gustos
y los disgustos, les deja
sin hiel ni acritud que el alma
con sabor áspero hieran.
Las más amargas memorias,
las de las personas muertas,
son luego un aniversario,
marcan en la casa una época:
y las familias que se aman,
cuanto más aisladas quedan
en el mundo, más dichosas

en la soledad se encuentran.
Y el Cid se encontró en su casa
después de una larga ausencia
en esta tristeza alegre
que se siente y no se espresa.
Seis dias vivió en su casa;
y al cerrar la noche sesta,
marido y mujer á solas
hablaban de esta manera.

Jimena. —¡Vais sobre Zamora!

El Cid. —En vano
le recordé lo que olvida.

Jimena. —Es de su hermana.

El Cid. —Es guarida
de rebeldes por su hermano.

Jimena. —¿Y vas con él?

El Cid. —Sí que voy.

Jimena. —Mál de tal guerra presiento.

El Cid. —No voy yo á ella contento,
mas á ir obligado estoy.
Si el fuego que en Zamora arde
pronto don Sancho no apaga,
lid más fratricidia amaga
prender más pronto ó más tarde.
Mujer inquieta es la infanta
y todo contra él lo agita:
si á Zamora no la quita,

medio reino le levanta.

Jimena. —Obra como hermano mál.

El Cid. —Mas obra bien como rey;
el bien de pocos es ley
posponer al general.
Castilla se dividió
cuando empezaba á ser grande:
y hoy es justo que la mande
quien á agrandarla volvió.

Jimena. La infanta es del rey hermana.

El Cid. —Mas levantisca y traidora,
amaga desde Zamora
turbar la paz castellana.

Jimena. —Jamás discutir, Rodrigo,
cuestiones de Estado intento;
lo sabes: mas mucho siento
que el rey te lleve consigo.

El Cid. —Si no voy yo de él en pós
¿quién le enfrena ó le aconseja?

Jimena. —Mira si en Búrgos te deja.

El Cid. —Déjalo en manos de Dios.
¿Qué temes por mí en Zamora?

Jimena. Nada: mas pésame ver
que vas contra una mujer
con tantos hombres ahora.

El Cid. —Pésame tambien á mí.

Jimena. —Quédate en Búrgos.

El Cid. —No puedo.
Jimena. —No sé por qué tengo miedo
por primera vez por tí.
El Cid. —Déjalo en manos de Dios.
El rey vá á tierra traidora
é imposible es que á Zamora
no vaya yo de él en pós.
Jimena. —¡Luego tú tambien me ocultas
un fatal presentimiento!
El Cid. —Sí, mas lo que yo presiento
tú que lo ignoras lo abultas.
Presiento dificultades
é imprudencias de don Sancho,
que crée sin duda muy ancho
que así se asaltan ciudades
como Zamora en un dia:
y yo le he dicho en su cara
que nadie en Zamora entrara
si Zamora fuera mia.
Jimena. —Pues ¿á qué vas?
El Cid. —A probar
que plaza que á mí ninguno
me tomaria, no hay uno
que me impida á mí tomar.
A esta respuesta del Cid
que su carácter revela,
que en él es génio y en otro

revelaria demencia,
los ojos al cielo alzando
calló y suspiró Jimena,
convencida de que nadie
cambia de naturaleza;
y dijo entre sí: "es inútil
"querer torcerle: en la tierra
"todo tiene una atraccion
"que á un fin natural lo lleva:
"el sol vá siempre á Occidente,
"contra el aire las cigüeñas,
"los rios hácia la mar,
"y mi marido á la guerra.

III.

En un camarin de fábrica
entre bizantina y gótica,
cuyas paredes tapiza
labrado cuero de Córdoba,
cuyo pavimento sólido
cubre valenciana alfombra,
y cuyo mueblaje rico
por su materia y su forma,
la opulencia y el buen gusto
de su posesor denota,
sentada está doña Urraca

en su alcázar de Zamora.
A sus piés en un escaño,
está una mujer aún moza,
pero de carnes enjuta,
de récia armazon huesosa,
de contornos masculinos,
cabello negro, piel roja,
y vestida á la africana,
con fez, saragüil y ajorcas:
con qué ella y su vestimenta
son una mezcla estrambótica
de hombre y mujer, pareciendo
que hay en ella dos personas.
Es una felláh nacida
del monte Atlas en las rocas,
ágil como sus panteras,
astuta como sus zorras,
hecha á lidiar del desierto
con las fieras tríbus nómadas,
y á usar de las armas como
las antiguas amazonas.
Sus padres y sus maridos
en su aduar las dejan solas,
y ellas guardan y defienden
de los beduinos sus chozas.
Los emires marroquíes
y los xeques de la costa

traian de estas mujeres
entre sus rapaces hordas.
Fieles, sagaces, de todo
capaces y á todo prontas,
eran espías, correos,
de sus esclavas y esposas
guardas en su haren: en suma
eran las ejecutoras
privadas de sus empresas
íntimas ó misteriosas.
Una de estas es aquella
á quien está oyendo absorta
la infanta, y que de un mensaje
ha sido la portadora.
De Toledo vino: Alfonso
en una carta muy corta
dice que la mensajera
trae buena lengua en la boca:
y la infanta doña Urraca
que es muy buena entendedora,
para entender tal epístola
media palabra bastóla.
Convocó, pues, á sus íntimos,
sentó á sus piés á la mora,
y pues su hermano en la lengua
se fia de esta, buscósela;
y en este punto agrupados

de ella están á la redonda,
y la mensajera acaba
de don Alfonso la historia.
Tras de la infanta la escuchan
Gonzalo Arias que es su sombra,
y sus tres hijos que son
donceles de su señora.
Damas de su confianza
y adalides de sus tropas
de la estraña mensajera
el noble auditorio forman;
y en el punto en que comienza
este romance en mi crónica,
de este modo á sus oyentes
decia la narradora.
Y lo decia con esa
entonacion armoniosa,
con ese acento que á su habla
dá inflexiones de salmódia;
con esa forma voluble
que en sus cuentos amontona
tropos, símiles é imágenes,
de los africanos propia.
"Dos veces en riesgo puso
"su vida la recelosa
"suspicacia de unos mútfis
"y unos faquíes; carcoma

"de nuestra fé y nuestra córte,
"que de todo se avizoran,
"de todo se escandalizan
"y á los creyentes deshonran.
"Uno de estos una noche
"soñó que en triunfante pompa
"tu hermano entraba en Toledo
"á caballo y con corona;
"y apoyándose en el hecho
"de que con tiesura indómita
"tu hermano en la cabellera
"tiene un mechon que se enrosca
"y arremolina rebelde,
"con ira supersticiosa
"quisieron que en pró del reino
"le diera el rey muerte pronta.
"El rey, que no crée en agüeros,
"trató su pretension loca
"de vil traicion con un huésped,
"y en tu hermano rechazóla.
—"¡Ah buen rey!—dijo la infanta.
—"¡Azzalláh!—dijo la mora.
—"Sigue, dijo Urraca: eso
"fué una vez ¿qué fué la otra?
—"La otra—siguió la felláh,
"fué que durmiendo á la sombra
"de una datilera espesa

"una siesta calurosa
"tu hermano, sin verle el rey
"por estar entre las hojas
"él de una parte, sentóse
"el rey á hablar de la otra.
"Iban con el rey los mútfis
"y los xeques de su escolta;
"y mirando á la ciudad,
"fuerte entre el rio y las rocas,
"juzgábanla inespugnable
"y de una manera sola
"posible de entrar: talando
"siete años su vega toda.
"Apercibió un mutfi al príncipe,
"y para que no recoja
"secreto tal si no duerme,
"propuso una horrible cosa."
—¿Cuál?
—Con plomo derretido
con que los caños se soldan
de las fuentes, (y soldaban
uno á una pila marmórea
muy cerca unos alarifes)
echarle ardiendo una gota
en la mano que tendia
sobre la yerba.
—¿Y por obra

pusieron tan vil idea?
—¡No que no! mas la modorra
de Alfonso era tan profunda,
que nada oyó; ni sintióla
caer ardiendo en la mano,
ni á su impresion dolorosa
despertó, hasta que en la palma
se enfrió la ardiente gota.
—¡Habrá perdido la mano!
—Curó muy bien; y salvóla
con la vida, por tener
la soñarrera tan honda;
y desde entonces tu hermano
es la alegría y la gloria
de Aly Maimun, que no sabe
vivir sin él una hora.
"Con lo que el rey don Alonso
"podeis comprender que goza
"de Aly Maimun de Toledo
"la hospitalidad fastuosa,
"y la proteccion más ámplia;
"en sus alcázares mora,
"sus propios siervos le sirven,
"sus propios caballos monta,
"en los cotos reales caza,
"del rey se viste las ropas,
"sus caballeros cristianos

»sueldos del erario cobran:
»los toledanos le admiran,
»las toledanas le adoran;
»dó quiera que se presenta
»de bendiciones le colman.
»Vive tranquila, sultana;
»porque en tierras de Mahoma
»tu hermano está tan seguro,
»tan libre y tan sin zozobra,
»como la anguila en el rio,
»como en el bosque la corza,
»como en su enjambre la abeja,
»como en el viento la alondra:
»y en tí su esperanza tiene,
»y en Aly Maimun la apoya;
»y ésto me mandó á decirte;
»si lo he dicho mal, perdona.»
—»No sinó muy bien; y en premio
»este anillo mio toma,
»para que por él mi hermano
»tu fidelidad conozca.
»Yo te pondré en los oidos
»mi respuesta, y de tu boca
»la oirá cual yo tu cuento:
»te daré dos líneas cortas
»escritas: porque las letras
»son al que escribe traidoras,

"y las palabras son ruido
"que se disipa en la atmósfera:
"mas de palabras y letras
"dirásle en suma estas pocas:
"que á dar la vuelta á Leon
"dentro de un mes se disponga."
A estas palabras la infanta
iba sin más ceremonia
á levantar el estrado,
cuando el fragor de las trompas,
el doble de las càmpanas,
y mil voces tumultuosas
del camarin bizantino
estremecieron las bóvedas.
Salió al ajimez la infanta:
y como la vega toda
domina su alcázar puesto
en la cima de una roca,
la causa de tal tumulto,
sin preguntarla, vió absorta:
don Sancho acampa sus huestes
en rededor de Zamora.

VII.

Era la hora de nona
hora á que don Sancho come,
y el asalto habia de darse
á altas horas de la noche.
Comió el rey solo: y atento
á buscarse ayudadores
dentro, porque de Zamora
mejor la toma se logre,
picó en el cebo y á D'Olfos
mandó llamar á los postres.
Don Sancho ó por su mal sino,
ó por ver las opiniones
de los nobles contra D'Olfos,
ó por ser lo que él propone
una traicion; ó tan sólo
porque á reyes y señores
gusta obrar por sí, á los suyos
sus tratos con él callóles.
Cuando alzaron los manteles,
despidió á sus servidores;
y con el tránsfuga á solas,
dijo: "tus proposiciones
acepto: ¿á Zamora puedes
darme?"—"Os mostraré por donde

podéisla entrar»—dijo D'Olfos.
El rey fué á sacar de un cofre
dos anguarinas muy anchas
con mangas y capuchones;
y dándole á D'Olfos una,
le dijo: «ese saco ponte;
yo me pondré estotro, y vamos.»—
y así diciendo, endosósele.
Vistióse D'Olfos el suyo;
el rey se ciñó un estoque,
tomó en la diestra un venablo
y á D'Olfos brindó un mandoble.
D'Olfos dijo: «Señor, yo ando
sin armas siempre»—y mostróle
su cuerpo inerme apartando
sus ropas de él. Encogióse
de hombros el rey, cual si fuese
cosa de que no le importe;
y la capucha calándose,
con D'Olfos emparejóse.
Salieron encapuzados
al real: dos caballos jóvenes,
cenceños, bien caronados,
ágiles y corredores,
con sillas á la gineta,
libres de caparazones
de mallas y lambrequines

que la marcha les estorben,
les presentó un picador;
montáronles: encargóse
el rey de dar á las guardias
la contraseña; y, al trote
saliendo de las barreras,
el rey preguntó: "¿por dónde?"
y D'Olfos respondió al punto
"por la loma: hácia aquel roble."
Estaba éste en un cerrillo,
que se alzaba en el desmonte
del trecho que separaba
del foso á los sitiadores.
Por aquel lado la peña
tajada á una altura enorme,
era inaccesible: el foso
lleno de fango se opone
á que ninguno á la fuga
ni á la escalada se arroje
por allí. Plantas parásitas,
líquenes, zarzos y bojes
salvajes y seculares
de crecidísimos brotes
y gigantescas raíces,
cuyas marañas informes
crecen en las quebraduras
de las peñas, interponen

una barrera á la vista
de los que arriba se asomen;
sobre la cóncava peña
tendiendo sus pabellones
selváticos, que hace el viento
que en lo alto zumben y floten.
De ellos á sombra, y saliente
del foso sobre los bordes,
el roble del cerro inclina
su viejo tronco deforme.
Era un sitio solitario
y encubierto, que en mejores
tiempos sirvió á amantes citas
y á festivas reuniones.
Llegados allí—"aquí es"
dijo D'Olfos, y apeóse,
yendo á tener el caballo
de don Sancho, que imitóle.
—"Con que vuestra alteza trepe
"—dijo D'Olfos—á ese roble
"media vara, y la cabeza
"al foso incline y se asome,
"puede ver entre los brezos
"de una poterna el emboque.
"Dá á un aljibe de Zamora
"que está seco: tengo un hombre
"puesto en atalaya; si entro

"por él al caer la noche,
"Zamora es vuestra: miradlo,
"y obrad como os acomode."
Don Sancho, mientras hablaba
D'Olfos, del árbol asióse
y empezó á trepar, dejando
su venablo al pié del roble,
para que no le embarace
las manos con que á él se coje.
D'Olfos, sin soltar la brida
de su béstia, recogióle;
y haciéndose atrás dos pasos
para dar vuelo á su golpe,
mientras don Sancho trepaba
por las espaldas lanzósele.
Pasóle de parte á parte:
el rey del tronco soltóse,
y cayó inerte, la sangre
arrojando á borbotones.
Como un relámpago D'Olfos
montó á caballo: metióle
los acicates, y á escape
hácia Zamora lanzóse.
Los del rey desde su campo
le ven, mas le desconocen
bajo el capuz; pero el Cid,
que lo que és sospecha, echóse

sobre el caballo que halló
más á mano y persiguióle.
Mas iba el Cid sin espuelas,
y aunque su caballó corre
bien, del campo es el de D'Olfos
uno de los más veloces,
y solo vió que el postigo
viejo le abrian sus cómplices.
"¡Maldito sea, dijo el Cid
"el que sin espuelas monte!"
y empezó á los Zamoranos
á volver sus maldiciones;
pero mientras él les daba
de alevosos y traidores,
del rey, vuelto en sí, se oyeron
las desesperadas voces.

VIII.

Desatalentada á ellas
mucha gente de su campo
acudió, en tropel confuso
capitanes y soldados.
El Cid, que ha reconocido
la voz del rey, su caballo
volvió hácia donde la oia
corriendo hasta sofocarlo.

Llegó donde el rey estaba,
tiróse á tierra, á su lado
se arrodilló, y ayudóle
á incorporarse en sus brazos.
Todos le dieron por muerto.
¡Era un horrendo espectáculo!
Pasado de parte á parte,
el regaton del venablo
le asomaba por la espalda
y la punta por debajo
del esternon, con la sangre
cuajada ya en hierro y palo.
Su respiracion difícil,
sus ojos desencajados,
las ánsias con que se asían
á cuanto hallaban sus manos,
mostraban que era de muerte
la herida doble del dardo,
y que iban á apresurársela
con sólo intentar sacárselo.
Lloraban todos: y el rey
entre uno y otro desmayo,
así decia, postrándose
y animándose á intervalos.
—"Yo me he tenido la culpa:
ya me avisó Arias Gonzalo."
—"¡Sin duda estaba de Dios!"

—«Decid por mí á mis hermanos
que me perdonen»—«yo obraba
como rey..... mas fué pecado.»
«No hagais nada por mi vida
porque es inútil.»—¡«Me abraso!
¡Agua!»—No la habia cerca:
fueron por ella: y en tanto,
luchaba el rey con las ánsias
de la muerte agonizando.
De pronto, uno de sus últimos
esfuerzos haciendo, atrajo
á sí del Cid la cabeza;
y poniéndole los lábios
casi en la oreja, le dijo:
«Diaz, tú eres el más bravo
»y el más leal de Castilla;
»entre moros y cristianos
»tu gloria es mucha: te debo
»mi reino y consejos sábios,
»que debí seguir; y ahora
»te dejo desamparado:
»lo sé: vas á ser desde hoy
»de todos los tiros blanco.
»No te recomiendo á nadie,
»porque te haria más daño.
»Todos los nobles te envidian:
»Urraca me crée azuzado

»por tí contra ella: Alfonso
»comprende que está más bajo
»que tú: los grandes te odian:
»pero el pueblo castellano
»te adora. Por él pelea:
»no fíes en mis hermanos;
»fíate en Dios y en tu espada;
»los reyes somos ingratos
»cási siempre; pero el pueblo
»te pondrá que ellos más alto.»
Dijo don Sancho, y tornóse
á desmayar: sollozando
sostenia el Cid su cuerpo,
y en silencio contemplábanlos
sin respirar los presentes.
Llegó en esto con un vaso
un doncel, al mismo tiempo
que un obispo con el Viático
y un capellan con los óleos;
pero ya no le alcanzaron
los Sacramentos ni el agua:
ya era muerto el rey don Sancho.
Hincóse el obispo, y todos
en torno se arrodillaron:
y rasgándose las nubes
comenzó á llover á cántaros.

(DEL LIBRO VIII).

Los Arias.

I.

D'Olfos no tenia cómplices:
nadie esperaba su vuelta
en Zamora: nadie estaba
con él en inteligencia;
mas él contaba con todos
sin que nadie lo supiera,
y con todos le ayudaron
su osadía y su destreza.
Todo lo habia calculado:
de su traicion la tragedia
consumada en sitio oculto,
antes de que descubierta
fuese, le daba harto tiempo
para huir; de las trincheras

del campo al foso tenia
franca una llanada estensa
dominada por Zamora;
y al salir de las malezas
donde hizo su hecho, contaba
con la vigilancia atenta
de la ciudad, y no en vano;
del muro los centinelas,
los vigías del postigo
y torres que le flanquean,
vieron un encapuzado
tomar á escape la cuesta,
y conocieron al Cid
que tras él iba subiéndola.
El alcaide del postigo
(cual D'Olfos lo pensó) piensa
que, mensajero ó espía
de doña Urraca, atraviesa
el campamento audazmente;
y teniendo sólo en cuenta
que por el Cid perseguido
ser debe amigo, la puerta
le franqueó y le tiró el puente:
y por si su afan le ciega
y entra el Cid tras él, se puso
para entramparle en espera.
El Cid que es muy ducho en trampas,

celadas y estratagemas,
que en los mayores peligros
la serenidad conserva
y que siempre hácia adelante
mirando jamás tropieza,
viendo en salvo al que seguia
cortó su inútil carrera.
Entró D'Olfos como un rayo;
y sin dejar tiempo apenas
para verle á nadie, á escape
metióse por las callejas;
y mientra el absorto alcaide
con sus gentes en perpleja
indecision consultaba,
él se perdió en sus revueltas.
Ya dentro, estaba seguro
de que en sus calles desiertas
no tendria ojos Zamora
para él, pues sólo hácia afuera
mira, viendo allá su riesgo;
y si es que alguno á una reja
se asomó al són del galope
de su caballo en las piedras,
ya D'Olfos desparecia
dando á las esquinas vuelta;
ni era bajo la capucha
fácil que le conocieran.

Cruzó, pues, la poblacion,
sin que de él apercibiera
nadie en ella todavia
la traicion ni la presencia.
Rincon no habia en Zamora
que conocido no fuera
por el traidor palmo á palmo:
llegado á una calle estrecha
por un convento de monjas
y las tapias de una huerta
formada, y sobre la cual
no hay ventana alguna abierta,
paró en firme su caballo
que de cansado revienta;
se apeó y le dejó libre
al cuello echadas las riendas.
Todo lo ha pensado D'Olfos:
corre vecina la acequia
del agua que entra en el huerto,
fina y helada: la béstia
se echó á ella con sed rabiosa,
y sabe D'Olfos que es fuerza
despues de carrera tal
que en ella su muerte beba.
Rompió en esto en un diluvio
la nublazon, la postrera
luz de la tarde estinguiéndose

detrás de su lluvia espesa.
D'Olfos dobló á paso largo
del monasterio las cercas;
y sin vacilar cruzando
callejones y placetas,
dió en un postigo trasero
de una casa solariega
situada de la ciudad
en la parte al real opuesta.
Por allí el Duero á Zamora
con túrbias aguas rodea,
cuya anchura y profundísima
corriente son su defensa.
Las casas por allí están
muradas y con almenas
y abren postiguillos falsos
sobre las ásperas peñas,
entre las cuales se ocultan
arriesgadísimas sendas,
por dó se baja por agua
del rio hasta la ribera.
El postigo en que dió D'Olfos
de una de estas casas era:
metió con tino una llave
en la cerradura á tientas;
y es claro que tiene práctica
de usarla, pues se maneja

á tientas cual si llevara
en la mano una linterna.
Era su casa: metióse
dentro..... y la calle desierta
llenó la lluvia y el ruido
con que cáe sobre la tierra.

D'Olfos no tenia cómplices:
jamás su traidora idea
salió de su mente; á frase
no la redujo su lengua
jamás. Sabia que hay cosas
que á ninguno se revelan
ni con nadie se consultan:
porque por más que convengan
á muchos, no las sanciona
nadie dichas sinó hechas;
y sólo por su buen éxito
pasan como hecho y se aceptan.
D'Olfos no tenia cómplices:
de su traicion la secreta
causa la saben sólo él,
Dios y el diablo que le tienta.

---

detrás de su lluvia espesa.
D'Olfos dobló á paso largo
del monasterio las cercas;
y sin vacilar cruzando
callejones y placetas,
dió en un postigo trasero
de una casa solariega
situada de la ciudad
en la parte al real opuesta.
Por allí el Duero á Zamora
con túrbias aguas rodea,
cuya anchura y profundísima
corriente son su defensa.
Las casas por allí están
muradas y con almenas
y abren postiguillos falsos
sobre las ásperas peñas,
entre las cuales se ocultan
arriesgadísimas sendas,
por dó se baja por agua
del rio hasta la ribera.
El postigo en que dió D'Olfos
de una de estas casas era:
metió con tino una llave
en la cerradura á tientas;
y es claro que tiene práctica
de usarla, pues se maneja

á tientas cual si llevara
en la mano una linterna.
Era su casa: metióse
dentro..... y la calle desierta
llenó la lluvia y el ruido
con que cáe sobre la tierra.

D'Olfos no tenia cómplices:
jamás su traidora idea
salió de su mente; á frase
no la redujo su lengua
jamás. Sabia que hay cosas
que á ninguno se revelan
ni con nadie se consultan:
porque por más que convengan
á muchos, no las sanciona
nadie dichas sinó hechas;
y sólo por su buen éxito
pasan como hecho y se aceptan.
D'Olfos no tenia cómplices:
de su traicion la secreta
causa la saben sólo él,
Dios y el diablo que le tienta.

Ahogado al fin el crepúsculo,
cerraba la noche apriesa
entre la lluvia y la sombra
dejando al mundo en tinieblas.
Zamora ignoraba aún
lo hecho por D'Olfos: las fieras
voces del Cid en el campo
impidió el viento que fueran
en la ciudad comprendidas;
porque rotas y dispersas
por el viento, en la distancia
se perdieron inconexas.
Arias Gonzalo y sus hijos
andaban en ronda y vela
por la ciudad, y la infanta
desde un ajimez atenta
contemplaba el aguacero;
aliado de quien espera
que la libre de su hermano,
cuyo campamento anega.
Mas dando en su mente á solas
á sus esperanzas vueltas,
veíalas inseguras
sobre aire y agua poniéndolas:
y se aburria mirándose
en tal estremidad puesta,
sin par, ni esposo, ni amigo

que la distraiga en su pena.
Todos los que tiene en torño
sólo la hablan de peleas,
de carestía y de riesgos
de su situacion estrema.
Los príncipes son así
todos: áun en las más sérias
situaciones, necesitan
quien la situacion desmienta;
y del fugitivo D'Olfos
la infanta á veces se acuerda,
el solo que estar sabia
siempre alegre en su presencia;
el solo que la animaba
con misteriosas promesas,
y el solo que la infundia
una esperanza perpétua.
D'Olfos mientras que los Arias
hombres adustos de guerra
vigilaban por Zamora,
teniendo galan en cuenta
que la infanta era mujer
por más infanta que fuera,
la inventaba distracciones;
y relatando leyendas,
cantando amorosas trovas
é improvisándola fiestas

familiares, la fingia
una ventura doméstica.
Mas D'Olfos estaba ausente;
y aunque se fué prometiéndola
en secreto, y ella sóla
lo sabe, felices nuevas,
sólo oía de él informes,
malos y malas ausencias:
y aunque en secreto esperábale
era con fé muy incierta.
Estando además la infanta
muy nerviosa y violenta,
no hay ya á familiaridades
quien con la infanta se atreva:
así es que ahora su alcázar
parece el de la tristeza,
y las visiones de un miedo
sin esperanza le pueblan.
En tal situacion la infanta
á través de las vidrieras
miraba maquinalmente
sin que ver nada pudiera
en la oscuridad nocturna,
cuando sintió con sorpresa
á una puertecilla falsa
un toque..... cási una seña.
Sólo persona muy íntima

podia ser, mensajera
de alguna urgente noticia
¡plegue á Dios que no funesta!
Corrió á abrir, y hallóse enfrente
de D'Olfos: quedó suspensa
un instante, y "¡qué hay!" le dijo:
y él respondió: "es cosa hecha.
"Los castellanos el campo
"levantarán, y que venga
"escribid á don Alfonso."
—¿Y don Sancho?—Sus banderas
abandonarán mañana
las milicias Leonesas,
las de Astúrias y Galicia
y la gente avènturera.
Quedó la infanta asombrada
sin comprenderle, é incierta
entre el miedo y la alegría
dijo á D'Olfos con voz trémula:
¿Mas quién hizo tal prodigio?
—Un hombre que sólo alienta
para vos, y á quien no hay nada
por vos que imposible sea.
Un hombre que os ama: un hombre
capaz de dar su existencia
por una mirada amante,
por una sonrisa vuestra.

Doña Urraca era mujer,
niña nó pero áun doncella,
y si inspirar no la plugo
una pasion tan frenética,
no se ofendió de saber
que la inspiraba de veras;
y dejaba sin enojo
que D'Olfos se lo dijera.
El, al decírselo, estaba
atento á cómo la sienta;
y ella, tan mal no sentándola,
oíale circunspecta.
Mas en las frases de D'Olfos
empezaba la princesa
á entrever algo de estraño
que á sobresaltarla empieza:
no porque el amor la asuste,
ni porque aquel no comprenda;
sinó por algo que alcanza
de éste al fin que la amedrenta.
Y él á apurarla resuelto,
y ella á apurarle dispuesta,
al diálogo interrumpido
tornaron de esta manera.

Infanta. —En fin ¿quién es ese hombre
que tal pasion por mí engendra,
y cómo del rey don Sancho

los batallones dispersa?

D'Olfos. —Yo, señora; yo que os amo,
yo á quien nada hay que detenga
ni amedrente por libraros
de un enemigo en la tierra.

Infanta. —¡Jesús me ampare! ¿qué has hecho?
habla: que yo te comprenda
bien. ¿Qué es de mi hermano?

D'Olfos. —Ha muerto.

Infanta. —¡Cómo!

D'Olfos. —Atravesado queda
por un venablo.

Infanta. —¡Y tú fuistes!

D'Olfos. —Yo, por vos.

Infanta. —¡Maldito seas!

D'Olfos. —¿No le aborreceis?

Infanta. —¡Traidor!
por mucho que le aborrezca,
¡Júdas infame! mi ódio
hasta el de Caín no llega.
Dijo doña Urraca irguiéndose
con la dignidad más régia.
D'Olfos furioso, entendiendo
con ira que inútil era
su infando crímen y vanas
sus esperanzas quiméricas,
irguiéndose ante la infanta

como pisada culebra,
dijo, perdido el respeto,
el temor y la vergüenza.

D'Olfos. —¡Es decir, mujer ingrata,
que te salvo y me condenas,
que te pierdo y que me pierdes,
que te adoro y me desprecias!
¿tú, mi cómplice ante el mundo?

Infanta. —¿Yo? ¡insensato!

D'Olfos. —Pues ¿qué piensas
que he de cargarme yo solo
con la traicion por tí hecha?
¿Pues la muerte de tu hermano
á quién sinó á tí interesa?

Infanta. —¿Quién osará ni pensarlo?

D'Olfos. —Todos, en cuanto mi lengua
lo diga, y quedará póstuma
en la historia la sospecha.

Infanta. —Contra la historia y el mundo
Dios me basta y mi conciencia.

D'Olfos. Dios y la conciencia salvan
en el cielo, no en la tierra.

Infanta. —Y á tí ni en tierra ni en cielo
habrá quien salvarte pueda.
Dijo la infanta, y lanzándose
con juvenil ligereza
á la mampara "¡á mí, guardias!"

gritó con ímpetu abriéndola.

Mas cuando el primer soldado
llegó, ya por la escalera
secreta se habia fugado
D'Olfos y habia barreado
la puertecilla por fuera.

La infanta se vió perdida
si en Zamora no presenta
vivo ó muerto al traidor D'Olfos,
y ordenó que lo cogieran
á todo trance. Él, que es hombre
de diabólicas ideas,
que á cabo á llevar le ayuda
el diablo que le aconseja,
perdido en Zamora viéndose
pues de él la infanta reniega,
pensó en salvarse achacándola
su salvacion y perderla.
Cuando su traicion fraguaba
D'Olfos, de sus cien maneras
de irse de Zamora al real,
por el rio era una de ellas.
Tenia una balsa pronta

hecha de una tabla gruesa,
con dos rodillos traviesos
para que no se le vuelva:
y un gran lanzon virar,
para evitar si tropieza
golpe ó vuelco, tiene atado
á su estraña carabela.
Tiénela á orilla del rio
oculta entre la maleza,
y atada á un árbol teníala
para un estremo en reserva.
Corrió á su casa; embolsóse
el oro de sus gavetas;
bajó al rio, entró en la balsa;
una punta de la cuerda
soltó desensortijándola
del árbol y recogiéndola;
dióse un empuje, y fióse
á la corriente revuelta.
Nadie le vió: nadie pudo
en tal lobreguez. Sus huellas
borró la lluvia: en su casa
no se halló indicio ni seña
de lo que de él pudo ser,
de su salvacion ó pérdida.
Zamora le buscó en vano;
la infanta quedó en sospecha;

y una y otra sin venganza
y de inocencia sin pruebas,
se contentaron de D'Olfos
con el nombre y la leyenda.

II.

Tristísima fué la noche
del rey en el campamento
con su cadáver en tierra
y la tormenta en el cielo.
Las tiendas arrebatadas
por el ímpetu del viento,
por las aguas de un diluvio
enlodazado el terreno,
los corazones transidos
de horror y de sentimiento,
soldados y capitanes
calados hasta los huesos,
todo en el real de Castilla
era angustia, afan y duelo,
y maldiciones y llantos
y votos y juramentos.
Para el traidor, maldiciones;
y votos de amor eterno,
juramentos de venganza
y lágrimas para el muerto.

Estraido ya el venablo,
lavado el tronco sangriento,
tienen el frio cadáver
aderezado en un féretro,
sobre un túmulo formado
con militares trofeos,
alumbrado con hachones
que tienen monjes y clérigos:
y arrodillados en torno
se turnan para tenerlos,
como los que guardia le hacen
hidalgos y caballeros.
De la tienda real en otro
vecino compartimento,
velan el Cid y los nobles
adalides del ejército:
todos castellanos; todos
sus partidarios, con feudos
en Castilla y de don Sancho
mantenedores resueltos.
La tienda real, que está hecha
con doce argollados lienzos,
encerados por afuera
y tapizados por dentro,
sujetos todos en cruz
con frenadores de cuero,
por anillage pasados

á las puntas por los centros,
está alzada y sostenida
en ocho mástiles récios,
equilibrados y firmes
en cordones contrapuestos,
y en estacas poderosas
de cuatro en cuatro sujetos;
y está, alcázar de campaña,
tan segura como un templo.
En ella está la tristeza
veraz, el dolor sincero,
la lealtad que no sabe
bastardear los sentimientos.
Alrededor de esta tienda
acampan los verdaderos
castellanos, los leales
burgaleses; que, aunque envueltos
en fango y tinieblas, guardan
los militares respetos
á sus jefes, y vigilan
campo y trinchera en sus puestos.
Del campo en las otras alas
la inquietud es de otro género:
los jefes tienen consultas,
los soldados cuchicheos.
Van y vienen, salen y entran
pajes y palafreneros;

todo está en desordenada
confusion y movimiento.
Eran ya las altas horas
de la noche: el aguacero
cesaba y el temporal
poco á poco iba cediendo.
Si hubieran los zamoranos
aprovechado el momento
de aquel descuido y desórden
¿quién sabe qué hubieran hecho?
mas en buscar al traidor
pensaron sólo; y queriendo
probar que no eran traidores,
la oportunidad perdieron.
Los Arias husmeando á D'Olfos
como despistados perros,
al vecindario inquietaron
y la ciudad revolvieron,
y por atender á su honra
su interés desatendiendo,
tal vez de salvarlo todo
triunfando desatendieron.
Sólo la infanta esperando
su salvacion de más lejos,
el caso al rey don Alfonso
escribió, y en el silencio
de la noche á la felláh

llamó y la dijo: "¿A Toledo
te atreves á ir?"—y la mora
dijo:—yo á todo me atrevo.
—¿Llegarás?—Sí.—¿Cómo el campo
cruzarás?—Como un conejo,
por entre los mismos piés
del Cid, si con él tropiezo.
—Mejor es que busques paso
por donde él no esté.—Yo vuelo
como las aves y nado
como los peces; sin miedo
queda, sultana, por mí,
que yo por mí nada temo.
—Pues toma, y que Dios te ampare.
Dióla su carta y dineros
la infanta: y para mayor
seguridad y secreto,
por el muro descolgándola
por entre el monte y el Duero,
partió la mora: y la infanta
quedó á sus solas diciendo:
"Dios me perdone olvidar
"por el rey vivo al rey muerto."
Los príncipes son así
cási siempre todos ellos:
son hombres, mas obligados
á ser príncipes primero.

III.

Alboreó: saltó el sol
é iluminó el firmamento
alumbrando los desastres
del temporal en el suelo.
El campo real de Castilla
era un barrizal estenso
dó yacian de sus tiendas
y sus barracas los restos.
Si el sitio ha de continuarse
habrá que hacerlas de nuevo;
pues quedan pocas capaces
de dar abrigo á sus dueños.
Arneses, armas y ropas,
chorrean á cielo abierto,
y los caballos de guerra
en estacas y maderos
atados, en vano esperan
el enlodazado pienso,
enfangados hasta el vientre,
trashijados y sedientos.
Por limpiar y pulir sudan
los gualdrapas y los frenos
los ginetes; pero el dia
vá á ser corto para hacerlo.

Sólo en las tiendas del rey,
del Cid y otros opulentos
barones, queda algo limpio,
útil, servible ó ileso.
El Cid y los adalides
castellanos asumiendo
la autoridad y en la tienda
del rey habido consejo,
habian determinado
mandar á Búrgos el cuerpo,
y tenian ya el cadáver
encajonado y cubierto.
Ya estaba en un carro fúnebre
colocado, y pronto el séquito
que habia de darle en el viaje
guardia y acompañamiento,
cuando llegó á la real tienda
un grupo de caballeros,
jefes leoneses, cántabros,
asturianos y gallegos.
Los de Castilla, aunque graves,
corteses les recibieron
del muerto rey que venian
por homenaje creyendo:
mas con sorpresa, en tal caso
por lo inoportuna, oyeron
la razon que dió por todos

de su venida uno de ellos,
diciéndoles en resúmen:
"que desbaratado habiendo
"su campamento el turbion;
"sin caudales para sueldo
"de sus gentes; y esta guerra
"no en pró general del reino
"sinó personal del rey
"por él sostenida siendo
"contra su opinion, creian
"que pues leales le fueron
"mientras vivió, habian cumplido;
"y libres de todo empeño
"juzgándose, desistian
"y se apartaban del cerco
"de Zamora, de la infanta
"legítimo heredamiento."
Los de Castilla esperaban
de ellos tál; mas no tan presto
ni bajo tan mala forma
dicho, ni tan á mal tiempo;
y aunque muchos lo escucharon
arrugando el entrecejo,
todos á la situacion
mirando, se contuvieron.
El Cid, que, tácitamente,
despues del rey por supremo

adalid está aceptado,
en Castilla por lo ménos,
se encargó de contestar
y contestó en estos términos:
"Vuestra partida no estraño:
"yo la esperaba, y comprendo
"que nadie debe ir en contra
"de su conciencia: mas tengo
"para mí que es para iros
"cojer pronto un mal pretesto.
"Aún no hay rey."—"Lo es don Alonso:"
dijo un cántabro.—"En efecto,
lo es, dijo el Cid: mas del moro
es huesped ó prisionero."
—"Volverá"—replicó el cántabro;
y dijo el Cid: "debe hacerlo:
"mas mientras vuelve, en Castilla
"sin rey nos gobernaremos;
"y como somos leales
"y justos, en el derecho
"de partir ó de quedaros
"que os hallais reconocemos.
"Obrad, pues, como os pluguiere:
"nosotros hemos resuelto
"vengar al rey, y Dios juzgue
"á cada cual por sus hechos."
Los disidentes, que horros

salir á tan poco precio
no esperaban, se alejaron
sin más hablar satisfechos.
El Cid les dejó partirse,
y cuando ya les vió lejos,
dijo con tono solemne
á sus castellanos vuelto:
"Caballeros de Castilla,
"fijos-dalgos y homes-buenos
"de Búrgos, tomad en cuenta
"lo que os propongo: nombremos
"un campeon que á Zamora
"vaya hoy mismo en nombre nuestro
"al traidor Bellido D'Olfos
"á demandar vivo ó muerto.
"Si se le dan muerto ó vivo
"con sus cómplices, á haberlos;
"si doña Urraca y los Arias
"por sí y por todo su pueblo
"juran que parte en la muerte
"del rey don Sancho no hubieron,
"justicia hecha en los traidores,
"de Zamora el sitio alcemos.
"Mas si no le entregan, queden
"por traidores todos ellos:
"que nuestro campeon por táles
"les acuse desde luego,

"y rete desde los Arias
"hasta el último pechero:
"á batalla, á todos juntos:
"y á cinco por uno á duelo.
"Si aceptan, haremos campo;
"si rehusan, ¡por San Pedro
"de Cardeña! hasta acabar
"con todos aquí quedémonos."
Todos lo que el Cid propone
aceptaron y dijeron:
"mejor que vos nadie puede
"ser campeon de Búrgos: sédlo."
El Cid replicó con noble
resolucion: "Yo no puedo:
"al viejo rey don Fernando
"hice en vida juramento
"de no hacer contra sus hijos
"armas nunca y protejerlos."
—"Cogísteis á don García"—
dijo una voz; y sereno
repuso el Cid: "le cogí
"á brazo, y sólo blandiendo
"mi espada contra los que iban
"cuando le aterré á cojerlo."
—"Mas hoy sois contra la infanta"
á replicarle volvieron:
mas él volvió á replicar:

—"No soy fuerte en argumentos:
"mas si se alzara don Sancho
"responder pudiera al vuestro
"cuánto abogué por su hermana
"antes del sitio: y por eso
"á ser campeon de Castilla
"contra la infanta me niego.
"Yo obro segun mi conciencia:
"respetad mi error si yerro
"y elegid otro campeon.
"Pero juez me considero
"en nombre del rey su padre
"de los infantes, é intento
"pedirles cuentas de Sancho:
"y á servirles me rebelo
"mientras no prueben ó juren
"que nada en su muerte hicieron."
Dijo el Cid, y conmovido
quedó por unos momentos,
durante los cuales todos
guardaron ante él silencio.
Rompióle por fin un mozo
de tan noble nacimiento,
que de los antiguos condes
desciende por abolengo.
Don Diego Ordoñez de Lara
se llama: y aunque mancebo

de años veinte y seis, ya hombrea
entre hombres de grande esfuerzo.
Este dijo: "Pues que el Cid
"juró lo que fuera bueno
"que no jurara, de Búrgos
"yo por campeon me ofrezco.
"Yo iré á Zamora por D'Olfos;
"y si sin D'Olfos me vuelvo,
"retaré á los Zamoranos
"uno á uno ó ciento á ciento,
"como quiera que se avengan
"á la batalla ó al duelo:
"á duelo, en campo estacado:
"á batalla, en campo abierto.
"Yo lidiaré en la estacada,
"como es ley, con cinco de ellos;
"y si os dejo mal, será
"dejando en la lid los huesos."
A estas palabras del mozo,
el Cid y los jefes viejos
por campeon aceptáronle
y su bendicion le dieron.
Tras ésto empezó su marcha
á emprender á paso lento
la comitiva mortuoria
con aparato funéreo:
y segun iba cruzando

el real á campo travieso,
soldados y capitanes
íbanse en pós reuniendo.
Al trasponer las barreras,
tras sus atrincheramientos
se hincaron todos, enviando
al rey su adios postrimero.
Áun se apercibia el carro
negrëar por el sendero
del monte, cuando empezaban
á partir del campamento
las huestes desordenadas
de asturianos y gallegos,
cántabros y leoneses;
y al llegar el sol al centro
del cielo, los castellanos
se preparaban el cerco
á mantener por sí solos,
tan leales como tercos.

IV.

Lo que de Castilla entera
lograr no pudo el valor,
el miedo de la deshonra
de Zamora lo alcanzó.
Los Arias se acobardaron
cuando con resolucion
caballeresca don Diego
entrada en ella pidió.
Todo el pueblo salió al muro,
mas nadie tuvo valor
para franquear á don Diego
la entrada en la poblacion.
Al oir que muerto ó vivo
les demandaba al traidor
acusándoles por cómplices
del regicidio sinó,
quedaron mudos é inmóviles,
en la triste conviccion
de no poder entregarle,
ni tener prueba mejor.
Don Diego, dando por causa
de tal irresolucion
la de hacer causa de todos
de D'Olfos el hecho atroz,

dijo airado, en los estribos
alzándose: "Una de dos:
"con D'Olfos ó contra D'Olfos;
"pues de Zamora salió
"y se refugió en Zamora,
"lo que es de él en conclusion
"debeis saber: con que ó dádmele
"ó con él traidores sois."
Era dilema sin réplica,
y sobre Arias ejerció
y sobre el pueblo una especie
de aojo ó fascinacion.
Mirábanse unos á otros,
unos de otros con temor
de darse ó de ser tomados
por reos de la traicion;
y aquel alucinamiento
que les embarga, mayor
cuerpo dando á la sospecha
y más fuerza á la razon
de don Diego, alucinándole
de exasperarle acabó;
y al fin á los zamoranos
dijo con tremenda voz:
"¡Traidores sois: y por ello
"malditos seais de Dios!
"Yo os reto, pues, como á viles

"sin fé, indignos de perdon,
"hijos de padres infames
"y de madres sin honor.
"Yo os reto como á traidores
"uno á cinco, diez á dos,
"veinte á ciento y ciento á mil;
"desde el pechero al baron,
"desde el más grande al más chico,
"desde el infante al pastor,
"y á cuantos hombres nacidos
"dentro de Zamora son,
"y á cuantos hijos nacieren
"de quien de ellos concibió.
"¡Malditos sean, traidores,
"malditos sean de Dios
"las aguas de que bebeis,
"el pan que os dá nutricion,
"el aire que respirais,
"el fuego que os dá calor,
"la luz que os luce y la sangre
"con que os late el corazon!"
Y de este atroz torbellino
de maldiciones en pós,
don Diego contra los muros
de Zamora arremetió;
y en señal de desafío
de desprecio y de baldon,

rompió la lanza en sus piedras
y luego las escupió.
Y esto hecho, volviendo grupas,
tornóse al campo veloz,
dejando á los zamoranos
en muda estupefaccion.

Arias Gonzalo á su pueblo
reanimar procuró,
pero en vano. Habia ya entrado
en ese torpe estupor
en que caen los pueblos bravos
cuando entran en reaccion
de miedo, tras de un esfuerzo
gigantesco de valor.
El de Zamora, estenuado
del hambre en la inanicion;
más acorralado viéndose
cuando libre se creyó:
viendo por el regicidio
hecha su causa peor;
presa de un miedo que engendra
en él la supersticion
de que Dios le abandonaba,
de mengua y de deshonor
cargándole, cayó en hondo

desaliento, y se obcecó
fundando sólo de D'Olfos
en el castigo su honor,
y en entregarle tan sólo
su rehabilitacion.
Arias Gonzalo arrastrado
por tal creencia perdió
su serenidad: la infanta
encerrada en lo interior
de su alcázar, esperaba
de Alfonso la intervencion,
que no llegaba. En seis dias
nadie en Zamora durmió
buscando á D'Olfos; por cuya
total desaparicion
llegó á creerse que al diablo
tuviera por protector.
Fueron seis dias de afán,
y en todos sin excepcion
don Diego Ordoñez de Lara
al salir y al caer el sol,
del muro al pié repetia
su reto y su maldicion;
y nadie contra él osando
salir de Zamora en pró
¡hechos de aquel tiempo heróico
que archiva la tradicion!

nadie á traicion desde el muro
tampoco dañarle osó.

V.

Mas hombres como los Arias
no sufren más que intervalos
de debilidad; el tino
pierden tal vez, nunca el ánimo.
Al medio dia del sétimo
el buen viejo Arias Gonzalo
llamó á asamblea en la plaza
á todos los zamoranos.
A la infanta doña Urraca
obligó á que en un estrado
la presidiera, y así
habló á sus conciudadanos.
"Habitantes de Zamora,
"oid, que con todos hablo,
"desde el primer baron libre
"hasta el último vasallo.
"Don Diego Ordoñez de Lara
"nos reta como á villanos
"y traidores, si al traidor
"Bellido D'Olfos no damos.
"Bien sabeis que hemos revuelto
"la ciudad de arriba abajo,

"y á lo que parece á D'Olfos
"ó ampara ó le llevó el diablo.
"Veo con asombro y duelo
"vuestra flaqueza y desánimo,
"y que en lugar de batiros
"pensais sólo en sinceraros.
"Por mi parte de los fieros
"de don Diego ya estoy harto,
"y he resuelto con mis hijos
"salir con él á hacer campo.
"Mas saber antes me importa
"si con justicia me bato,
"pues no quiero como bueno
"morir en empeño malo.
"Ciudadanos de Zamora,
"por todo lo que hay sagrado
"en el cielo y en la tierra,
"os conjuro y os demando
"que declareis si hay alguno
"entre vosotros culpado
"de parte ó conocimiento
"en la muerte de don Sancho."
—"Nó."—respondieron á un tiempo
todos.—"Por Cristo jurádmelo;"
dijo él: y dijeron todos
á una voz: "te lo juramos."
"Elegid, pues, siguió el viejo,

"doce barones fiados,
"que vayan á hacer del duelo
"las condiciones y pactos:
"y en cuanto esté hecho el palenque,
"puestos de Dios al amparo,
"mis hijos y yo en la liza
"haremos lo que podamos."
Dijo Arias; y la asamblea
sus doce jueces nombrando
se disolvió, y doña Urraca
les envió al real castellano.

VI.

En Toledo estaba Alfonso
al parecer sin cuidados
y entretenido en amores,
que no fué él Alfonso el Casto.
En Toledo estaba siendo
del Emir Mahometano
la delicia y de las moras
toledanas el encanto:
todo al parecer á cazas
á fiestas y zambras dado,
pero en realidad atento
á Castilla y á su bando.

Don Per Anzules el noble
conde Vallesolitano,
que le siguió en el destierro
y que es en él su privado,
mientras él finge que atiende
sólo á amoríos livianos,
atento está á sus negocios
por él, y avizor velando.
Cien alas y lenguas dieron
á la fama los paganos,
y á fé que mete más ruido
y anda más que los nublados.
Ya por su voz indiscreta
y vagabunda los átomos
de algo nuevo ha percibido
el conde en el aire vago;
pero por más que las sendas
espía y demanda al paso
á vagos y traficantes,
vagamente barrunta algo.
Mas algo que nada esplica
ni aclara: rumor sin datos
de agitacion en Castilla
y de sucesos estraños;
algo que áun es casi nada,
mas que le tráe sin descanso
temiendo que se haga un monte

lo que áun de arena es un grano.
Era una tarde de un dia
de invierno, frio, mas claro,
y el sol en el Occidente
se hundia trémulo y cárdeno.
Don Alfonso y Per Anzules
esploraban al acaso
los confines de la vega,
como sabuesos husmeando
el aire y la tierra, en donde
esperan siempre presagios
de algo que en sus esperanzas
no existe fuera de cálculo;
y ya á volver iban riendas
á la ciudad, por debajo
del inmarchito ramaje
de encinas y de castaños,
cuando en una encrucijada
de tres sendas se pararon
de repente, percibiendo
un galope no lejano.
Que un ginete ande ó galope
en campo abierto, no es caso
que asombrar pueda á dos hombres
como si fuera un endriago;
mas para el que ansioso espera
nuevas de país lejano,

todo el que galopa puede
ser correo ó emisario:
El que galopar oian
y que se iba aproximando
por uno de los senderos
de los que ven sólo un cabo,
traia sin duda alguna
miedo de dormir al raso,
y espoleaba por no hallar
los postigos ya cerrados.
Don Alfonso y Per Anzules
teniéndolos todos francos
por órden de Aly Maimun,
no hacian del tiempo caso.
El que venia avanzaba
rápidamente, y en tanto
que le esperaban de frente
desembocó por el flanco.
Era un almogávar moro
cubierto de polvo y barro,
cogidos segun parece
por un camino muy largo.
Al dar en la encrucijada
con los dos nobles cristianos,
paróse; y reconociéndoles
echó pié á tierra de un salto.
Postróse ante don Alfonso,

y haciéndole á uso africano
tres zalemas y la orla
de su túnica besando,
se levantó, presentóle
con muy gentil desenfado
un pergamino y le dijo:
¡Salam alëika! entregándoselo.
Era la felláh enviada
por él á Zamora; pálido
de emocion, rompió los sellos
don Alfonso, leyó ávido,
y lanzó un grito ¡Quién sabe
si de alegría ó de espanto!
al descifrar de su hermana
los confusos garrapatos.
"Sancho ha muerto"—dijo Alfonso,
y Per Anzules "pues vámonos"
miróle severo el príncipe,
y el conde calló asombrado.
Mandó á la felláh que echase
detrás de ellos, y á buen paso
sin hablar más, fué á apearse
del rey moro en el palacio.

Don Alfonso entró derecho
de Aly Maimun en el cuarto,
seguido de la felláh
y del conde cabizbajo.
Don Per Anzules temia
que aprovechase el rey bárbaro
la ocasion de haber á un rey
de Castilla entre sus manos,
y que á la vuelta á su reino
pusiera astuto reparos
con él de hacer obligándole
desventajosos tratados.
Anzules opinó siempre
por huir, sin hacer tratos
que rebajaran á Alfonso
ante el pueblo castellano.
Salvarse en Toledo habia
sido astúcia de un rey cáuto,
mas fuera mengua volver
con el moro atraillado.
No fuera rey en Castilla
bien quisto, trás de don Sancho,
el que á costa de los moros
no la siguiera ensanchando.
He aquí por qué Per Anzules
entraba con sobresalto,
temiendo que el rey del árabe

se iba á enredar en los lazos.
Mas don Alfonso tranquilo
ante Aly Maimun llegando,
le dijo sin emplear
circunloquios ni preámbulos:
"Esta felláh que envié á Urraca,
"vuelve de ella con encargo
"de decirnos lo que pasa
"en mi reino: preguntádselo."
—"No es menester, dijo el moro:
"ya lo sé. Murió tu hermano
"y eres rey: mis mensajeros
"son más fieles y más rápidos."
Y con un gesto imperioso
despidiendo al secretario,
á la felláh y á los guardias,
los tres á solas quedaron.
Entonces á don Alfonso
junto á sí el moro sentando,
dejando en pié á Per Anzules,
trabó de este modo el diálogo.

Aly. —¿Qué quieres, rey de Castilla,
de Aly Maimun?

D. Alfonso. —Un abrazo,
y para entrar en mi reino
que me des tu beneplácito.
Yo soy tu huésped: he sido

por tí como hijo tratado,
y no pienso separarme
de tí como un hijo ingrato.
Fugarme me aconsejaban
mi hermana y mis partidarios:
se huye de enemigos viles,
no de nobles soberanos.
A tí he venido sin miedo
cuando me hallé en desamparo;
como te dí mi cabeza
mi corona te demando.
He dicho: dí tú.

Aly. —Hijo mio,
hablas como bueno y sábio,
y obras como fiel y noble.
Si huir intentaras, sábelo,
hubieras sido cogido
con los tuyos y hecho esclavo:
que es lo que hacer me aconsejan
contigo mis cortesanos.
Pero pues de mí te fías,
te pondré en Castilla salvo,
aunque contra mí se vuelvan
mis bereberes fanáticos.
Todos los caminos libres
tendrás mañana, y caballos,
guias, escoltas y pases:

yo diré que te has fugado.
Te descolgaré yo mismo
de noche del muro al Tajo,
y haré que por él te lleven
á tierra segura en barco.
Corre, y Alláh te bendiga:
prométeme sólo en cambio
á pesar de nuestros súbditos
paz leal mientras vivamos.

D. Alfonso.—Te lo juro.

Aly. —Alláh te premie
ó te castigue. Descanso
vé á tomar: para mañana
voy yo todo á preparártelo.
Esto dicho, Alfonso sesto
y Aly Maimun se abrazaron;
y el conde don Per Anzules
lo miraba estupefacto.

Y en su lecho revolviéndose
por el placer desvelado,
se decia aquella noche
los dos reyes comparando:
"Aly sabe pescar bien
"en rio revuelto y manso:
"pero Alfonso es una anguila
"que se le vá de las manos."

VII.

Dia de los Inocentes
una hora despues del alba,
del obispo de Zamora
la misa oia la infanta.
Del leal Arias Gonzalo
el hijo cuarto Pedr'Arias,
mozo de años veinte y tres,
del presbiterio en la grada
está de hinojos, y ante él
depositadas las armas
que ha de usar y las espuelas
que ha de calzarle la infanta.
Sin ser caballero, armado
de aquellos tiempos á usanza,
ningun campeon podia
entrar en liza aplazada;
y siendo él de sus hermanos
quien la primera batalla
ha de reñir, caballero
antes la princesa le arma.
Sobre el arnés pieza á pieza
recitó las preces santas
el obispo, y las bendijo
ante la hóstia consagrada.

Su padre, que era el padrino
le dió al tiempo de entregársela
con la espada de dos cortes
la inescusable espaldada;
y sobre un cogin de raso
teniendo el mozo las plantas,
le calzó la espuela de oro
su madrina doña Urraca.
Dióle un abrazo el obispo
y diéronle la acolada
cuantos nobles contenia
la capilla del alcázar.
Entonces Arias Gonzalo
tragándose mal las lágrimas,
completó la ceremonia
diciéndole estas palabras:
"Caballero eres, mi hijo;
"haz como los de tu casta
"hasta mí han hecho, mirando
"siempre el riesgo cara á cara.
"Caballero de Zamora,
"á lidiar vas por tu pátria;
"Si vences, sé generoso:
"si vencido, muere y calla.
"Tras de tí irán tus hermanos,
"tras ellos yo, si me os matan:
"y si yo no os vengo, juntas

"al cielo irán nuestras almas.
"Sed dignos de mí, hijos mios:
"ya las trompetas nos llaman;
"morid y no huyais: por Cristo
"no deshonreis vuestra raza."

Ya estaban los castellanos
guarneciendo la estacada,
de Búrgos y de Zamora
mitad por mitad con guardas.
Los jueces del campo tienen
dentro de la empalizada
un andamio colocado
en parte cómoda y alta.
Los obispos de Leon,
Santiago y Búrgos, mitradas
las cabezas, con sus báculos
pastorales y las mangas
de sus parroquias delante
de un altar móvil, aguardan
á los campeones que deben
jurar lealtad á la entrada.
El Cid en un alto escaño
á alcance de las miradas
de todos, y dominando
por dentro y fuera las vallas

con la suya, estaba atento
á que al pueblo acomodaran
los guardas, sin que á ninguno
dieran queja ni ventaja.
Todo el pueblo de Zamora
y el ejército que acampa
por Búrgos delante de ella,
en muchedumbre compacta
se apiñaban de la liza
en derredor, y la infanta
y su córte iban el paso
á ver desde la muralla.
Después que los pregoneros
con voz vigorosa y clara
á ambos pueblos anunciaron
las condiciones pactadas;
y después que los farantes
silencio á la gente baja
impusieron, de castigos
atroces con amenazas;
cuando á punto lo vió todo,
y á toda la gente en calma
pronta á presenciar la justa
sin impedirla ó turbarla,
dió el Cid la señal de abrir
la liza: y bien nivelada
y limpia, quedó la arena

á los combatientes franca.
Fué el primero que entró en ella
Don Diego Ordoñez de Lara
en un caballo bardado
de acero aleman con llantas.
Todos los arneses negros
traia, y de la celada
solamente en la cimera
un creston de plumas blancas.
Apenas en el palenque
por el lado Norte entraba,
cuando por el Sur á escape
lanzábase en él Pedr'Arias.
El caballo de don Diego
era de sangre normanda;
reposado aunque brioso
y de fuerza extraordinaria.
El de Pedr'Arias era árabe,
cenceño, inquieto, y con trazas
de estar muy amaestrado
en saltos y suertes rápidas.
Don Diego, mientras su parte
de campo y de sol tomaba,
examinó á su enemigo,
y á ver su primera entrada
esperó para juzgarle,
pues su presencia es bizarra.

El mozo tomó su puesto
con impaciencia marcada:
sonó el clarin: arrancaron;
topáronse: y con estraña
destreza hicieron astillas
uno en otro sus dos lanzas.
El caballo árabe cási
tocó tierra con las ancas;
mas mientras don Diego via
si caia ó si se alzaba,
se encontró á Arias por el flanco
metiéndosele á estocadas,
como si él fuera de pluma
ó el caballo tuviera alas.
Picado Ordoñez sintiéndose
en la carne y en el alma,
sentó su caballo dando
al mozo inquieto la cara:
y cuando el mancebo, un círculo
quebrando, le dió otra entrada,
le dió un tajo en la cabeza
don Diego con tal pujanza,
que con él dió en tierra, y fin
con su vida á la batalla;
pues dejó al mozo tendido
de sangre sobre una charca.
Contemplándole don Diego

dijo: «era un niño..... ¡qué lástima!
«si le dejaran ser hombre
«con los mejores hombreara.»
Tornó á su puesto en la liza,
sacaron de ella á Pedr'Arias,
y se oyó en el muro el llanto
de la princesa y sus damas.
Arias Gonzalo más pálido
que su blanquísima barba,
paralizado tras ellas
ni oraba á Dios ni lloraba.
Fijas entre cielo y tierra
las pupilas, sus miradas
de tierra y cielo apartando,
nada ver aparentaba.
Sonó el clarin: aquietóse
el pueblo: y ébrio de rábia,
entró en el palenque á brincos
su tercer hijo Diego Arias.
Pidió otra lanza don Diego,
mojó con un buche de agua
la piel de su guantelete
y tomó puesto tanteándola.
El segundo Arias es hombre
de buena estatura, de anchas
espaldas y montá erguido
un corcel de mucha alzada:

tiene aspecto de hombre récio
y de buen ginete planta,
pues cae á plomo en la silla
y bien su caballo manda;
mas se ve que viene ciego
por la sed de la venganza,
y de la impaciencia siempre
partido don Diego saca.
Soltáronles, y arrancaron;
topáronse ¡suerte brava!
Don Diego su lanza rompe
del mancebo en la coraza
sin moverle de la silla;
mientras él la suya encaja
por bajo el brazal derecho,
y hombro y brazo le desarma.
Tendióse hácia atrás Ordoñez
vencido de la lanzada
de Diego Arias, que por poco
de los arzones le arranca:
y cuando volvió á equilibrio,
vió que aparentando calma
á que otra lanza tomase
ya el Zamorano aguardaba;
tomóla, cambiando sitio
quedando al Sur; y enristrándola
vió que desarmado el brazo

espuesto el hombro quedaba,
si el bote el mozo repite;
lo que es natural que haga
teniéndole ya estudiado
sobre aquella parte flaca.
Mas don Diego en su desarme
no vió más que la ventaja
de tener más libre el brazo
para manejar su lanza.
Partieron: Ordoñez muestra
segun su posicion baja,
ó debilidad ó intento
traidor que al caballo amaga.
El Zamorano mirándole
recojerse tanto, trata
de nivelar el encuentro
y el punto de mira cambia:
pero Ordoñez de repente
y al llegar á él, levanta
su tiro; hiere con ímpetu
de las bisera en las barras,
y mientras Arias su hierro
por los pretales resbala,
por el ojo izquierdo Ordoñez
derribándole le ensarta.
Un grito desesperado
dió el infeliz Diego de Arias,

y arrancado de la silla
á tierra vino de espaldas.
Revolvió Ordoñez, atento
á arrematarle si se alza;
pero era inútil; el hierro
hasta el cerebro le entraba.
Los castellanos rompieron
en aplausos: doña Urraca
en llanto; y Arias Gonzalo
del terror como la estátua,
inmóvil permanecia
sin accion y sin palabras,
cual si temiera al moverse
arrancar del cuerpo al ánima.
Los zamoranos, con miedo,
ya áun de Dios desconfiaban;
y los jueces viendo á Ordoñez
que del hombro herido sangra,
le mandaron que á su tienda
á curar se retirara.
Mas él, en su tienda entrando,
dijo á los jueces: "no es nada:
"¡otro arnés y otro caballo!
"con que no me enfríe basta:
"no perdamos, pues, el tiempo,
"que el Arias tercero aguarda."

¡Fiereza brutal del hombre
convertido en béstia brava,
que de su razon por prueba,
como irracional se mata!
Costumbres de siglos bárbaros
que áun heróicos se llaman,
que á gloria tienen los pueblos
y que los poetas cantan;
mas costumbres á mi juicio
tan estúpidas y bárbaras,
que hacen dudar de su orígen
divino á la raza humana.
Mas tál es la historia nuestra:
no es culpa mia si es bárbara:
yo cumplo con advertírselo
á mi pueblo al relatársela.

VIII.

Vuelto al fin del paroxismo
de dolor que al padre ahoga,
volvió el viejo Arias Gonzalo
á su bárbara fé heróica:
y viendo á su tercer hijo
que para entrar en lid monta
á caballo al pié del muro,
así desde él le apostrofa:
"vé, Hernan D'Arias; vé, hijo mio
"y que no te sobrecoja
"el oler sangre en la liza
"por ser nuestra sangre propia.
"Tu cáusa es buena: si Dios
"tu buena cáusa abandona
"y eres vencido..... ¡por Cristo
"que mueras, hijo, con honra!
"Moriremos uno á uno
"todos cinco por Zamora;
"y si Dios nos desampara,
"él de nosotros responda."
No se sabe si Hernan Arias
oyó estas frases: si oyólas,
nada respondió á su padre
atento á lo que le importa

por el momento: el cuidado
de sus armas y persona,
que de la prez de su estirpe
van á ser mantenedoras.
A caballo ya, tantea
cinchas y riendas; coloca
bien los piés en los estribos
y en la silla se encajona.
Mueve y revuelve el caballo
para ver si algo le estorba
ó le hostiga que le impida
ser dócil á la maniobra;
y hallándose á gusto, pide
broquel y lanza; los toma,
pica, y del campo á las puertas
presentándose se nombra.
Abriéronle todos paso;
juró, é hicieron las trompas
señal de atencion, la gente
contemplándole anhelosa.
Don Diego Ordoñez al són
de los clarines, por la otra
parte al palenque bajando
con nuevas armas, galopa
sobre un caballo de encuentros
ancho, largo de carona,
y tan duro de jarretes

como sentido de boca.
Al presentarse don Diego
la gentualla bulliciosa
quiso aplaudir: mas el Cid
gritó con voz estentórea:
"Silencio. Dios y los jueces
"entre Castilla y Zamora
"juzgarán: el que partido
"tome en la lid, vá á la horca."
A cuyas palabras dócil,
inmóvil y silenciosa
la multitud quedó en torno
de la arena á la lid pronta.
Don Diego en vez de armadura
de piezas, viste una cota
con mangas, cuello y capucha
que de la cabeza dobla
la defensa bajo el casco
y que por debajo sobra
de la coraza, argollada
por el puño á las manoplas.
Bajo ella de pierna y brazo
se ve la atlética forma
muscular, adivinándose
su agilidad vigorosa:
y entra al parecer resuelto
á emplear su fuerza toda

en la primer embestida
para ahorrar fatiga y horas.
Hernan Arias viene armado
y montado á la española,
con armadura vizcáina
tan sencilla como sólida.
Su caballo es bayo-lobo,
árabe y criado en Córdoba;
más récio que corpulento,
de una agilidad que asombra.
Sus pupilas centellëan,
y cuando respira y sopla
parece que en las narices
enciende dos áscuas rojas.
Los dos campeones son pares,
y en ambos á dos se nota
el ardor por el combate
y el afan por la victoria;
en Arias por dejar libre
á su pueblo de deshonra,
y en Lara por inmolar
á su rey tal hecatomba.
Ya están ambos en su puesto
y esperan sólo que se oiga
la última señal: pudiéndose
sentir volar una mosca.
¡Partid!—gritó el real heraldo;

y el uno del otro en contra
partieron, como dos piedras
disparadas de dos hondas.
Encontráronse con ímpetu
de torbellinos, y rotas
las lanzas en los broqueles,
la carrera ambos se cortan.
Ambos vacilan un punto
mientras los caballos cobran
el equilibrio; mas, firmes,
ninguno se desarzona.
Ménos sentido Hernan Arias
del encuentro, ó más briosa
su ágil béstia amaestrada
en la escaramuza mora,
quebróla á zurdas con rápida
destreza maravillosa,
y dió una estocada á Ordoñez
por ventura suya corta.
Don Diego, al sentirse herido,
caballo y hierro recobra
y se la paga en un tajo
que le hace el broquel dos hojas.
Arias entrando y huyendo
tan sin descanso le acosa,
que por tres golpes que para
siente que cuatro le tocan;

y á no ser por los anillos
de su bien templada cota,
ve que su piel ya estuviera
por más de tres partes rota.
Su caballo, que no puede
revolverse en tierra poca,
dá en vez de quiebros corcobos
se engalla, se barre y bota.
Don Diego al ver la ventaja
de Hernan Arias, reflexiona
que vá á perder tal partida
si su caballo acalora;
y de repente sacándole,
cual si se le huyera, á posta
esquivando á Arias, terreno
le gana: en carrera loca,
creyéndole Arias huido,
dá sobre él; mas él le afronta
de repente revolviéndose,
y sin darle á que recoja
su ciego caballo tiempo,
por entre el peto y la gola
metióle don Diego rápido
de su ancha espada la hoja.
Arias sintiéndose ahogarse
su ciego esfuerzo redobla,
ginete y caballo á tajos

en lugar de herir azota,
y con el último, al caer
con las mortales congojas,
cortó al caballo de Ordoñez
brida, belfo y muserola.
El bruto desenfrenado,
se espanta, huye y se desboca;
y mientras al tercer Arias
su misma sangre le ahoga,
salta la estacada y saca
de ella á Ordoñez, cuya cólera
no tiene límites viendo
de los Arias la victoria.
Ley de esta lid: "quien del campo
sale, pierde y se deshonra
aunque venza; se supone
que huye y que el triunfo abandona."

IX.

A este lance inesperado
que dá al desafío un éxito
contradictorio, imprevisto
en los códigos del duelo;
pues le dá fin, por vencido
dando al vencedor don Diego
y por vencedor al Arias
por él en la liza muerto,
se armó un terrible tumulto
entre soldados y pueblo
de Zamora y de Castilla
por fallar en su pró el pleito.
Mezclados en el palenque
ciudadanos y guerreros,
viejos y mozos, mujeres
y hombres, nobles y plebeyos,
gran vocerío levantan,
todos tener pretendiendo
la razon y la victoria
segun su ver y comentos.
Unos dicen: «fué vencido:
«salió del palenque huyendo.»
Otros gritan: «fué el caballo
el que huyó, nó el caballero.»

Unos: «es juicio de Dios.»
Otros: «es juicio de nécios.»
Unos: «sin accion no hay culpa.»
Y otros: «no hay duda en los hechos.»
—«Salió del campo.»—«Sacóle
su caballo.»—«Porque el freno
le rompió Arias.»—«Por acaso.»
—«Fué buen golpe.»—«No fué bueno.»
Y unos y otros èn su juicio
sin ceder á cual más tercos,
sostenian sus razones
con insultos y denuestos;
y no entendiéndose nadie,
y nadie á escuchar dispuesto,
ya en alto andaban los puños
y era la liza un infierno.
Los jueces y el Cid que á parte
sobre el caso resolvieron,
pusieron fin al tumulto
lanzas en la lid metiendo;
y á unos con voces y amagos,
y á los más hoscos y aviesos
con los cuentos de las lanzas
entrar en cuentas hicieron:
y de ambos campos la fuerza
poniendo á la ley por medio,
velis nolis de la ley

el fallo á oir se avinieron.
Entonces sobre el estrado
de los jueces el Cid puesto,
dijo, escuchándole todos
en absoluto silencio:
"El juicio de Dios ha estado
"en esta lid manifiesto.
"Los jueces fallan..... ¡y nadie
"reclame en tierra ni en cielo!
"que Zamora queda limpia
"de traicion; que se alza el cerco:
"que Diego Ordoñez de Lara
"ha cumplido como bueno:
"que él y los Arias de culpa
"y tacha quedan exentos:
"y la lid, por Dios cortada,
"no há lugar el cuarto duelo."
Dijo el Cid: diéronle un vítor
los dos enemigos pueblos
reconciliados, quedando
ambos por él satisfechos.
Mas el tumulto estinguido
á estallar volvió de nuevo
de repente y de la liza
por los dos lados opuestos.
Por el del Norte, dejando
en mitad del campo muerto

á su caballo pasándole
la espada por los encuentros,
llegaba á pié Diego Ordoñez
desatentado y sangriento,
otro caballo y otro Arias
desaforado pidiendo.
Y en vano por contenerle
sus amigos y sus deudos
hacian para impedirle
entrar en la liza esfuerzos:
él ni oia ni veia
desatinado y colérico,
y ya contra él y por él
iban gentes acudiendo.
A la parte Sur del campo
don Arias Gonzalo el viejo
armado hasta las mandíbulas
desafiaba á don Diego.
En vano le sujetaban
los zamoranos asiendo
las bridas de su caballo,
que él espoleaba frenético:
en vano la misma infanta,
que atropellando con riesgo
de su decoro tras él
se vino hasta el campamento,
se le ponia delante

desmelenado el cabello,
con lágrimas conjurándole
á desistir de su empeño.
Los pueblos y el mar se agitan
fácilmente á cualquier viento,
y los de Zamora y Búrgos
ya en remolino revuelto
de Norte á Sur comenzaban
á alzar tumbos turbulentos,
agrupándose á sus bandos
y las armas requiriendo.
El Cid y los adalides
discurrian ya algo inquietos
cómo echar agua y no sangre
sobre aquel naciente incendio,
cuando del real destacándose
en ruido y en polvo envueltos,
un buen golpe de ginetes
vieron correr hácia ellos.
Dió el grito el Cid de—«¡los moros!»
y la contienda rompiendo,
á los que del real venian
unos y otros atendieron.
Venian como una tromba:
apenas tuvo el Cid tiempo
para salir á caballo
con cien nobles á su encuentro.

—"¿Quién vá?"—gritó espada en mano:
—"Paso haced"—le respondieron.
—"¿A quién?"—"Al rey."—¿"A qué rey?"
—"Al rey don Alfonso sesto."
Y el infante don Alfonso
con un numeroso séquito
de cristianos y de moros
en tren y atavío espléndidos,
echó pié á tierra á la entrada
del palenque, y le echó al cuello
los brazos al apearse
la infanta reconociéndolo.
Estrechóla él en los suyos;
y con imperioso acento
dijo á ninguno y á todos
dirigiéndose "¿qué es esto?"—
Todos callaron: el vulgo
y los soldados por miedo
de su continente altivo;
y los jefes porque lejos
se quedaron agrupados
detrás del Cid, y en el centro
de las haces Burgalesas
que se les iban uniendo.
El infante atravesando
la muchedumbre sereno,
se fué al Cid: y á él y á los suyos

se dirigió repitiendo:
"¿Qué es esto? ¿Búrgos me esquiva
"cuando á mis tierras regreso?"
El Cid respondió con firme
pero respetuoso acento.
—"Búrgos, señor, os demanda
"con firmeza y con respeto
"una gracia, por su rey
"antes de reconoceros."
—"¿Cuál?"—"De que estais inocente
de una muerte el juramento."
—"¿De la muerte de mi hermano
muerto por D'Olfos?"—"Por eso
hubo aquí un juicio de Dios,
que deja de culpa ilesos
á los de Zamora: á vos.....
si jurais, os juraremos."
Enmudecieron de asombro
todos del Cid al arresto:
y don Alfonso escuchándole
enrojeció y frunció el ceño.
"Jurad, le dijo don Per
Anzules interviniendo."
"No hay ni papa excomulgado,
ni rey traidor."—"Por supuesto:
dijo el infante, á este dicho
del privado sonriendo:

nada hay que jurar me impida.
Juro.....»—«Señor, en el templo
de Santa Gadea es donde
la jura y coronamiento
de sus reyes hace Búrgos.»
Dijo el Cid: y el entrecejo
frunciendo Alfonso repuso
mal conteniéndose: «acepto:
id pues á esperarme en Búrgos.»
—Allí á esperaros iremos:
respondió el Cid saludándole:
y las espaldas volviendo,
metióse en Zamora el príncipe
con su hermana: convencieron
y amistaron, perdonándose
ambos, á Arias y á don Diego;
y alzando los Burgaleses
el campo aquel dia, dieron
la vuelta á Búrgos, quedando
sin rey hasta el juramento.

FÉ Y POESÍA.

INTRODUCCION TEOLÓGICA.

Dios es la ciencia: la suma
ciencia que todo lo abarca,
el átributo que marca
su sér de Dios; quien presuma
de capaz de comprender
cuál es de este Sér la esencia,
se atribuye á sí la ciencia
suma de este sumo Sér.
Pero en lo ménos lo más
no cabe, y Dios menor fuera
que aquel que le comprendiera,
lo cual no será jamás.
Conque la ciencia esplicar
de Dios y á Dios definir,
es lo mismo que decir
que en un rio cabe el mar.
Se crée en Dios y á Dios se ora,

pero á Dios no se le esplica;
á Dios se le glorifica,
se le exalta y se le adora.

¿Quién es Dios? Nadie lo sabe.
¿Quién definirle pretende?
¡Lo infinito se comprende
que en la comprension no cabe!
Dios es Dios: y por ser tal,
ni puede ser comprendido,
ni puede ser definido
en lengua alguna mortal.
Dios es Dios: nadie le ve:
no cabe en humana idea
quién sea, ni cómo sea,
ni dónde, ni cómo esté.
Mas ¿qué hombre puede negar
al Dios que ha puesto en su pecho
su fé y su templo, y ha hecho
de su corazon su altar?
Dios es Dios: no se le ve;
Criador, no criatura,
espíritu, esencia pura,
no hay forma que á ver le dé;
mas dó quier se le concibe,
por dó quiera se le siente:

late con cuanto hay latente,
vive en todo cuanto vive:
y no hay lugar, ni hay instante
en que al hombre, duerma ó vele,
su existencia no revele
y en que de él no esté delante:
porque es Dios quien lo hizo todo
con el hombre de la nada;
y su huella está marcada
por dó quiera de algun modo.—
¿Quién es Dios? Nadie su esencia
podrá jamás penetrar:
pero ¿quién podrá negar
su entidad y omnipotencia?
Esa luz, fluido de oro,
espléndida maravilla
que colora y con que brilla
lo lóbrego y lo incoloro:
esa luz, sin cuya accion
yaciera en un ciego abismo
todo el bello mecanismo
de la hermosa creacion:
esa atmósfera que azula
eso que llamamos cielo:
ese hondo mar que en el suelo
preso entre arenas ondula:
ese órden jamás discorde,

sistema maravilloso
de artificios sin reposo
y en los que todo vá acorde:
el del agua, ese elemento
que en la atmósfera circula
y, filtrándose, inocula
su jugo, á cada momento,
trasformándose conforme
el globo lo necesita;
neblina ingrávida, informe,
de sutileza infinita,
nublado ó lluvia en el viento;
rio en la tierra ó torrente,
que á tumbos se precipita
por la catarata hirviente;
gota de la estalactita
en la caverna pendiente,
brotando á intérvalo lento:
manantial intermitente
só tierra, ó perenne fuente
de murmullo soñoliento
y meándrica corriente:
zumo de cuanto sustento
tiene en el aire y la tierra,
del cedro al musgo, del hombre
á la larva que áun sin nombre
un gérmen vital encierra:

y en fin, el hombre; conjunto
de alma, espíritu divino
y cuerpo mortal, mezquino
barro al espíritu adjunto:
del cual la organizacion,
combinada pieza á pieza
con tanta delicadeza
como fuerza y perfeccion,
es un prodigio viviente,
y cuya más leve parte
obra maestra es del arte
de un Artista omnipotente,
y en la cual son tan estrañas
y asombrosas maravillas
las ajustadas costillas
que defienden sus entrañas,
como las ténues hebrillas
del toldo de sus pestañas.....
¿Probando al hombre no están
que hay un *sér* que dá su sér
á todo, y de su poder
patentes pruebas no dan?
Y ese *sér* de quien en pos
todo eso que nos asombra
vá á su voz, ¿cómo se nombra
sinó Dios?—Más ¿quién es Dios?—
Dios es esto: eje, nivel,

apoyo, equilibrio, centro,
sér de cuanto existe dentro
del universo, obra de ÉL.
De este artificio mundial
del que un átomo es la tierra,
que todo un sistema encierra
de mundos y en cada cual,
todos por Dios de la nada
vivificados, sustenta
miles de mundos que cuenta
con una sola ojeada.
Y ÉL es quien lanzó sin cuento,
unos de otros luminares,
de estrellas y astros millares,
tesoro del firmamento,
pedrería con que prende
el cortinaje suntuoso
que Dios en su almo reposo
entre ÉL y los mundos tiende.—
Mas ¿quién es Dios? Es quien hizo
con su voluntad todo eso,
del espíritu embeleso,
de la inteligencia hechizo:
todo eso móvil, viviente,
simétrico, equilibrado,
concebido y combinado
tán maravillosamente,

con tán suma precision,
que, con marcha peregrina,
suelto, del éter camina
por la insondable region,
sin que nada se disloque
se tuerza, se desencaje,
se gaste, ni se rebaje,
tropiece, ni se equivoque:
en virtud de la equidad
de una ley de Dios, tan fija
é inalterable como hija
de su infalibilidad.—
Mas ¿quién es Dios? Es la vida,
la verdad, la luz, la esencia
de todo, la omnipotencia,
la eternidad sin medida.
Dios es el motor, la fuerza
que todo lo impulsa y mueve,
que á nadie la suya debe
y la cual nada hay que tuerza.
Dios es el único sér
que por sí mismo en sí vive,
que le dá y no le recibe:
Dios es el sumo poder,
á quien ningun poder llega,
por quien todo nace, crece,
vive, muere y desparece:

Dios es el alfa y la omega,
principio de lo que fina,
meta y fin de lo que empieza:
el solo que no tropieza,
el solo que no declina,
ni duda ni se equivoca:
y ÉL creó al hombre, dotándole
de alma inmortal é inspirándole
un hálito de su boca.—
¿Quién es Dios? Definicion
no puede tener, teniendo
un SÉR infinito y siendo
la infinita perfeccion.
Cristo lo dijo, y despues
ni antes de Cristo, jamás
supo nadie decir más
de Dios: Dios es EL QUE ES.

Y ese es el Dios en quien fia,
en quien espera, en quien crée
mi alma, que dó quier le ve:
el Dios á quien noche y dia
ensalza mi poesía
y á quien adora mi fé.

EL RELOJ.

Es una verdad que parece sueño.

Cuando en la noche sombría
con la luna cenicienta,
de un alto reloj se cuenta
la voz que dobla á compás;
si al cruzar la estensa plaza
se ve en su tarda carrera
rodar la mano en la esfera
dejando un signo detrás,
se fijan allí los ojos,
y el corazon se estremece,
que segun el tiempo crece,
mas pequeño el tiempo es;
que vá rodando la mano
y la existencia vá en ella,
y es la existencia más bella
porque se pierde despues.
¡Tremenda cosa es pasando
oir entre el ronco viento,

cuál se desplega violento
desde un negro capitel,
el són triste y compasado
del reloj, que dá una hora
en la campana sonora
que está colgada sobre él!
Aquel misterioso círculo,
de una eternidad emblema,
que está como una anatema,
colgado en una pared,
rostro de un sér invisible
en una torre asomado,
del gótico cincelado
envuelto en la densa red,
parece un ángel que aguarda
la hora de romper el nudo
que ata el orbe, y cuenta mudo
las horas que ve pasar;
y avisa al mundo dormido,
con la punzante campana,
las horas que habrá mañana
de ménos al despertar.
Parece el ojo del tiempo,
cuya viviente pupila
medita y marca tranquila
el paso á la eternidad;
la envió á reir de los hombres

la Omnipotencia divina,
creó el sol que la ilumina,
porque el sol es la verdad.
Así á la luz de esa hoguera,
que ha suspendido en la altura,
crece la humana locura,
mengua el tiempo en el reló;
el sol alumbra las horas
y el reloj los soles cuenta,
porque en su marcha violenta
no vuelva el sol que pasó.
Tremenda cosa es por cierto
ver que un pueblo se levanta,
y se embriaga y ríe y canta
de una plaza en derredor;
y ver en la negra torre
inmoble un reloj marcando
las horas que vá pasando
en su báquico furor.
Tal vez detrás de la esfera
algun espíritu yace,
que rápidamente hace
ambos punzones rodar:
quizá al declinar el dia
para hundirse en Occidente,
asoma la calva frente
el universo á mirar.

Quizá á la luz de la luna,
allá en la noche callada,
sobre la torre elevada
á meditar se asentó:
y por la abierta ventana,
angustiado el moribundo,
al despedirse del mundo
de horror transido le vió.
Quizá asomando á la esfera
las noches pasa y los dias,
marcando la hora postrera
de los que habrán de morir;
quizá la esfera arrancando,
asome al oscuro hueco
el rostro nervioso y seco
con sardónico reir.

¡Ay! que es muy duro el destino
de nuestra existencia ver
en un misterioso círculo
trazado en una pared.
Ver en números escrito
de nuestro orgulloso sér,
la miseria..... el polvo..... nada,
lo que *será* nuestro *fué*.
Es triste oir de una péndola
el compasado caer,

como se oyera el ruido
de los descarnados piés
de la muerte que viniera
nuestra existencia á romper:
oir su golpe acerado
repetido una, dos, tres,
mil veces, igual, contínuo
como la primera vez;
y en tanto por el Oriente
sube el sol, vuelve á caer,
tiende la noche su sombra,
y vuelve el sol otra vez,
y viene la primavera,
y el crudo invierno después;
pasa el ardiente verano,
pasa el otoño, y se ven
tostadas hojas y flores
desde las ramas caer.
Y el reloj dando las horas
que no habrán más de volver;
y murmurando á compás
una sentencia crüel,
susurra el péndulo.—"*¡Nunca!*
¡Nunca! ¡Nunca!"—vuelve á ser
lo que allá en la eternidad
una vez contado fué.

LA SIESTA.

Son las tres de la tarde, Julio, Castilla.
El sol no alumbra, que arde; ciega, no brilla.
La luz es una llama que abrasa el cielo:
ni una brisa una rama mueve en el suelo.
Desde el hombre á la mosca todo se enerva:
la culebra se enrosca bajo la yerba;
la perdiz por la siembra suelta no corre,
y el cigüeño á la hembra deja en la torre.
Ni el topo de galbana se asoma á su hoyo,
ni el mosco pez se afana contra el arroyo,
ni hoza la comadreja por la montaña,
ni labra miel la abeja, ni hila la araña.
La agua el aire no arruga, la miés no ondea,
ni las flores la oruga torpe babea;
todo al fuego se agosta del seco estío:
duerme hasta la langosta sobre el plantío.
Solo yo velo y gozo fresco y sereno;
sólo yo de alborozo me siento lleno:
porque mi Rosa
reclinada en mi seno
duerme y reposa.

Voraz la tierra tuesta sol del estío;
mas el bosque nos presta su toldo umbrío.
Donde Rosa se acuesta brota el rocío,
susurra la floresta, murmura el rio.
¡Duerme en calma tu siesta, dulce bien mio!
¡Duerme entretanto
que yo te velo: duerme,
que yo te canto!

I.

Como le canta y mece la madre al tierno niño
que duerme en su regazo, mi amor te arrullará:
como para él la madre mil frases de cariño
inventa, mil cantares mi amor te inventará.
Yo sé que siente, Rosa, tu corazon amante
los versos que te canto mientras dormida estás.
¿Qué quieres que te cuente? ¿Qué quieres que te cante?
¿Cuál es de mis canciones la que te gusta más?
¿Prefieres aquel cuento del silfo que tenia
en una red de tamo prision en un rosal,
y al cual todas las noches á alimentar venia,
la abeja que le amaba, con miel de su panal?
¿Prefieres una historia como la historia horrenda
de aquel que fué á su dama celoso á degollar,
cuya cabeza trunca guardó de amor en prenda
y la cabeza le iba de noche un beso á dar?
Dí cómo hablarte debo cuando tu sueño arrullo;
porque mi voz anhele que te parezca tal,
como la miel que daba posada en un capullo
la abeja de mis cuentos al silfo del rosal.

¡Mas duerme, vida mia! mientras te arrullo
yo de mi poesía con el murmullo.
Mientras la áura en tus rizos juega y te oréa,
en contar tus hechizos mi alma se emplea.
Duerme, que te adormece fiel mi cariño
como le canta y mece la madre al niño.
Duerme, que yo á millares pondré mi empeño
en inventar cantares para tu sueño.
La enramada nos presta su toldo umbrío,
susurra la floresta, murmura el rio:
todo invita á la siesta; duerme, bien mio;
¡duerme entretanto
que yo te velo: duerme,
que yo te canto!

II.

Mis ojos no se sácian de verte y de admirarte.
¡Cuán bella estás dormida! ¡Qué hermosa te hizo Dios!
No hay nada con que pueda mi idea compararte.
Dios te hizo así, y no quiso Dios como tú hacer dos.
Mas sé aunque estás dormida, que escucha tu alma atenta
los versos que en tu oido depositando voy,
porque ellos son la copa donde mi amor fermenta,
y en ellos destilado mi corazon te doy.
Yo siento los latidos del tuyo mientras duermes,
las pausas de tu suave vital respiracion,
tus manos entregadas bajo la mia inermes,
y tu álito que absorbe voraz mi aspiracion.
Mientras que yo te canto, tú sientes cómo te amo:
mi amor no se lo ha dicho jamás á tu pudor;

mas sé que tu alma en sueños responde á mi reclamo,
mientras que yo te duermo con mi cantar de amor.
Y acaso sientes, Rosa, cuando tu sueño halago
con mis palabras, *algo* de la inmortal pasion
de la cabeza, que iba con un murmullo vago
á dar á su verdugo su beso de perdon.
Yo te amo como el mundo jamás ha amado,
con un amor profundo de fé dechado:
aún más que aquella santa cabeza fria
al que de su garganta la segó un dia.
Tu amor se nutre dentro de mis entrañas,
como el oro en el centro de las montañas.
Yo te amo y te envio de mis amores
la voz, como el rocío la alba á las flores.
Duerme: el bosque nos presta su toldo umbrío,
susurra la floresta, murmura el rio;
yo velaré tu siesta; ¡duerme, bien mio!
¡Duerme entretanto
que yo te velo: duerme,
qué yo te canto!

III.

¡Qué hermosa eres, Rosa! Nacistes en Sevilla;
la gracia lo revela de tu incopiable faz:
tu cuerpo fué amasado con rosas de la orilla
de la campiña que hace Guad-al-kebir feraz.
Sus árboles han dado su sombra á tus pestañas;
tus párpados se han hecho con hojas de su azahar:
la esencia de sus nardos se encierra en tus entrañas,
porque trasciende á ellos tu aliento al respirar.

Tus trenzas me recuerdan la perenal guirnalda
de plantas siempre verdes que toca su ciudad:
tu cuello lo gallardo de su gentil giralda,
tu alma de su cielo la azul serenidad.
¡Qué hermosa estás!... mas... ¿me oyes? Tu bòca me sonríe:
tu lengua pugna en sueños palabras por formar.
Si son para mí, dílas ¡mi bien!...,. que me confie
tu amor, en sueño al ménos, que me pudiste amar.
Pronúncialas ¡mi vida!—Su plácido murmullo
dará á mi alma un néctar de dulcedumbre tal,
como la miel que daba posada en un capullo
la abeja de mis cuentos al silfo del rosal.

Mas tu sonrisa, Rosa, desaparece:
¿qué idea ruin te acosa que te entristece?
Un ¡ay! sentir me dejas que no articulas:
dá á mi oido esas quejas que no formulas.
El cielo en tu risueño lábio se abria:
¡vuelve á aquel dulce sueño que sonreia!
Duerme, mi bien, en calma, que yo te velo,
en tu faz de tu alma mirando al cielo.
Duerme: el bosque nos presta su toldo umbrío,
susurra la floresta, murmura el rio;
todo invita á la siesta: ¡duerme, bien mio!
¡Duerme entretanto
que yo te velo; duerme,
que yo te canto!

IV.

¡Qué idea tan horrible! ¡Si en sueños halagüeña
no á mí me sonriese sino á feliz rival!...
¡Si al són de mis cantares falaz con otro sueña
riéndose hasta en sueños de mi pasion leal!
¡Dios mio! Si en el centro del corazon me clava
de su desden el frio desgarrador puñal.....
mi amor la daré siempre, como su miel le daba
la abeja de mis cuentos al silfo del rosal.

Rosa, podrás matarme, si es que me engañas:
nó tu amor arrancarme de mis entrañas.
Del corazon que abrigas la dueña eres;
mas nunca me lo digas si no me quieres.
¿Qué he de hacer yo si al cabo mi alma te adora?
Siempre seré tu esclavo, tú mi señora.
Duerme, que mi cariño te mece y canta
como la madre al niño que aún amamanta.
Duerme: y si á la hora de esta de tu amor frio
ya nada más me resta que tu desvio,
mi alma está á tus piés puesta, duerme: en Dios fío;
yo te amo tanto,
que tragarse á mis ojos
haré mi llanto.
Tú dormirás en calma ¡de mi amor centro!
mis lágrimas de mi alma correrán dentro.
Duerme: el bosque nos presta su toldo umbrio,
susurra la floresta, murmura el rio;
duerme en calma tu siesta, que el duelo es mio;
¡duerme entretanto
que yo te velo: duerme,
que yo te canto!

ÍNDICE.

	Páginas.
Prólogo	v
El canto del fénix	1
Alborada monorrítmica	6
La verbena de Sevilla en 1420	13
Á Rosa	67
Á Luisa	78
Cabalgata mejicana	82
Jarabe mejicano	86
A la muy noble y muy más leal ciudad de Búrgos	89
Fragmentos de El Cid	110
Del libro III	143
Del libro IV	152
Del libro V	167
Del libro VII	197
Del libro VIII.—Los Arias	230
Fé y poesía	301
El reloj	309
La siesta	314